





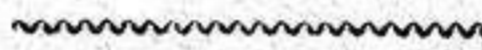
ANO 12.

NUM. 138.

LA



# ESPAÑA MODERNA



**Director: JOSE LAZARO**

JUNIO, 1900

**MADRID**

**ESTABLECIMIENTO TIPOGRÁFICO DE IDAMOR MORENO**

*Calle de Blasco de Garay, núm. 9.*

*Para la reproducción de los artículos comprendidos en el presente tomo, es indispensable el permiso del Director de LA ESPAÑA MODERNA.*

PERTENECE A LA BIBLIOTECA DEL  
AYUNTAMIENTO DE BARCELONA

## EN LOS BANCOS DE TERRANOVA

---

Meses y meses llevábamos en los bancos de Terranova para la pesca del bacalao. Veranos é inviernos pasaban y volvían, y nosotros siempre en el mismo sitio, en medio del mar, entre dos mundos, Europa y América. Cuatro ó cinco veces por año íbamos á Miquelón para vender nuestra pesca y comprar víveres; luego volvíamos á alta mar y regresábamos al mismo sitio para pescar el bacalao y retornar á Miquelón. Yo nunca bajé á tierra, ¿para qué? Veíase poca gente en aquel agujero abandonado, donde sólo habitaban pescadores y comerciantes en pescado. Nuestro barco era ruso y se llamaba el *Kongo*: un verdadero ruso, una barraca vieja, que de sus años juveniles conservaba algunas inscripciones medio borrosas encima de las portas. Eramos á bordo ocho hombres: dos holandeses, un francés, dos rusos y yo; los otros dos eran negros.

El *Kongo* estaba provisto de cuatro canoas pequeñas (*dories*). Por la mañana íbamos en esos botes, para sacar las redes, á las tres en verano, al rayar el alba en invierno; y por la noche las echábamos, exactamente en el mismo sitio, á setecientas ú ochocientas brazas al Oeste Suroeste del *Kongo*.

Pasaban días tras días, y nosotros siempre allí. Ninguna diversión en nuestra existencia; á menudo no distinguíamos el domingo del lunes. La única y muy extraordinaria cosa que diferenciaba nuestra suerte de la de los demás pescadores de Terranova, era que el patrón llevaba consigo á bordo su mujer, joven repugnante, con las manos llenas de verrugas, con

el cuerpo descarnado como un esqueleto. Todas las mañanas la veíamos al abandonar el *Kongo*. Salía de la litera medio dormida aún, despechugada..... Pero á pesar de su suciedad y aunque nunca nos dirigía la palabra, los marineros la amábamos mucho, cada cual á su manera, y ninguno de nosotros hubiera podido pasarse sin su presencia. Nos habíamos vuelto fáciles de contentar, verdaderamente muy fáciles.

Nosotros no éramos marinos, sino simples pescadores. Un marino viaja, desembarca, y por larga que sea la travesía, siempre acaba por echar pie á tierra; al paso que nosotros no nos movíamos del mismo sitio, con las anclas clavadas en la arena. Y esto sucedía desde tan largo tiempo atrás, que habíamos perdido hasta el recuerdo de la tierra firme, habiendo cambiado mucho en nosotros mismos. Nos habíamos embrutecido muchísimo con aquella monotonía eterna, pero embrutecido muy de veras. No viendo más que la niebla y el mar, no oyendo más que los rugidos del viento y de la tempestad por encima y por debajo de nosotros, ya no nos preocupábamos por nada y no teníamos ni la sombra de un pensamiento. ¿Para qué pensar? Nuestra continua promiscuidad con los peces nos había convertido á nosotros mismos en moluscos, en extraños animales marinos, rampando en su barca y conversando en un lenguaje propio de ellos.

No leíamos nada, no leíamos nunca. No hubieran podido llevarnos cartas allí, en alta mar, y además la incesante absorción de la niebla acre, el manejo sin fin del pescado crudo, y sobre todo, nuestra no interrumpida estancia en los bancos, habían muerto en nosotros todo deseo de leer. Comíamos, trabajábamos y dormíamos. El único de nosotros que no había perdido por completo la cabeza y que aún se interesaba por algo, era el francés. Mensualmente, con mucha regularidad, me llamaba aparte al puente para preguntarme con la voz más seria:

—¿Crees que habrá ahora guerra en mi país?

Nos habíamos vuelto indiferentes para todo, hasta el punto

que ni siquiera nos importaba ya gran cosa hablar juntos. Harto bien conocíamos la respuesta á cada una de nuestras preguntas, añadiéndose á esto lo difícil de hacernos comprender unos de otros. ¿Qué importaba que el inglés fuese el idioma oficial á bordo? Los holandeses, lo mismo que los franceses, tenían la cabeza demasiado dura para aprenderlo, y hasta los rusos, cuando la frase se prolongaba por fuerza, se hacían un lío, y volvían cómicamente á su lengua materna, proporcionándonos inútiles impacencias. Eramos infelices y estábamos abandonados de todas maneras. ¡Abandonadísimos en verdad!

De vez en cuando, mientras sacábamos las redes, pasaba á lo lejos un barco de emigrantes, osado coloso espectral, que, después de dar un silbido, se perdía de nuevo entre la bruma. Era una visión casi terrorífica la de aquel monstruo gigantesco, apareciendo para desaparecer al punto. Si ocurría esto en la obscuridad de la noche, las luces de las lumbreras que agujereaban el casco del buque, parecían mirarnos con sus redondos ojos ardientes de vaca, y no podíamos contener gritos de sorpresa y de espanto. Con tiempo tranquilo sufrimos el contragolpe del aire, desalojado por ese espectro formidable, y nuestros botes se zangoloteaban durante largo tiempo en las olas levantadas por su paso.

Si el tiempo estaba un poco más claro, Tatzel, mi compañero de *dory*, que tenía buena vista, descubría á veces un velero á lo lejos; pero ninguno de los barcos se aproximaba lo suficiente para permitirnos distinguir la tripulación. Nunca veíamos nada que estuviese fuera de nosotros mismos: el cocinero, los ocho pescadores, el patrón gotoso y su mujer.

Extrañas sensaciones se apoderaban á menudo de nosotros, cuando, tendidos boca abajo, sacábamos las redes: era como si manos invisibles las hubiesen retenido en las profundidades del mar, queriendo derribar nuestros *dories*. Vociferábamos los gritos de mando con rechinamiento de dientes, medio locos de espanto, sin saber ya dónde estábamos ni qué hacíamos, sobreexcitados por aquella lucha contra los ocultos

poderes del fondo del Océano, que se negaban á soltar su presa. Si uno solo de nosotros era acometido por uno de tales accesos, «cantaba para hacer buen tiempo» (como decíamos nosotros), porque acusábamos de ello á la niebla.

Muchas veces nos parecía también ver surgir de esa intensa niebla seres fantásticos que nos saludaban, inclinando sin descanso sus cabezotas espeluznadas y greñudas; aquellas formas fofas, altas como montañas, atravesaban el blanco vapor, siguiendo las ondulaciones del viento, flotando, pesadas, del Este al Oeste, hendiendo los aires sus vedijosos miembros, y desplegándose tras ellas sus largos mantos. Una noche tuvimos Tatzel y yo una visión simultánea: un gigante bajaba y subía por el espacio, echando llamas por la cabeza y mugiendo como el huracán; ambos lo vimos. Muy poco después apareció un *steamer*, y prorrumpimos en un grito al resonar su silbido á lo lejos.

Pero si, durante la mañana abordábamos al *Kongo* después de sacar las redes y de quedar bien llenos nuestros *dories*, nuestra presa y la satisfacción de haber conducido á buen término la faena más dura de la jornada nos atontaban y enloquecían de otro modo. Acontecíanos entonces hallar un placer contranatural en dar tormento á la pesca, en atormentar á nuestros propios peces. Sobre todo, los dos rusos enfermaban de antojos de cometer semejante pecado. Cogían por la cabeza los grandes bacalaos, clavaban los dedos en sus ojos blandos, y, levantándolos así en el aire, se desternillaban de risa al ver tal espectáculo. Cierta vez sorprendí á uno de ellos mordiendo un pez vivo, clavando los dientes en la carne cruda y dejándolos allí durante dos minutos, cerrados los ojos de voluptuosidad. Aquellos gordos cuerpos de pescados nos sobreexcitaban á todos. Con júbilo feroz les abríamos los estómagos lisos, vivos aún; les desgarrábamos el vientre, registrándoles las entrañas durante mucho mayor tiempo del debido, y ensuciándonos con su sangre. El francés pretendía estar exento de esos instintos de bruto; por el contrario, ardía



en insensato amor por la mujer del patrón y nos lo decía á todos, no pudiendo ni siquiera callárselo ya.

—¡La amo, sólo Dios sabe cuánto la amo!—repetía cien veces diarias.

Uno de los negros, al cual llamábamos el doctor porque en su primera juventud se había dedicado un poco á la Medicina, también estaba apasionado por ella. De buena gana le hubiese tendido de un puñetazo cuando me hizo la confianza de ello, pues lo mismo me pasaba también á mí.

Pero ella, flaca, perezosa y sucia, vivía entre nosotros sin sospechar nada. Ni siquiera nos concedía una mirada. Un día en que estaba yo ocupado en la popa del barco, allí donde, por lo común, solía estar ella sentada en una silla de tijera mirando al frente con fijeza, tropecé en unos montones de cuerdas embreadas y estuve á punto de caerme. Perdí de tal modo los estribos, que en vez de avanzar retrocedí, contemplando entontecido los cables. Ciertamente, hube de tener un aspecto muy ridículo. ¿Por qué no se reía? ¿Y por qué me miraba, si no era para reirse de mí? No le dió la gana, y ni siquiera pestañeó.

—¡Está enmohecida!—dijo Tatzel en su lenguaje figurado.—¡Pardiez, se enmohece pasmosamente!

Sin embargo, ninguno de nosotros, y por nada del mundo, hubiera podido pasarse sin su presencia.

Preparada la pesca y vueltas á echar las redes, terminada nuestra faena del día pasábamos una ó dos horas en comer y fumar; luego descendíamos al fondo de la cala.

Y entonces, cuando no estábamos demasiado rendidos de cansancio, si por acaso nos daba gana de charlar, podíamos hacerlo hasta referir de tarde en tarde algún pequeño episodio de nuestra existencia, todo esto en un lenguaje grosero é imperfecto, mezclado de juramentos y obscenidades.

El francés sabía el final de la historia de un hombre «que no podía ver una mujer sin desearla», y contaba ese final á menudo, siempre con el mismo buen éxito; los rusos, fuera de

sí, se reían sin parar cuando lo comenzaba. Su cándida y brutal alegría les forzaba á hacer muecas con la boca.

—Bueno..... ¿y después?—le interrumpían.—¡El final..... el final!

Sin embargo, lo conocían tan bien como nosotros.

Tatzel no tenía la misma suerte con su historia, pues rara vez le prestábamos atención. ¡Era tan difícil comprenderle, estaba tan flojo en el inglés, y lo poco que sabía lo destrozaba tan cruelmente! Al pretender hablar de cosas para las cuales no topaba con las palabras, mirábanos á todos, uno tras otro, con aire entristecido. ¡Verdaderamente era muy digno de lástima!

Tatzel era el mayor de los dos holandeses, de sórdida suciedad y un poco sordo; pero en lo demás, buen muchacho y servicial. En verano y en invierno llevaba en las orejas unos tapones de algodón, gruesos tapones amarillentos por el uso. La dejadez de su cuerpo era extraordinaria, y la vida á bordo le había hecho volverse en absoluto un niño. Tumbado en su amaca, fumando acre tabaco, escupiendo á tuertas y derechas sin mirar dónde, comenzaba siempre su historia así:

—Era una noche, en Amsterdam..... una noche en Amsterdam..... Precisamente acababa yo de alistarme y era mi última noche en tierra..... ya no recuerdo la hora exacta, pero era tarde, muy tarde. Al salir de la cervecería para dirigirme á bordo, comencé por arremangarme el pantalón..... aunque estaba yo más borracho que una cuba. A cada paso me fallaban las piernas. A pesar de todo, tomando por la calle de Leopold iba yo camino adelante, cuando se presentó una cosa..... una cosa..... (porque, á pesar de mi borrachera, la ví.....) y muy cerca de mí, enmedio de la calle. Pues, me creáis ó no me creáis, ¡era una señora!—Y el viejo guillado se erguía en su amaca y nos miraba, prosiguiendo así:

—¡Una gran señora!

Callábase luego; pues acabándosele allí su conocimiento del inglés, no podía continuar.

—¡Cómo! ¿Era verdaderamente una gran señora quien te seguía por las calles de Amsterdam?—preguntaba el doctor en son de zumba.

—Sí, ¡una gran señora, una gran señora!—respondía en cantado y riéndose á mandíbula batiente.

Estaba excitado hasta el punto de darnos dos veces su palabra, mientras nosotros nos desternillábamos de risa. Esforzabase en acabar su relato, pero de nuevo se quedaba cortado. Encarnizabase su viejo cerebro, y hacía esfuerzos sobre-humanos para encontrar la palabra que nos explicase lo chistoso de la historia; pero no consiguiéndolo, se callaba desesperado. Y, sin embargo, tenía en ello tanto empeño, que á la postre, agobiado por el recuerdo de la dama y el desconsuelo de no poder hacerse comprender, hacía explosión en su propio idioma, vomitando un turbión de palabras y de sonidos extraños que nos era imposible entender, excepto á su compatriota; pero éste dormía y roncaba en su litera. Esa era la historia de Tatzel, la única que sabía y que siempre terminaba así, comenzando invariablemente por aquella memorable noche en Amsterdam. En efecto, la aventura era muy verosímil; y ciertamente, ninguno de nosotros se hubiera atrevido á ponerla en duda.

Luego nos quedábamos reflexionando acerca de esta historia, mientras por fuera rugía el mar, vacilaba la lámpara dentro de su anillo de estaño, y sobre nosotros pateaba el vigía encima del puente, con sus pesados zuecos de madera. Y caía la noche.

Despertábame á veces hacia media noche, semiasfixiado por las emanaciones de todos aquellos hombres que se agitaban en sueños. La linterna iluminaba sus cuerpos abultados por las burdas camisetas de lana; los rusos, con sus tres ó cuatro pelos en la barba, parecían focas. De cada hamaca salían suspiros entrecortados por palabras indistintas. Los negros, enseñando la dentadura brillante de blanca, hinchando las negras mejillas, dejaban escapar un nombre familiar. De la ha-

maca del holandés más joven, salían revueltas, con ronquidos, carcajaditas análogas á hipos, interrumpidas por ese nombre, siempre el mismo: el de la mujer del patrón. Todos estaban locos por ella; y los brutos la llamaban entre sus ensueños, cada cual en su lengua. Sólo Tatzel dormía con el sueño apacible y sano de una marmota.

Las acres nieblas que penetraban por las portas, el humo del tabaco, el olor de todos aquellos hombres sudorosos y de aquellos peces á bordo, condensábanse en un vapor espeso y asfixiante, que me obligaba á cerrar los ojos tan pronto como quería volver á abrirlos. Dormíame de nuevo, oprimido en una pesadilla por una flor gigantesca que se ponía encima de mí, enlazándome con sus pétalos húmedos, chupándome el jugo, tragándoseme, tenaz y segura, plácida y sin ruido. Y el mundo desaparecía para mí.

Luego bajaba el vigilante y nos echaba afuera.....

KNUT HANTUM.

# POETAS AMERICANOS

---

## EL CANTO DEL OLVIDO

---

En la vida

Todo aquello que buscamos con locura y adoramos con el alma,

Pasa y muere;

Porque todo es fuego fatuo que surgiendo de la nada

Un momento brilla y luego va muriéndose y se acaba.

Su recuerdo,

Como extraño panorama,

Como pálida silueta,

De una cosa muy lejana,

También tiene su crepúsculo y se borra lentamente

Como un sueño en lontananza.

Y la vida

Tan amarga,

Tan mezquina,

Tan unida á la desgracia;

Donde todo es tan instable,

Donde todo es polvo y nada,

Donde todo es humo y lodo

Que se extingue y que se acaba;

Seguí siempre su camino fecundando la materia  
 Infeliz y miserable; al gusano dando alas,  
 Savia al árbol, sangre ardiente á nuestras venas,  
 Y tinieblas y tinieblas insondables á las almas.

—

¡Ay! yo he visto  
 Del amor ardiente y puro que tu espíritu guardara  
 La agonía,  
 La agonía dolorosa de un amor de níveas alas,  
 Que la garra del hastío implacable destrozaba.  
 Él moría  
 En el nido de ternuras que tu espíritu formara.  
 Y aquel nido  
 De ilusiones siempre blancas  
 Y recuerdos  
 Que él amaba,  
 En la sombra  
 Del olvido se ocultaba;  
 Y el amor se estremecía  
 De terror, y sollozaba  
 Al mirar tan triste y frío el desierto en lontananza:  
 ¡Esa estepa del olvido!  
 ¡Esa estepa tan extraña!  
 Donde mueren los recuerdos,  
 La pasión y la esperanza!

—

Tus pupilas,  
 Que el amor en otro tiempo animó con ley del alma,  
 Ya no brillan!  
 Y tus labios están fríos como el mármol de una lápida!  
 Entre tanto, llora y muere tu pasión hermosa y casta;  
 Y al morir

Aasomóse á tus pupilas, cual postrera llamarada,  
El amor que se moría!  
¡Fue la última mirada,  
El adiós de tu pasado,  
El adiós de toda el alma!  
Ay! Después, la indiferencia  
Borró todo con sus alas,  
Y el amor sin ilusiones, y proscrito emprendió marcha  
Por la estepa del olvido!  
Su silueta dulce y blanca,  
La silueta de aquel sueño de pasión que duró un día,  
Triste y sola fue perdiéndose en la niebla funeraria;  
Fue borrándose, borrándose  
Como el alma de un perfume del que al fin no queda nada.

EDUARDO ECHEVARRÍA.

Bogotá: 1900.



# EL PADRE DE MORATIN

---

AL SR. D. CÉSAR DE SALAVERT Y SOLÁ,  
mi amigo de muchos años.

Las festividades cívicas que ha promovido la traslación de los restos mortales de Meléndez Valdés, Moratín, Goya y Donoso Cortés, traídos del suelo extranjero donde antes reposaron, á que gocen de su quietud eterna bajo la tierra amada de la patria que les dió cuna, habla, dolores y gloria, ha puesto en la arena de la curiosidad cuanto á estas ilustres figuras nacionales les concierne. Respecto á Moratín, yo mismo me he complacido en dar por vez primera á luz pública algunos de los interesantes apuntes inéditos que su amigo de toda la vida, el abate D. Juan Antonio Melón, escribió para que sirvieran á D. Manuel Silvela de noticias de su vida íntima, al escribir la sentida biografía de su amigo y huésped, y de que Silvela no había hecho íntegro uso por creer, en su gran respeto hacia varón que tanto amaba y por propia meticulosidad de carácter, que el arte, sobre la tumba, tiene el deber de cubrir todas las debilidades del hombre por pequeñas que sean, y que la figura que modela la pluma, como la que modela el cincel, debe estar en todo sometida á las líneas ideales de la perfección. Nuestro tiempo entiende las cosas de otro modo, y se recrea en analizar al hombre-hombre, renunciando á aquellos convencionalismos artísticos que se complacen más en la artificiosa regularidad de un parque donde las plantas han sido



recortadas por las tijeras de un jardinero decorativo, que en la armónica simetría del bosque virgen, donde el imperio de la Naturaleza ha dibujado las líneas singulares de su propia espontaneidad. Así, pues, no he dejado de ver con complacencia el curioso interés con que han sido buscados aquellos apuntes, que sólo se refieren á algunos puntos ligeros de la vida de Moratín, de quien, por ahora, no me propuse hacer un nuevo bosquejo de toda su hermosa fisonomía intelectual y moral.

Del padre de D. Leandro nadie ha querido ocuparse, como si el buen D. Nicolás hubiera sido un pelele, y sin que los modernos rebuscadores de antecedentes antropológicos se hayan propuesto descubrir la gradación ascendente en que unas mismas facultades se fueron desarrollando en los individuos de esta familia verdaderamente genial. Melón, que me ha facilitado tanto el camino de todas mis indagaciones, refiere en sus apuntamientos para Silvela que el abuelo de Leandro, es decir, el guardajoyas de la Reina Doña Isabel de Farnesio, Don Diego Fernández de Moratín, fue poeta, ó al menos escribió algunos versos, en que mostró felices disposiciones para la poesía, sin que ni de ello hiciera profesión, ni lo constituyera en inclinación ó hábito frecuente de su vida. Su padre, Don Nicolás, con más vasta educación académica, casi profesó ya más las musas que las leyes. Otro hermano de éste, D. Miguel, observó la misma conducta de su padre; de modo que, habiendo escrito con facilidad algunos versos, ni los apreció como culta singularidad de su espíritu, ni trató de llamar sobre sí la atención pública con ellos. Por manera, que al venir á la vida D. Leandro recibía de la línea paterna una herencia que en él había de alcanzar sus últimos esplendores, y que había venido siendo sentida y mejorada en tres generaciones de los de su familia. ¡Y cuidado si para imponerse á la sucesión de la sangre tuvo que hacer esfuerzos la Naturaleza! Porque ya el matrimonio ó cruzamiento del primero de los de esta generación de poetas, efectuóse con una dama de la Alcarria, cuyo padre y cuyos ascendientes no pudieron tener inclinaciones

más contrarias á las de la poesía, si, como el mismo D. Nicolás escribió en su *Carta histórica* al Príncipe Pignatelli, sobre *el origen y progresos de las fiestas de toros en España*, sus ascendientes maternos gallardearon de buenos rejoneadores de estos animales en plaza, y su propio abuelo, el padre de Doña Inés González Cordón, tendía muerto de una estocada un beirrendo del Jarama, como recordaban los ancianos de Pastrana que aún vivían cuando Moratín dictaba la obra en que compendiaba la historia del toreo desde Alfonso VI y Alfonso VII, el Emperador, hasta Francisco y Pedro Romero, el fraile de Pinto y el fraile del Rastro, Cándido y Joaquín Rodríguez.

Si en cada una de estas generaciones las facultades literarias se fueron robusteciendo en el fondo y afinando en la forma, indudablemente se debió tanto á la disposición natural del espíritu como al ambiente de la educación. D. Nicolás, bajo el patrocinio de la Reina Doña Isabel de Farnesio, que en su viudez y soledad del Real Sitio de San Ildefonso dulcificaba sus melancolías con las tempranas gracias del hijo primogénito de su guardajoyas, alegre, festivo, cuentero y mimoso, hizo estudios fundamentales capaces de poner en ignición las llamas que ya ardían en su imaginación juvenil. Observando los accidentes de su vida y la condición de sus obras, toda su existencia, por cierto no muy prolongada, debió consagrarla más al platonismo de sus estudios predilectos que á la explotación de las facultades lucrativas que emanaban de su carrera. Y ateniéndonos á los datos que nos proporciona la biografía que de su padre escribió D. Leandro en 1821, y de cuya veracidad no es lícito dudar, pues toda esta familia de los Moratines aparece muy equilibrada en el culto de la verdad, las pasivas ocupaciones de ayuda de guardajoyas de la Reina, para que esta señora le nombró en San Ildefonso cuando acabó su carrera, y las pasivas ocupaciones que este empleo le proporcionó en Madrid cuando á la muerte del Rey Fernando VI, su madre, la Reina Doña Isabel se vino de aquel Real Sitio á tomar las

riendas del Gobierno hasta la llegada de Nápoles de su otro hijo Carlos III, bien se nota que sólo las invirtió en el deleite de los libros, en los borrones de la imaginación y en saciar la curiosidad por conocer los establecimientos literarios que existían en la corte, y los edificios públicos destinados á los espectáculos.

Sería un error creer que los estudios con que pulió su espíritu D. Nicolás tuvieron la amplitud que alcanzaron las antiguas Universidades de España desde el siglo XV hasta la declinación del XVI, y que han tenido é impuesto á Europa y al mundo las Universidades alemanas desde fines del siglo XVIII hasta el último tercio del XIX. En materia de arte y literatura, el canon de los tiempos del padre de Moratín ni siquiera lo establecían Aristóteles y Horacio. Desde 1737, la *Poética* de las Universidades era la de Luzán, y Luzán no era más que Hugo Blair traducido al castellano. De modo que era inútil que algunos espíritus escogidos, entre los que desde luego se contó D. Nicolás, mostrasen inclinaciones y aun deseos vehementes de impulsar un verdadero renacimiento de la cultura española, que fue la maestra de Europa durante dos siglos, si el patrón de todas las innovaciones que se pretendían en el pabellón de la inteligencia era el patrón francés. El mismo padre de Moratín es el ejemplo más vivo de la contradicción flagrante en que incurrieron aquellos laboriosos regeneradores. Herencia aún del último siglo, las clases populares adoraban el nombre de Calderón de la Barca, único de los escritores dramáticos del teatro que fundó Lope de Vega y engrandecieron Vélez de Guevara, Ruiz de Alarcón, Rojas, Zorrilla, Moreto y Solís, que, en medio de la rabiosa hostilidad que contra el teatro y las comedias sostenían el Episcopado, las Ordenes religiosas y el fanatismo común, había logrado mantener el imperio y el prestigio de su nombre, al menos, en las dos fiestas rituales del año, las del Corpus y las de Navidad, en que de inmemorial costumbre se daban al pueblo de Madrid dos representaciones al aire libre en la plaza de Palacio y en la pla-

za de la Villa, en las que, aunque las obras que habían de ejecutarse se sometían á la elección de los Monarcas, el pueblo, con sus aplausos ó sus silbidos, fallaba en definitiva lo que le era agradable ó no; y al fin, después de repetidos ensayos para introducir en estas fiestas populares obras de los autores nuevos, el pueblo se había aferrado á los autos sacramentales de D. Pedro Calderón, no admitiendo otros. Blasfemaron los de la escuela innovadora contra la salvajez de aquel teatro no sometido á reglas de proporción, como las que establecieron los modelos clásicos y habían restaurado los nuevos ingenios de Francia; pero se daba el caso de que mientras aquí se lograba proscribir por bárbaro de la escena al genial y profundo autor de *La vida es sueño*, y se tomaban por canonistas innovadores del arte á los refundidores extranjeros del Cid, Molière y Corneille, que se levantaban como los astros supremos, á quienes se debía imitar en todo, no tenían otras fuentes de inspiración que el mismo antiguo teatro español que en España se condenaba.

D. Leandro Fernández de Moratín, en la vida de su padre D. Nicolás, trató de bosquejar á grandes rasgos, aunque con la juiciosa discreción que constituía el fondo de su entendimiento, el estado de degradación en que la literatura se hallaba al concluir el primer tercio del siglo XVIII y el supremo esfuerzo que hubo que hacer para sacarla de su atolladero é implantar las reglas del buen gusto. Pero es lástima que, ni en este trabajo, en el que debió ser, como lo fue, muy conciso, ni en los *Orígenes del teatro español*, por no haber llegado más que hasta el momento de la aparición de Lope de Vega, el ilustre escritor no entrase más de lleno en la revelación del cuadro que ofrecía nuestra literatura nacional, desde la muerte de Carlos II, y sobre todo, nuestro teatro, que era á la sazón su forma más popular y genuina. Cuando ocurrió el cambio de dinastía, hacía poco que Calderón de la Barca había dejado de existir, aunque sus obras continuaron viviendo en la mente y en el corazón del pueblo, como la fe de una tradi-

ción perdida, hasta que la labor tenaz de los innovadores del siglo XVIII, formados en el modelo literario de Francia, impulsaron al Conde de Aranda á hacer suscribir á Carlos III el decreto que lo expulsó de la escena. Todavía alcanzaron los primeros años del reinado de Felipe V, Solís, Zamora y otros escritores dramáticos no despreciables. Pero de cualquier modo, el nombre y la idolatría popular profesada á Calderón, bastó en el largo paréntesis que sufrió el total eclipse de nuestro genio, para salvar en la afición general aquel culto al teatro, sobre cuya base un nuevo impulso del espíritu nacional en cualquier tiempo hubiera podido recomponerle. Sin el respeto al nombre de Calderón de la Barca, al venir á la vida el primero de los dos Moratines, ni el menor vestigio hubiera encontrado del teatro que por tan lentos pasos se fue ingiriendo en nuestra literatura desde *La danza de la muerte*, hasta las representaciones zaragozanas que enjaretó D. Enrique de Aragón, el Duque de Villena; desde Rodrigo Cota á Juan del Encina; desde Torres Naharro á Juan de Timoneda; desde Cristobal de Castillejo á Gil Vicente; desde Lope de Rueda á Juan de Malara; desde Alonso de Cisneros á Cristobal de Virués, y desde Juan de la Cueva hasta Miguel de Cervantes, ascendientes ilustres de Lope y de sus esclarecidos prosectores. En gran decadencia se había pronunciado el teatro desde que murieron Rojas, Zorrilla y Moreto; grandes luchas habían sostenido para que no lo excluyeran enteramente de nuestras costumbres nacionales las ideas del fanatismo que se impusieron á los desórdenes políticos y á la decadencia militar de la menor edad y del reinado del último de los Austrias. Sólo el respetable nombre de D. Pedro Calderón, con sus obras profundamente filosóficas y casi místicas, y con su representación y su autoridad como eclesiástico, pudo hacer subsistir aún, por más de medio siglo, la base principal de nuestra literatura que de la total degeneración de las ideas nacionales había ido á caer en el más absorbente extranjerismo, y logró dilatar hasta el momento feliz de la aparición de los primeros regeneradores

un hálito, aunque desmayado, de lo que había sido en los tiempos de su grandeza nuestra cultura y nuestra genio.

Cuando, prosecutor de Luzán, vino al palenque literario D. Nicolás Fernández de Moratín, toda la literatura de nuestra patria estaba constituída, ó por una traducción servil, ó por un pálido reflejo de imitación de la de Francia.

Cuando logren desenterrarse del polvo de los archivos, donde yacen, los largos martirologios por que el teatro pasó desde la Junta que sobre él se formó bajo Felipe II, con los teólogos García de Loaisa, Fray Diego de Yepes y Fray Gaspar de Córdova, parecerá mentira que pudiera desarrollarse y adquirir los vuelos que alcanzó bajo Felipe IV un género literario que pasó por tantas contradicciones y tantas alternativas. Mientras la Junta de teólogos de Felipe II lo condenaba, el Arzobispo y el clero catedral de Toledo llevaba todos los años de Madrid sus compañías de farsantes para solemnizar sus fiestas votivas. Después de la muerte de Felipe IV, tan protector del teatro, de las comedias y de los farsantes, que tuvo proscenio propio en su palacio del Buen Retiro, escribió obras dramáticas y engendró en una comedianta, los escrúpulos de la Reina viuda Doña Mariana de Austria, á quien las comedias le agradaban, no descansaron en su conciencia, hasta que la declaró diversión lícita otra Junta, compuesta de don Francisco Ramos del Manzano, D. García de Medrano y don Antonio de Vidania. Carlos II era tan aficionado á las comedias como su padre, y hasta tal punto, que en las Carnestolendas del año 1697 (14 de Febrero) dió orden de que todas las tardes del Carnaval las compañías de comediantes pasasen á palacio á hacer sus representaciones, sin darlas al público, por lo que los Consejos tuvieron que hacerle presente los gravísimos inconvenientes á que esta disposición se prestaba, siendo los menores el inminente temor de un motín. Con todas estas predilecciones, el Estado eclesiástico no dejaba de menudear protestas sobre protestas y de fulminar condenaciones sobre condenaciones, como las que contiene el *Discurso teológico*

del P. Ignacio de Camargo. Por manera, que, después de la proclamación de Felipe V, habiéndose expedido el 17 de Octubre de 1714 una Real cédula para que pudieran hacerse comedias libremente en todos los dominios de la Monarquía española, al año siguiente el Abad de Vivanco, Presidente del Consejo de Castilla, á instancia del Arzobispo de Granada, las prohibió enteramente en esta ciudad; de muchas ciudades se obtuvo el voto de los Municipios, declarando que en ningún tiempo ni por ningún motivo las admitirían en los límites respectivos de su jurisdicción; en 1729 se obtenía por Pamplona, capital de Navarra, Bula de Benedicto XIII, prohibiéndolas para siempre en ella; en 1737, el autor ó empresario Carlos Rafael García tuvo que alzarse al Consejo en queja, porque, llegando de representar en San Felipe de Játiva, y habiendo empezado sus representaciones en Cartagena, se presentaron tras ellos en misión unos Padres de la Compañía de Jesús, que amotinaron al pueblo contra los comediantes, haciéndoles salir aceleradamente y descalabrados de la ciudad; y el mismo Consejo en el mismo año tuvo que desaprobado la conducta del Arzobispo de Burgos, por haberse introducido á embarazar la representación de otra compañía, estándose ejecutando *Los áspides de Cleopatra*, que con entremés y baile habían anunciado.

Al año siguiente, de 1738, otro alboroto mayúsculo en Murcia, á causa de las comedias. Se presentaron los farsantes; tomaron la casa teatro, que era de propiedad del convento de Santa Ana, de frailes hospitalarios de San Juan de Dios, é inmediatamente el Obispo prohibió la representación que se anunció. Púsose de parte de los comediantes el prior Fray Antonio Martínez Moreno, y en Junta, á que asistieron Fray Juan de la Soledad, Presidente; Fray Ginés Fernández Cap, consiliario; Fray Andrés Barbero del Pozo; Fray Feliciano Santos, Procurador; Fray Vicente Boronat, Fray Antonio Latorre, Fray Cayetano Roldán y Fray Gabriel Mathusa, todos religiosos de dicho convento, acordaron negar en este punto

la obediencia al Obispo, por destinarse las rentas que producía la casa Comedia al sostenimiento del Hospital de Nuestra Señora de Gracia. El Obispo lanzó la excomunión contra los que asistiesen al teatro, y el pueblo de Murcia se amotinó, teniendo el prelado que retractarse, y acudiendo para lo sucesivo á la autoridad del Consejo.

El año 1743 tocó el turno á Cádiz. Un Padre de la Compañía de Jesús, el Padre Gaspar Díaz, acababa de publicar una *Consulta teológica acerca de lo ilícito de representar y ver representar las comedias, como se practica en el día de hoy en España*. El pueblo de Cádiz, la compañía de que era autor Felipe Calderón y Corterreal, con todos los individuos de su *farsa cómica*, é invocando los intereses de la Congregación de Nuestra Señora de la Novena, por medio de las autoridades militares de la plaza recurrieron al Rey, pidiéndole su protección. El Rey hizo reunir, para consultar la instancia, el Consejo que presidía como su gobernador el Cardenal de Molina, y el Consejo mandó recoger el libro del Padre jesuíta, ordenando á las autoridades que se atuviesen en el amparo de los farsantes á las Ordenanzas de Teatros que se habían dado en 1725, y agregando únicamente á sus disposiciones el deber que imponía á las compañías de anunciar previamente las obras que habían de representar en cada función, fijando un cartel que las especificara en el lugar público más inmediato á la puerta de entrada del teatro y en letra y sitio donde se pudiera leer fácilmente. A causa de otra publicación semejante á la del Padre Díaz en Cádiz, en 1745 tuvo que reunirse en Valencia otra Junta de teólogos, que defendió la licitud de las representaciones ante su Prelado; mas como éste insistiese en su prohibición, conminando á los asistentes y representantes con las censuras de la Iglesia, estado en que se vivió en la ciudad del Turia por espacio de tres años, el Capitán general, Duque de Caylus, en 1748, celebró en su residencia oficial una reunión de la nobleza, comisiones de las clases ilustradas y pudientes y del Hospital de la Misericordia, para elevarse al Rey



contra la actitud del Arzobispo. Fernando VI no osó desautorizar al Prelado: aprobó la prohibición, y siendo la casa donde las comedias se representaban propiedad del Hospital, ordenó que se convirtiera en casa-habitación de uso ordinario para que sus rentas fueran más permanentes. En vista de esta determinación, el Obispo de Orihuela solicitó del Rey que la prohibición de las comedias decretada para Valencia se hiciera extensiva á todo el territorio de aquel Arzobispado, sobre lo que obtuvo el decreto de 12 de Setiembre de 1750, y luego, en 2 de Setiembre de 1755, otro que lo ratificaba, y comprensivo no sólo de las comedias de máquina real, sino de los espectáculos de volatines y de las comedias en domicilios privados.

Ya había escrito D. Nicolás Fernández de Moratín su comedia *La Petimetra*, de corte enteramente francés y cuyo influjo extranjero hasta en el título se reflejaba (*Petit-maitre*, en femenino, castellanizado), que aunque nunca se representó se dió á la imprenta en el año 1762, y las luchas de la Iglesia contra el teatro seguían en todo su vigor. En Bilbao, en 1764, se le prohibió representar al *capataz* de una compañía de far-santes que llegó de Madrid, aunque llevaba en forma las licencias correspondientes. El Consejo, presidido ya por el Conde de Aranda, el verdadero organizador del teatro moderno con la cooperación asidua de Moratín, expidió este mismo año su Cédula Real para que los cómicos llamados de la legua pudieran representar libremente donde quiera; pero en seguida vino el Intendente de Palencia solicitando su prohibición en aquella ciudad «por el estado general de penuria en que el vecindario se hallaba por la escasez de granos, y por la distracción que causaban á más de quinientos estudiantes, teólogos y artistas, que frecuentaban sus escuelas». En Murcia no se alcanzaba levantar la prohibición que el Obispo había impuesto en 1753, y de Valladolid y Burgos, el Arzobispo de Tebas, confesor de Carlos III, prevenía de Real orden que inmediatamente saliesen, así de aquellas capitales como del territorio de todo el arzobispado, los cómicos y las cómicas que se ha-

bían introducido en él. ¡Sólo en Madrid quedaba una sombra de protección en las tradicionales fiestas en que se representaban hacía cerca de un siglo los *autos sacramentales* de Don Pedro Calderón de la Barca! ¿Fue un acertado consejo el que por Moratín se dió al Conde de Aranda para que expidiera la Real cédula por la que se prohibió para lo sucesivo que volvieresen á representarse? Los *autos sacramentales* de Calderón, eran el último hálito de un teatro y de una literatura brillante que perpetuaba el noble sentido del espíritu nacional. Realmente, á partir de este momento, se fundó un nuevo teatro y una nueva literatura, de que los dos Moratines, padre é hijo, fueron palanca de superior potencia; pero si en la literatura que en la lira de D. Nicolás Fernández de Moratín produjo los dos cuadros hermosísimos de la *Empresa de Micer Jacques Borgoñón* y la *Fiesta de toros en Madrid*, no hizo otra cosa que restaurar el ambiente poético que crearon Garcilaso en Toledo, Herrera en Sevilla y los Argensola en Zaragoza, el teatro que en vano se ensayó en *Lucrecia* en 1763, en *Hormesinda* en 1770 y en *Guzmán el Bueno* en 1777, no tuvo la regularidad y el ambiente modernista suspirado hasta *El viejo y la niña*, de Leandro, *El café*, *El Barón* y *El sí de las niñas*, que, aunque en contraposición con la *barbarie* secular de los poetas originales del siglo XVII y la *barbarie* reinante ó traducida ó imitada del peor gusto francés, abrieron un camino expedito y fecundo para las evoluciones del porvenir, en que otra vez había de pretender recobrar su perdida preponderancia el genio nacional de la Musa española.

Razón tenía D. Leandro Fernandez de Moratín al bosquejar la biografía de D. Nicolás, su padre, en presentarle en la cumbre de los atletas esforzados que intentaron sacar del encenagamiento de la ignorancia á nuevos horizontes de vida y de propia conciencia un país que había llegado en todas sus servidumbres á todas las degradaciones más humillantes. Pero más justo hubiera sido con su propio progenitor, si en vez de presentarlo en abierta lid y alta visera con aquellos

caracteres despreciables ante los que, como en toda época de degradación moral é intelectual sucede, la opinión de su siglo andaba de rodillas, creyendo fuesen un Euclides en el Piscator salmantino, un Aristóteles en Julián de Castro, un César Augusto en el Marqués de la Olmeda, un Esopo en Nieto, un Virgilio en Rejón, y otras sublimes personificaciones del pasado en Bazo, Camacho, Montoro, Benegasí, Navarro, Lobera, Bidaurre, Ibáñez, Furmento, Nifo, Eparraguirre y Cernadas, espantosos endriagos de las letras que tuvo de desenmascarar, hubiese puesto en todo su relieve aquel estado social tan abrazado á su fanatismo y á su ignorancia, que semejantes fuerzas de resistencia oponía á todo movimiento de regeneración. Indudablemente las obras de D. Nicolás Fernández de Moratín, desde *La Petimetra* (1762), *Lucrecia* (1763) el *Desengaño al teatro español... sobre los autos sacramentales de Don Pedro Calderón de la Barca* (sin año), *El Poeta* (1764), *La Diana* (1765), *Hormesinda* (1770), *Las Naves de Cortés destruidas* (publicada después de su muerte en 1785), *Guzmán el Bueno* (1777), la *Carta histórica sobre el origen de las fiestas de Toros* (1777) y el caudal de sus *Poesías*, que como obras póstumas su hijo publicó en 1821 en Barcelona, en 1825 en Londres, y que después han vuelto á reproducirse en París por Baudry, y en Madrid por Aribau, son triunfos sobre la densa tiniebla de su tiempo, y abrieron un camino nuevo é inflamaron una nueva antorcha á las letras patrias del porvenir. Pero más que por el honor de estas obras, de las cuales algunas hay que vivirán sobre el planeta cuanto tiempo se hable en él la lengua de Garcilaso y Lope de Vega, los homenajes de la posteridad se le deben por su misión docente sobre el espíritu de aquel hijo glorioso á quien tan equilibrado dejó en todas las facultades del entendimiento.

No refiere D. Leandro Fernández de Moratín en la vida de su padre el desempeño del cargo de censor de las obras literarias que le fueron sometidas de 1777 hasta pocos días antes de su muerte, ya por el Consejo de Castilla, ya por la Sociedad

Económica Matritense de Amigos del País, ya por el Director de los Reales Estudios de San Isidro, D. Manuel de Villafañe. Esta labor no la hacía sólo D. Nicolás. La lectura de las obras que se dirigían á su censura para obtener las licencias con que ser impresas, se hacía entre el padre y el hijo. Uno de los dos leía en alta voz. En un papel que cada uno tenía delante, apuntaban las notas que se les ocurrían. A veces suspendían la lectura para emitir sus opiniones; y aunque D. Leandro profesaba tal respeto á su padre, que jamás se había permitido discordar de sus conceptos, D. Nicolás lo exhortaba á emitir su opinión antes de pronunciar él la suya. Esta ocupación que en los tres últimos años de la vida de D. Nicolás fue muy frecuente, le proporcionaba el medio de profundizar las ideas críticas y estéticas de su hijo, sobre las que le fijaba sus dogmas, siempre fundados en aquella exquisita noción que él tenía de lo bello, de lo noble, de lo bueno y de lo verdadero, y con cuya elocuente enunciación D. Leandro perfeccionaba las inspiraciones de su buen sentido. D. Leandro dice que en ningún libro aprendió tanto como en aquellas íntimas lecciones, en que el magisterio todo era amor paternal.

La primera de las obras que el Consejo de Castilla sometió á la censura de D. Nicolás Fernández de Moratín fue la traducción de *La Poética de Horacio*, de D. Tomás Iriarte. Todos los de este apellido eran amigos de Moratín y habituales contertulios á la Academia privada del salón de la Fonda de San Sebastián. Cuando llegó el manuscrito, la obra no era desconocida del padre, porque Iriarte la había leído en aquella tertulia, en la que se había debatido mucho sobre ella. Conocía, por lo tanto, sus aciertos y sus lunares, y las ventajas y desventajas que tenía sobre las otras traducciones que ya existían de la *Epístola á los Pisones*, principalmente la del maestro Vicente Espinel, de 1572, y publicada en 1591, la cual, reproducida por López de Sedano en el *Parnaso Español* con grandes encomios, movió á Iriarte á emprender la suya para rectificar los errores ó las libertades en que incurrió el antiguo

poeta de Ronda. Moratín no participaba de los entusiasmos del último traductor, y mucho menos de su acritud contra le rondeño, que, siendo estudiante en Salamanca, fue el primero en darle una interpretación en castellano, forzada por las exigencias del metro. Oyó D. Nicolás la opinión de su hijo, en todo concorde con la suya, y conformándose con ella, dejóle redactar su lacónico informe, que él se limitó á suscribir, y en el cual se decía: «✠ M. P. S. La traducción de la *Poética de Horacio*, por D. Thomás de Iriarte, que V. A. me ha mandado censurar, la juzgo muy digna de la luz pública; pues, *además de su mérito*, no hallo cosa opuesta á la Religión y Regalías. Madrid 8 de Mayo de 1777.—*Licenciado D. Nicolás Fernández de Moratín.*»

Esta tarea, D. Nicolás se la impuso en cuantas obras censuró, aunque no todos los dictámenes están escritos de letra de D. Leandro, sino que el mayor número son de su propia mano. En medio del laconismo ritual á que estaban sujetas estas censuras, se advierte en ellas, por lo general, un gran espíritu de benevolencia para todos los escritores; en algunas, la benevolencia sube al rango de elogio, y en otras se tiende á estimular aficiones incipientes. Hay pocas en que se niega que se dé la licencia; pero las hay. Por la censura de D. Nicolás, ordinariamente con la colaboración de su hijo, pasaron, en 1777, un libro más satírico que ingenioso, pero siempre ameno, titulado *Los enredos de un lugar ó historia del célebre abogado de Conchuela*, que escribió D. Fernando Gutiérrez de Vegas, vecino de la villa de Pareja, y que á Moratín le pareció escrito con gracia, invención y moralidad, y además todos los números, desde el 5 hasta el 14, del *Semanario Económico*, que dirigía D. Juan Cubie, y que en aquel año se publicaron. Llevan aprobación de D. Nicolás, en 1778, las *Obras del Cura de Fruime*, la tragedia *Ana Bolena*, de D. Lorenzo María de Villarreal Ruiz de Alarcón; las *Obras* de D. Vicente García de la Huerta, y la tragedia *El Conde Don García*, del mismo Marqués de Palacios, Villarreal y Alarcón. Del Cura de Fruime,

decía en carta al Director de los Reales Estudios el 19 de Febrero: «Ya tenía yo alguna noticia de este cura, y había visto varias obras suyas, que así manuscritas como impresas, han corrido con aplauso y han gustado generalmente por su gracia y naturalidad. Tales son las que se comprenden en el primer tomo, todas sueltas, y á asuntos diferentes, y muchas defendiendo á Galicia de las zumbas de otras provincias, con cuyo motivo el autor retorna también á las suyas, pero sin agraviar á nadie y con el decoro que es propio de esta clase de escritos.» En otra carta, del 6 de Abril, añade: «En todas las obras comprendidas en los tomos segundo al quinto, el autor demuestra su genio festivo, pero al mismo tiempo su piedad. En la sátira tiene sal, en la chanza guarda decoro y decencia, y en los asuntos sagrados da á entender que tiene un verdadero celo del culto. Sus pensamientos á la Virgen, Nuestra Señora, son tiernos y sentidos.» Respecto á García de la Huerta, observa el mismo laconismo que con la *Poética de Horacio*, de Iriarte; y del Marqués de Palacios, D. Lorenzo María de Villarroel y Ruiz de Alarcón, dice, al tratar de la tragedia *Ana Bolena*: «El autor se va poniendo en el buen camino, y prosiguiendo sus tareas con mayor despacio que el que él mismo dice haber gastado en ésta, se puede esperar que adelante mucho; por lo que no es razón ahogarle en los principios, sino animarle con la licencia que pide para su impresión.» Palacios siguió escribiendo sin duda con la misma precipitación con que engendró su *Ana Bolena*; mas al presentar su *Conde Don García*, Moratín se circunscribió á decir en su censura: «*En esta tragedia, nada se halla contra nuestra Religión ni nuestras Leyes.*»

En Febrero del año 1779 se le envió otro libro titulado *La Cuaresma poética*, de quien era autor el presbítero D. Felipe de Eguía y Requena, examinador y teólogo del Tribunal de la Nunciatura, que ya lo había dado á la estampa en 1739, á nombre de *D. Íñigo Caballero*. El libro era tal, que en un soneto se llamaba al amor de Cristo, *amor del Cupido Nazareno*, con otras locuciones semejantes. Su autor, al pretender repro-

ducirlo en su propio nombre, lo expurgó también de algunas de estas extravagancias de lenguaje y de concepto; con todo, Moratín decía en su censura: «He leído este libro con mucha devoción, pero no con la admiración y asombro que sus censores precedentes, pues se conoce que el piadoso autor subía mejor la cuesta del Calvario, que la del Parnaso.»

La obra en que en este año se deleitó la censura de D. Nicolás y la avidez de aprender de su hijo D. Leandro, fue la de la *Colección de poesías antiguas* que reunía y publicaba Sánchez. D. Nicolás no alcanzó á ver más que los dos primeros tomos, uno en Junio de 1779 y otro en Marzo de de 1780, habiendo sido esta la última obra que censuró, pues se le acababa la vida, hasta el punto de que la firma, abreviada sólo al *Nicolás de Moratín*, muestra en la inseguridad de los rasgos de la letra la casi total falta de pulso. De que debieron agradarle mucho, no cabe duda, al escribir que la obra «es muy digna de imprimirse por su antigüedad y utilidad notoria. ¡Ójala, añade, el laborioso colector hubiera hallado originales más correctos, ó hubiese empleado su innegable habilidad más en interpretar que en copiar tan exactamente! Pero de cualquier modo, es apreciable esta obra, como lo es por sus circunstancias una estatua gótica ó etrusca, aunque mutilada é imperfecta.»

También halló motivos, no sólo para elogiar sus escritos, sino para alentar su ánimo, en Doña Antonia Hernández de Oliva, de cuya pluma se sometieron en 1779 á la censura de Moratín tres diferentes escritos: unos *Diálogos en verso*, con motivo del fallecimiento del Capitán general D. Pedro de Cevallos, el restaurador de las provincias del Río de la Plata, una traducción de la *Andrómaca* de Racine y un tomo de *Poesías*. En la traducción de la *Andrómaca* decía Moratín al Consejo de Castilla: «Aunque no tuviera más mérito que el poder excitar con su ejemplo á desterrar la ociosidad de muchas damas, me parecería por eso justo que se le diese la licencia que pide.» La misma benevolencia tiene con D. Damián Mazón y Rama (pseudónimo de D. Ramón Amad y Romani), D. Juan

Domingo de Albisu y Loynaz (D. Martín Anselmo de Orive) y D. Pedro Trullunch, que escribieron, el primero una *Ora-ción* contra los gatos; el segundo una *Disertación* en su defensa y Trullunch una *Declamación* contra los que defienden á los ratones. En Moratín, esta polémica debió causar diversión y risa y aplaudió, en su censura sobre todo, el último de los tres papeles. Con lo que no pudo ser tolerante fue con el *Calendario sacro-poético* de D. Antonio Angel de Travega, beneficiado de las parroquiales unidas de San Andrés y Santa María la Blanca de Burgos. Al devolverlo le ponía esta nota: «*Es cosa indigna de imprimirse, pues no tiene circunstancia que la haga siquiera tolerable.*» También es de Marzo de 1780 esta censura y la firma muy temblona.

El nombre y la fama de D. Leandro, sin duda, ha perjudicado á la de su padre, como en el siglo XVII la del Rector de Villahermosa, Bartolomé Leonardo de Argensola, perjudicó á la de su hermano Lupercio. Si D. Leandro no hubiera sido astro de tal magnitud que todo lo eclipsa, indudablemente don Nicolás se contaría entre los mayores poetas, ó por el mayor poeta de su tiempo, aquel poeta que no ha tenido igual en el color y riqueza de las descripciones, y que con la palabra ingrata puede formular de este modo la visión de un caballo,

Los ojos son de esmeralda,  
El color de blanco cisne,  
La cola joyante seda,  
Y hasta el estribo las crines.

D. Leandro, que todo se lo debía, acabó de inmortalizarle en la brillante biografía en que retrató así al poeta como al hombre, ignorándose aún bajo cuál de los dos conceptos lo hace más atractivo; pero D. Leandro no fue jamás el genio, y sólo á la sabia y asidua dirección de aquella educación con que su padre amplió las alas de su espíritu, se debió aquel gigante que descuella por tantas facultades superiores de equilibrio, de armonía y de regularidad. Los talentos de Moratín,



---

pulidos en el crisol de aquella educación, no fueron más que el grado máximo de estas sobresalientes cualidades. D. Leandro fue el producto de tres generaciones de una educación sistemática y progresiva.

JUAN PÉREZ DE GUZMÁN.



## NOTAS SOBRE LA EXPOSICIÓN DE GOYA

---

Entre las solemnidades celebradas con motivo de la traslación y sepelio en la madre patria, de los restos de Goya, Moratín, Meléndez Valdés y Donoso Cortés, figuraba, con muy buen acuerdo, la celebración de una Exposición de obras escogidas del genial pintor, muchas de ellas difíciles de ser estudiadas y admiradas por los amantes del arte patrio y entusiastas de tan insigne artista, al hallarse hoy en poder de particulares.

Deferentes los felices poseedores de tan preciadas joyas con el patriótico proyecto, han enviado sus lienzos al flamante Ministerio de Instrucción Pública, en uno de cuyos salones obtienen general aplauso, resultando la Exposición, por el número, excelencia y novedad de sus ejemplares, una galería importantísima, que, con justicia, ha ocupado la atención pública.

La impresión unánime es la de que Goya poseyó con creces condiciones suficientes para figurar entre los primeros maestros del color que inmortalizaron sus nombres. El autor de tantas maravillas debe contarse indiscutiblemente entre los que más alto honor han dado al arte á que consagró su larga vida.

A las obras que de él conocíamos hay que agregar otras

muchas que ahora vienen á aumentar su fama, á la vez que ayudan á dilucidar ciertas obscuridades de su vida y proceso de su arte.

Difícil es decir algo nuevo substancial y en grado interesante de personaje tan conocido y casi contemporáneo, como lo es el eximio artista que con tantos bríos abrió las puertas de la pintura en nuestro siglo. Su personalidad nos es casi familiar: podemos decir que á poco si lo hemos tratado, que de oídas por lo menos tenemos de él verídicas noticias, y aunque no en número abundante, aún pudiéramos hallar privilegiados mortales, que quizá recordarán, en sus primeros años, á aquel buen viejo, tan sordo como valiente y laborioso hasta sus últimos alientos.

Muchos han sido los cronistas y enumeradores de sus obras, quienes, al contarlas, han pretendido á la vez retratar á su autor, haciéndolo con muy opuestos rasgos; pues mientras unos recogían noticias entre los que fraguaban la leyenda del héroe, presentándonoslo poco menos que digno de la cárcel por sus aficiones á las malas compañías, pendenciero, escandaloso en sus amoríos, amigo de la chusma torera y aprovechado explotador de aristocráticas damas; otros, en cambio, lo convertían, por reivindicarlo, en vulgarísima persona, cuando no lo llevaban á proceder, en determinadas ocasiones, cual si fuera su ideal el imitar á los santos.

Ni lo uno ni lo otro: Goya, como todos sus contemporáneos, ofreció muy distintas fases, tanto en su vida como en sus obras. Figura saliente de la sociedad en que vivía, con méritos y condiciones para hacer gran papel en ella, ni la contradijo ni se propuso enmendarla; y si como artista obtuvo un aplauso general, impuesto más que explicado, como hombre, como carácter, fue tan español de entonces, que no podían por menos que recaer en él las mayores simpatías de sus contemporáneos. No eran éstos dechado de virtudes ni de buen sentido, y aunque Goya se hallara por encima de todos ellos, como aragonés de carácter entero y de espíritu despierto, no

por eso debemos suponerlo dotado de heroismos morales, que más le hubieran alejado que hecho grato á la sociedad que tanto le encumbraba, y que estaba encargado de trasladar á las generaciones venideras en sus rasgos más salientes. Harto hizo en desahogar su pesimismo ó malhumor de indirecto modo en algunas de sus obras, en que la intención no puede ser más clara.

Pero, dejando al hombre y viniendo al artista, no podemos sustraernos á la sugestión que todas sus obras ejercen en el espíritu, despertando, á más de la emoción estética que siempre produce la presencia de lo bello, un supremo interés humano como ningún otro pintor ha causado con sus inspiraciones. Otras ideas, otras sospechas, sin querer, nos asaltan, pues es tan humano en sus asuntos, tan penetrante en sus intenciones, que ningún otro pintor ha sido más novelista ni literato que él, obteniendo por ello una popularidad y general aprecio, cual ningún artista la ha conseguido. Velázquez, maestro para los maestros, lo que también pudiéramos decir del Greco; Alonso Cano, Zurbarán y Murillo, sublimes ilustradores de los altares y del dogma entre nosotros, lograron la perfección infinita de la realidad ó la idealidad que perseguían; pero el interpretar la vida en sus rasgos más humanos, popular ó aristocrática, desde la cabaña al alcázar, nadie lo ha comprendido ni expresado con más fortuna que el aragonés insigne.

Flotan, por decirlo así, murmurios de pasadas historias por aquel salón en que las imágenes de seres ya extinguidos nos presentan un instante feliz de su existencia, tan bien simulada, que á poco los creemos vueltos á la vida; y si apreciadas son aquellas adorables imágenes en el hogar, donde aún el amor filial las venera, allí reunidas, ante el público y frente las unas á las otras, nos trasladan á su época, á la sociedad de su tiempo, ilustrada por sus varones más ilustres y sus más renombradas bellezas. Visitar la Exposición de Goya es contemplar el cuadro completo de nuestro siglo á sus co-

mienzos, tan distinto del que ofrece á sus postrimerías, comprendiéndose apenas cambio tan completo, siquiera del balance resulte para nosotros la peor parte.

Ofrece además doble interés, pues pudiendo admirar á nuestro placer lo conocido, ó aquello de que había noticias, sale á la pública espectación, con ocasión tan propicia para su lucimiento, mucho desconocido que aumenta los timbres del artista y proporciona sobre él nuevos datos, fortalecidos con documentos reveladores de muy curiosos detalles, que pueden también añadirse para el más perfecto concepto del artista y de sus obras.

Muy grato es poder gozar á nuestro sabor de obras tan famosas como el celebérrimo retrato de la XIII Duquesa de Alba, Doña María Teresa Cayetana de Silva y Alvarez de Toledo, imagen elegantísima de la más bella hembra de su tiempo, inmortalizada por el pincel del artista enamorado de tanta gentileza, que á su pesar le rendía el mayor tributo, como ideal hallado ante el que había que rendirse.

¿Logró el genial artista verse correspondido por tan rareza? ¿Quién lo sabe! ¿Quién podrá descubrir el misterio! Sólo puede asegurarse que lo imposible puede vencerse alguna vez por el reconocimiento de los méritos que adornan á los grandes hombres.

¡Quién fuera la modelo de aquellas dos saladísimas majas echadas, la una vestida y la otra desnuda, que tienen secuestradas para su recreo los académicos en sus salones! He aquí otro misterio. Por su cara, ninguna famosa fisonomía de su tiempo nos recuerdan, pero por su lindo cuerpo y delicada tez nos ofrecen formas apropiadas para lucir talles tan esbeltos y airoso como la más coqueta Eva, al deslizarse aérea sobre las alfombras de los más lujosos salones.

Era Goya, sin duda, admirable interpretador de las gracias femeninas: el retrato de la Marquesa de Lazán nos lo demuestra elocuentemente.

La multitud se extasía ante aquella imagen bellísima, pues

pocos retratos de mujer más hermosos creo que haya producido la mano de ningún artista.

Puede calificarse este retrato como el más genuino ejemplar del estilo Imperio en la pintura, pero avalorado con las positivas condiciones que faltan á las obras de tal estilo para obtener el título de verdaderamente clásicas.

Sus grandiosas líneas, su esbeltez y proporciones, la caída de sus paños, el tocado de su cabeza y sencillez de sus accesorios, corresponden por completo al gusto más de moda en sus días; pero no cae por esto en aquella frialdad académica é insípida corrección que caracteriza el estilo napoleónico, porque nuestro artista puso en él todo el calor de nuestra sangre, toda la genial tradición de nuestro arte, quizá más en esta obra que en otra alguna, inspirado sin duda por las nativas cualidades del modelo.

Goya poseía en sumo grado esta alta condición de los grandes retratistas, la de identificarse con sus modelos, y de aquí la constante variedad de estilos, y el que nunca interpretara igualmente á distintos personajes, luciéndose, como es natural, en aquellos que representaban más genuinamente el tipo patrio.

Quién diría que el autor del último retrato era el mismo del lindísimo de la Marquesa de Pontejos, acabado tipo de la elegancia á lo Luis XV, pero al que en vano pretendería llegar el propio Baucher ó Greux.

Otro prodigio de su pincel, entre los ya consignados por los autores (1), es el del niño que lee un papel de música, tenido por el *nieto del autor*, que por sus cualidades especialísimas, en nada lastimadas por algún deterioro, pues su estado de conservación es perfecto, puede colocarse al lado de los más famosos y excelentes que puedan existir. Cómo se haya conseguido tanta frescura y transparencia, á la par que tanto carácter de verdad y gracia infantil, no es posible explicarlo

---

(1) Núm. CXIV del GOYA, por el Conde de la Viñaza.

ni el propio autor podría decírnoslo; sólo se comprenden tales prodigios por un esfuerzo del genio cuando la inspiración coadyuva á sus propósitos.

¡Cómo no citar, por último, el del presbítero D. Antonio Llorente, el historiador de la Inquisición, en el que parece que Goya pidió prestados sus pinceles á Velázquez para interpretar tan híbrido personaje!

Nuestras Academias y centros oficiales han enviado casi todos los retratos y lienzos que del insigne pintor poseían; los personajes retratados nos son perfectamente conocidos, y algunas composiciones, como la alegórica que ha devuelto á la luz con ciertas modificaciones el Municipio, ayudan á levantar la fama del artista: el centro menos afortunado en la posesión de sus obras es el Banco de España; en algo había de serlo; las que presenta, si es que son suyas, son de las menos felices que salieron de sus manos: sólo el retrato del Conde de Cabarrús ofrece caracteres de ser del pincel de nuestro artista.

\*  
\* \*

Entre las obras exhibidas por los particulares, es donde realmente existen mayores sorpresas y motivos de nuevos estudios. La identificación de muchos personajes podemos obtenerla por las dedicatorias que del propio Goya llevan ante su firma; pero en muchos su modestia ó sencillez los aparta del interés histórico, aunque sea preciso concedérselo por su relación con el artista.

## RETRATOS

D. Ceferino Araujo, el último biógrafo de Goya, consigna ya entre sus obras, la preciosa cabeza de *La Feliciano* (1), propiedad del Sr. Ferriz.

---

(1) Núm. 76 del Catálogo de la Exposición.

Hoy se sabe quién era esta linda joven, pues se trata de una hija de Bayeu, el pintor paisano y cuñado de Goya, y por tanto, es su sobrina.

*Núm. 31.* D. TOMÁS PÉREZ ESTALA.—En un rollo de papel que tiene en la mano izquierda el retratado se lee: *D. Thomas Perez Estala.*—P. Goya.

Sentado en un sofá de fondo amarillo, viste casaca azul y chaleco blanco; su fisonomía nos presenta la de un hombre de fortísima complexión, aún joven; según nuestros antecedentes, fue el retratado abuelo materno de la señora que lo expone, persona de mucho viso en la corte de Fernando VII. Dueño de la fábrica de paños de Segovia conocida por la Casa Grande, puede decirse que fue el último gran pañero segoviano.

Lienzo: alto, 1,02; ancho, 0,79.

Araujo y el Conde de la Viñaza citan entre sus retratos uno de

LA DUQUESA DE ALBA, de medio cuerpo; pero como no la describen ni añaden dato alguno, sospechamos no será el número 32 del Catálogo, adquirido recientemente por el señor Barrio, y que es de lo más lindo y acabado del gran autor; como que se trataba de su ídolo.

Aparece en este lienzo la Duquesa de frente, elegantísimamente vestida con traje blanco, rayado de lila, y un lazo blanco y azul en el pecho: de igual cinta es el del sombrero blanco que cubre su cabeza: ciñe su talle, además, cinturón negro. En la mano izquierda lleva una llave dorada, teniendo entre los dedos de la derecha un anillo; apoya el brazo en un mueble, sobre el que aparece un perrito de lanas.

Por su estilo, y edad de la representada, pudiera suponerse este retrato el primero que hizo Goya de la aristocrática dama.

Lienzo: alto, 0,88; ancho, 0,66.

*Núm. 34.* DOÑA MARÍA TERESA APODACA DE SESMA.—Hermoso retrato, de más de medio cuerpo, en el que aparece la dama sentada en una silla, totalmente vestida de blanco, sobre fondo claro, con sólo un ligero lazo azul en el pecho. El



estado de conservación de tan delicada obra es perfecto.

Lienzo: alto, 1,28; ancho, 0,96.

*Núm. 35.* D. RAMÓN DE POSADA Y SOTO, primer presidente del Tribunal de Justicia en Cádiz, en 1812.—Ofrece este retrato el severo aspecto propio del personaje que representa. Viste casaca morada obscura, y aparece sentado en un sillón, con los brazos cruzados.

Lienzo: alto, 1,07; ancho, 0,96.

*Núm. 40.* EL MARQUÉS DE SAN ADRIÁN.—En una piedra sobre la cual se apoya el personaje retratado, se lee: *El Marqués de San Adrián, por Goya, 1804.*—Ni el Conde de la Viñaza, ni Araujo, tuvieron noticia de este importantísimo retrato, que hay que considerar como uno de los más notables de su autor. El Marqués, de gallarda figura, viste traje elegantísimo de su tiempo, consistente en frac pardo, chaleco blanco y pantalón de pana amarillo, con bota alta de montar. Apóyase en un bloque de piedra, sobre el que tiene el sombrero, sujetando con una mano la fusta y con la otra un librito de memorias.

Lienzo: alto, 2,09; ancho, 1,27.

*Núm. 44.* D. MANUEL SILVELA.—Ni Araujo, ni la Viñaza, citan este conocido retrato del abuelo del actual Presidente del Consejo de Ministros. Viste el retratado frac verdoso, con chaleco blanco y corbata azulada, apareciendo sentado y con una de las manos sobre la cadera. Su edad representa como unos treinta años, siendo por su valentía y entonación uno de los magistrales retratos de Goya. Figura de más de medio cuerpo (1).

Lienzo: alto, 0,95; ancho, 0,64.

*Núm. 45.* D. LEANDRO FERNÁNDEZ DE MORATÍN.—En un papel firmado, *Goya.*—Después de muy curiosas disquisiciones se ha concluído por identificar este retrato con el famoso

---

(1) Los números de este retrato y el siguiente salieron trocados en el Catálogo de la Exposición.

poeta. Aparece éste ya viejo, con gran peluca negra, vestido de negro y un papel sobre la mesa, con la firma del autor. Este retrato debe ser, pues, el que hizo en Bayona en 1824, presentándonos tintas y toques que recuerdan mucho los del Greco. También se puede observar en él la tendencia que se nota en los últimos de Goya de achicar las cabezas de sus modelos.

Lienzo: alto, 0,60; ancho, 0,49.

*Núms. 47 y 48.* LA SEÑORA DOÑA ANTONIA ZÁRATE, madre de D. Antonio Gil y Zárate.—De uno de estos dos retratos da cuenta Araujo, pero sin determinar á cuál de ellos se refiere. Como son tan interesantes, por representar á la misma persona, el uno llena de salud y el otro con aspecto de minada por traidora enfermedad, resulta el contraste tan saliente, que interesa y conmueve en sumo grado.

El núm. 48, ó sea el que representa á esta señora ya enferma, es un prodigio del pincel y una nota profundamente patética, pues nunca creemos haya dado el Arte imágen más llena de psicologismo, ni más sentida expresión del sér que en plena juventud y belleza se halla irremisiblemente á las puertas de la muerte.

Alto del núm. 47, 1,05; ancho, 0,84.

Idem del núm. 48, 0,71; ancho, 0,58.

*Núm. 64.* RETRATO DE LA SUEGRA DE GOYA (?).—Cobre circular, de 0,08 de diámetro.

*Núm. 65.* RETRATO DE UN CUÑADO DE GOYA (?) quizás Ramón Bayen.—Cobre circular, de igual diámetro del anterior.

Estos dos retratos, con cuatro más de que tenemos noticias, formaban una colección de miniaturas de familia, valientemente tocados y muy raros por sus dimensiones. Constituyen un ejemplar precioso de cómo se pueden pintar con soltura cabezas en pequeño, contrastando con todas las miniaturas de su tiempo, tan lamidas por lo general y amaneradas.

*Núm. 80.* RETRATO DE SEÑORA.—Vestida de blanco con

cinturón y lazos rosa. Ofrécese al espectador sentada en un sillón, sobre el que ha dejado antes su abrigo de pieles.

Lienzo: alto, 1,12; ancho, 0,79.

*Núms. 49 y 83. EL DUQUE DE SAN CARLOS.*—Son estudios ó bocetos para el que, de tamaño natural, existe en la Dirección del Canal Imperial de Aragón en Zaragoza.

El de la figura entera mide: alto; 0,77; ancho, 0,60 lienzo.

El estudio de la cabeza, en tabla, mide: alto, 0,59; ancho, 0,43.

*Núm 81. DOÑA MARÍA DE LAS MERCEDES FERNÁNDEZ.*—Viste de blanco, con el pelo suelto y flores en la cabeza. Lleva en la mano izquierda un papel en que se lee: *Doña María de las Mercedes Fernández, por Goya, 1794.* Algunos curiosos observadores han supuesto desfigurado este epígrafe, sospechando tanto por él, como por ciertos rasgos fisionómicos, que el retrato en cuestión es uno de la célebre *Tirana*.

Lienzo: alto, 1,08; ancho, 0,80.

*Núm. 89. RETRATO DE UN ANCIANO.*—Han sido improductivos cuantos intentos se han hecho para identificar este personaje.

Parece un párroco ó anciano eclesiástico, cuya abundante nariz y sano color es muy propio del que llega á avanzada edad tras una existencia piadosa y arreglada.

¿Será D. José Duaso y Latre? En casa de este bondadosísimo sabio vivió Goya oculto durante tres meses, huyendo de las iras de Fernando VII, en cuyo tiempo intentó retratarlo por cuatro veces, quedando siempre descontento de su obra.

Lienzo: alto, 0,59; ancho, 0,49.

*Núm. 91. DOÑA RITA DE BARRENECHEA, Marquesa de la Solana y Condesa del Carpio.*—Viste de negro con mantilla y guantes blancos, adornando su cabeza un gran lazo rosa y unas flores; tiene cruzadas las manos, y en la derecha el abanico.

Figura de cuerpo entero, admirable por la precisión de su dibujo.

Lienzo: alto, 1,83; ancho, 1,24.

*Núm. 96* D. PANTALEÓN PÉREZ DE NENÍN, Teniente coronel del Regimiento de húsares de María Luisa.—Viste el traje militar propio de su instituto, apareciendo de pie, ante el caballo, que se distingue en el fondo; apoya su mano derecha en el bastón de mando, y la izquierda en el sable.

Gallarda figura de cuerpo entero.

En el sable se lee el nombre del retratado, con la firma de un autor, y fecha de 1808.

Lienzo: alto, 2,05; ancho, 1,24.

*Núm. 86.* GOYA PINTANDO.—Curioso retrato del artista, en el que aparece de cuerpo entero, vistiendo marsellés y calzón corto, con sombrero de copa en la cabeza. Se halla en actitud como de retratar al espectador, y es notable, entre otros conceptos, por la luz que inunda la estancia en que figura el retratado.

Lienzo: alto, 0,42; ancho, 0,28.

*Núm. 99.* RETRATO DE UN DIBUJANTE.—Representa, según los últimos informes de completo crédito al importante político D. Evaristo Pérez de Castro en su juventud, vestido con frac gris, sentado, y apoyando todo su cuerpo sobre una mesa, en la que aparece un tintero y varios dibujos: con su mano derecha sostiene un lapicero, apoyando la izquierda en la cadera. Figura de más de medio cuerpo. Es, sin duda, uno de los más bellos retratos que figuran en la Exposición.

Lienzo: alto, 0,99; ancho, 0,69.

*Núm. 100.* PERSONAJE DESCONOCIDO.—Aunque sin ostentar una ejecución extraordinaria, no deja de ofrecer en su totalidad caracteres de entonación y conjunto magistrales.

Parece ser de un dibujante, pues tiene entre sus manos un papel, en el que se han trazado y pintado unas grecas para bordados.

Lienzo: alto, 1,06; ancho, 0,80.

*Núm. 101.* RETRATO DE GOYA.—Aparece de frente al espectador, pintando un lienzo: figura de medio cuerpo.

Firmado: *Goya*.

Lienzo: alto, 0,18; ancho, 0,12.

*Núm. 104.* D. ANTONIO FORASTER.—Cabeza de anciano con uniforme militar.

Lienzo: alto, 0,45; ancho, 0,37.

*Núm. 105.* TIBURCIO PÉREZ.—Soberbia figura de medio cuerpo, pero en la que nadie reconocería el retrato de un Académico de Mérito de la Sección de Arquitectura de la de San Fernando, aunque haya noticia de las excentricidades de este sujeto. Aparece en mangas de camisa y cruzado de brazos, con el resto del traje negro, teniendo los lentes en su mano derecha.

Firmado: *A Tiburcio Pérez. Goya, 1820.*

Lienzo: alto, 1,02; ancho, 0,81.

*Núm. 106.* D. JUAN ANTONIO CUERVO, Arquitecto de la Renta General de Correos y Director que llegó á ser de la Academia de San Fernando.—Aparece sentado en un sillón, ante una mesa, sobre la que se extiende el plano de un edificio. Viste el traje de Académico, y por la valentía de toque y expresión y vida de su cabeza, presenta una de las muestras más brillantes de la maestría de su autor.

Firmado: *D. Juan Antonio Cuerdo Director de la Real Academia de San Fernando. Por su amigo Goya, año 1819.*

Lienzo: alto, 1,28; ancho, 0,87.

*Núm. 107.* DOÑA JOSEFA CASTILLA PORTUGAL DE GARCINI.—Esta señora, cuyo marido veremos inmediatamente, aparece sentada, vestida completamente de blanco, con las manos cruzadas y teniendo suelta su rubia y abundante cabellera. La más plácida expresión de salud y bondad se manifiesta en su semblante, y es digna compañera de su marido, no menos felizmente retratado por el insigne maestro.

Firmado: *Doña Josefa Castilla de Garcini, por Goya, año 1804.*

Lienzo: alto, 1,04; ancho, 0,82.

*Núm. 108.* D. IGNACIO GARCINI, Brigadier de Ingenieros.—Vestido con el traje militar propio de su grado, nos presen-

ta este bizarro personaje, animada su prodigiosa cabeza por el pincel del artista, tal aspecto de verdad, que con razón es reconocido su retrato como uno de los más magistrales que se han dado á conocer en el salón. Figura de medio cuerpo, compañero del anterior.

Firmado: *D. Ignacio Garcini. Por Goya, 1804.*

Lienzo; alto, 1,04; ancho, 0,82.

*Núm. 109. JOSÉ ROMERO.*—Segun el Catálogo: se nos presenta vestido de torero, con el capote al hombro y las manos cruzadas. Figura de medio cuerpo.

Lienzo: alto, 0,92; ancho, 0,76.

*Núm. 110. DOÑA MANUELA GIRÓN Y PIMENTEL, Duquesa de Abrantes.*—Aparece esta señora en actitud de entonar una canción, siguiendo el papel de música que tiene en su mano. Viste traje azul con manto amarillo, y adorna su cabeza una corona de rosas blancas, pretendiendo sin duda representar algún personaje clásico (1).

Firmado: *Doña María Girón, Duquesa de Abrantes, por Goya.*

*Núm. 113. D. JOAQUÍN M. FERRER, Presidente del Consejo de Ministros en 1841.*—Es un retrato admirable por la brillantez de su color.

Aparece este hombre de Estado de pie, con un librito de pasta roja en su mano derecha. Figura de medio cuerpo.

Firmado: *Goya. Paris, 1824.*

Lienzo: alto, 0,73; ancho, 0,59.

*Núm. 115. DOÑA MARÍA IGNACIA ÁLVAREZ DE TOLEDO, Marquesa de Astorga y Condesa de Altamira.*—Figura de cuerpo entero, sentada en un sofá con su hija en los brazos. Viste traje rosa muy claro con toquilla blanca, siendo de este color el vestido de la niña.

Lienzo: alto, 1,92; ancho, 1,15.

*Núm. 117. LA MARQUESA DE CABALLERO.*—Viste la Mar-

(1) Véase más adelante el documento que damos sobre este retrato.

quesa traje azul á la moda de sus días, apareciendo de frente, sentada en un sillón con forro de damasco rojo: lleva al cuello un medallón, y en las manos el abanico y un papel con su nombre y la firma del autor. Sospechamos, sin embargo, que sea este lienzo réplica del que de esta Marquesa, ó sea la señora Doña Soledad de la Rocha, poseen sus sucesores.

Lienzo: alto, 1,06; ancho, 0,84.

*Núm. 118.* DOÑA MARÍA MANUELA ALVAREZ DE COÍÑAS.—Hermoso retrato de medio cuerpo, en que aparece esta bella señora vestida de negro con cuello blanco, cadena y reloj de oro, con un pequeño abanico en su mano derecha. Pertenece por su estilo al último de su autor, como pintado en 1824.

Firmado: *Goya*, 1824.

Lienzo: alto, 0,73; ancho, 0,60.

*Núm. 123.* LA SEÑORA DE CEAN BERMÚDEZ.—Aparece lujosamente vestida con traje muy adornado de lazos y blondas. Está sentada en un sillón, con un neceser sobre la falda y en actitud de picar sobre él un dibujo para bordar. Figura de más de medio cuerpo.

Alto, 1,21; ancho, 0,85.

#### ASUNTOS VARIOS

*Núm. 66.* SAN PEDRO EN ORACIÓN.—Cabeza de extraña catadura para representar un bienaventurado.

Firmado: *Goya*.

Lienzo: alto, 0,73; ancho, 0,65.

*Núm. 67.* CAPRICHOS.—Es más bien el boceto de un friso ó recuadro correspondiente á la embocadura ó decoración de un teatro casero, pintado seguramente por Goya para que sirviera una sola noche, pero en el que se ve admirablemente reflejado el híbrido gusto neoclásico que realizaban en el teatro, tanto en su acción como en todos sus accesorios, los preceptistas secuaces de Moratín y su escuela.

Lienzo: alto, 0,31; ancho, 0,95.

*Núm. 70.* SANTA ISABEL CURANDO Á LOS LEPROSOS.—Boceto.

Lienzo: alto, 0,33; ancho, 0,23.

*Núm. 71.* PRISIÓN DE SAN HERMENEGILDO.—Tal parece ser el asunto representado en este boceto, compañero del anterior y de las mismas dimensiones.

*Núm. 84.* LA DEGOLLACIÓN.—Un bandido corta la cabeza á una mujer, teniendo otro la de una víctima anterior.

Tabla: alto, 0,33; ancho, 0,47.

*Núm. 85.* LA HOGUERA.—Acércanse á ella algunos hombres desnudos.

Tabla: iguales dimensiones que la anterior.

*Núm. 87.* UN MILAGRO DE SAN ANTONIO.—Boceto con algunas variantes para el grupo principal de la cúpula de San Antonio de la Florida.

Lienzo: alto, 0,26; ancho, 0,38.

*Núm. 88.* LA GLORIA.—Boceto, compañero del anterior y de las mismas dimensiones, para el presbiterio de San Antonio de la Florida.

*Núm. 114.* UNA PROCESIÓN.—Obsérvase cierta intención caricaturesca en el grupo de frailes que la componen.

Lienzo: alto, 0,49; ancho, 0,60.

*Núm. 119.* SUERTE DE VARA.—Presenta mucha semejanza con las litografías de este tiempo, y según el Catálogo, fue pintado en París en 1824.

Lienzo: alto, 0,50; ancho, 0,61.

*Núm. 120.* EL SUEÑO.—Hermoso estudio de mujer dormida, de medio cuerpo y tamaño natural.

Lienzo: alto, 0,44; ancho, 0,76.

*Núm. 111.* LA ORACIÓN DEL HUERTO.—Inspirada composición que hubiera dado lugar, sin duda, al mejor cuadro religioso de Goya, á haberlo ejecutado. La pintó sobre una tabla negra sin preparar, que le sirve de fondo.

Firmado: *Goya fecit*, año 1819.

Tabla: alto, 0,47; ancho, 0,35.



## DIBUJOS, GRABADOS, LITOGRAFÍAS, AUTÓGRAFOS, ETC.

También en esto ha sido abundante en novedades la Exposición, porque á más de los conocidos, entre los dibujos se han presentado colecciones ó cuadernos tan notables como el número 155, de treinta y ocho de ellos, expuesto por el Marqués de Casa Jiménez y que aparece abierto por el precioso apunte de la vista de Madrid, para el fondo *de la Romería de San Isidro*, del Museo del Prado; y el no menos importante núm. 162, de D. Aureliano Beruete, de otros treinta y ocho dibujos con leyendas autógrafas. Siguiendo el catálogo, se encuentran otros inéditos, como el núm. 129, ó sea los *retratos de Carlos IV y María Luisa*, dibujos originales para los grabados de la guía de forasteros; los tres á la sepia (núm. 139); el librero Villareal (núm. 149); *El retrato de Goya*, dibujo á la pluma (número 149); *Un mendigo*, al lápiz (núm. 152); *El portero Ochoa*, dibujado para un agua fuerte (núm. 152) y entre las litografías la núm. 158, *suerte de vara en el campo*, estampa no catalogada por Lefort, y de la que no se conoce más que el ejemplar expuesto.

Tal es el considerable número de obras antes desconocidas que se han exhibido en la Exposición de tan famoso artista. Si su nombre no fuera tan universal y reconocido, bastarían éstas con creces para inmortalizarlo; y eso que aún abrigamos la creencia de que existen muchas más que permanecen en la sombra. Todavía, después de impreso el Catálogo, han sido presentadas y admitidas varias, más ó menos notables, pero de las que recordamos como inéditas y con todos los caracteres de auténticas, un lindo retrato de graciosa joven, con mantilla negra y la firma del autor en la piedra de una sortija que lleva puesta, y otra repetición, con variantes, de la *Casa de locos* que presenta la Academia de San Fernando. También es muy digna de mención *La moza de cántaro*, perteneciente á la testamentaria de D. Emilio Castelar.

\*  
\* \*

Si interesantes son las obras de este gran artista, no lo son menos aquellos documentos á él referentes en alguna manera. Las cartas presentadas casi todas son conocidas y por lo tanto no aportan datos nuevos importantes sobre la vida ó las obras de nuestro artista. De algunas más sabemos en poder de particulares, pero sin que dilucidan tampoco punto alguno concreto, por lo que pasamos á examinar otros documentos de verdadero interés, que hemos tenido la suerte de hallar en importante archivo.

Escasos documentos inéditos se hallan expuestos en el local de la Exposición. Si se exceptúa alguna carta desconocida, puede decirse que pocos datos nuevos averiguamos por lo que de mano del artista ó con referencia á él se ha presentado.

Nosotros, no obstante, hemos tenido la suerte de hallar algo de interés aún en el archivo de la casa de Osuna, de lo que galantemente autorizados vamos á dar cuenta, ampliando lo publicado en ocasión anterior (1).

Ya entonces consignábamos el hecho de que Goya pintó los retratos de los Reyes Carlos IV y María Luisa, en dos óvalos, con destino á las fiestas de su coronación. En curioso oficio se describen estas fiestas, celebradas en el palacio ducal, consignando que para el 17 de Enero se construyó en el picadero de la casa y en solos once días, un magnífico salón de baile, que se destruyó inmediatamente de celebrado el sarao, por ser de tablas, bastidores y adornos con lienzos y pastas. Es más que probable que todo ello fuera dirigido por Goya, luciendo en el testero los dos retratos de los soberanos, en cuyo honor se celebraba la fiesta.

Pocos meses después, con motivo de la entrada y coronación de los Reyes y jura del Príncipe de Asturias, en los días 21, 22 y 23 de Setiembre, se celebraron parecidas fiestas en la Casa de Osuna, para lo cual se construyó en el mismo sitio otro magnífico salón de baile y nueve salas para la cena.

---

(1) *Historia y Arte: Nuevos datos sobre Goya y sus obras*, pág. 195.

Los Duques, para eterna memoria, mandaron abrir láminas del plano y aspecto del salón en estas solemnidades, de las que existe oficio, abonando tres mil reales de vellón á José Jimeno, grabador, «por los nueve dibujos que hizo y doce láminas que gravó de la planta baja del salón y templete, y varios adornos que sirvieron para las funciones que se hicieron en la casa del Duque en celebridad de la Coronación de los Reyes y jura del Príncipe Nuestro Señor (fecha de 30 de Octubre de 1792).»

No se han hallado estos retratos de Goya en la Casa de Osuna, por lo que es muy probable que los regalaran á los Reyes, siendo este uno de los motivos de la entrada en Palacio del célebre pintor.

Es muy curiosa también la carta de Doña María de Uria y Alcedo sobrina del General Urrutia, en que le pide permiso á la Condesa de Benavente para que el pintor Esteve haga una copia del célebre retrato de su tío, que desde luego debió ser considerado como un prodigio del pincel, según la estimación que de él se hizo desde que fue pintado. Dice así:

«Excma. Señora:

Muy señora mía: Deseando sacar un retrato por el que V. E. tiene de mi difunto tío, el General Urrutia y habiendome valido para ello de D. Agustin Esteve, estimaría muy particularmente el que V. E. se sirba mandar se ponga dicho retrato a la disposición de este pintor, a cuyo favor quedaré sumamente reconocida.

Nuestro Señor guarde la vida de V. E. muchos años. Madrid 12 de Maio de 1803. B. L. M. de V. E. su afectísima servidora, *María de Uria y Alcedo*.

Excma. señora Duquesa de Osuna.»

La Duquesa le contestó atentamente diciéndole que lo tendría á su disposición en cuanto le devolviera el retrato el Duque del Infantado, que se lo había pedido.

Esto nos demuestra que debe existir la copia hecha por Esteve, y que quizá el Duque del Infantado deseó también te-

ner repetición del retrato del General, bien por mano del mismo Goya ó por otro pintor de su tiempo.

Ya dimos cuenta en la publicación citada de un libramiento *de mil quinientos reales vellón á favor de D. Francisco de Goya por importe de unas estampas que ha tomado S. E. de su casa*, y ahora podemos añadir que, al dorso del documento, al firmar Goya el recibo de la cantidad, especifica que es «*por los cuatro libros de Caprichos grabados a la agua fuerte por mi mano*» (fecha de 17 de Enero de 1799).

En una cuenta de *Mayordomía y Caballerizas* de 1816 se encuentra una partida interesante respecto al retrato que antes citábamos, de la Duquesa de Abrantes. Dice así: «Son data 4.000 reales entregados al pintor D. Francisco Goya de orden de S. E. en consideración al retrato que ha hecho de la Excelentísima señora Duquesa de Abrantes, según consta del abono número 29.» Como la fecha conviene con la de la firma del cuadro, se refiere á éste, sin duda, la partida transcrita.

Respecto al magnífico retrato del Duque de Osuna, de cuerpo entero, pintado en 1816, vimos hace tiempo entre los papeles de tan curioso archivo un verdadero expediente incoado por Goya para el cobro de esta obra, que empieza por una petición del abono de su importe.

El artista dirige, además, al Duque, solicitud en forma de oficio, redactada en los siguientes términos:

«Excmo. señor: Despues de haver tenido la satisfaccion de llenar los deseos de V. E. con su retrato de cuerpo entero, que tube el gusto de hacer este Agosto ultimo, V. E. me preguntó por escrito quanto devia enviarme por el referido retrato, a lo que contesté que jamás habia tasado mis producciones, pero que en vista del vibo deseo que tenía V. E. en corresponder con mis tareas, las creia recompensadas con haverle servido, y al mismo tiempo con diez mil rvn. Distraido con mi trabajo no he llamado la atencion de V. E. sobre este asunto hasta este momento, en el que necesitado de dicha cantidad desearé se me satisfaga como es justo. Dios guarde á V. E. mu-

chos años. Madrid 17 de Noviembre de 1816.—*Francisco de Goya.*»

El Duque decretó favorablemente el oficio al día siguiente, y atendida la súplica se le abonó el importe en 28 de Marzo de 1817.

La Exposición de Goya ha sido, por tanto, una felicísima idea de fecundas consecuencias, pues gracias á ella hemos podido contemplar reunidas las obras maestras del genial pincel de nuestro autor, hoy más que nunca famoso.

Pero no debemos concluir sin consignar un hecho. La Comisión, que merece toda clase de plácemes por el acierto con que ha cumplido su cometido, no ha podido ejercer la severa censura que deseara con las obras presentadas, nunca más difícil que en la ocasión presente. Á esto es debido que hayan figurado en el Salón bastante número de ellas que sin duda hubieran producido en Goya, de por sí poco sufrido, algún arranque de mal humor al verlas figurar como suyas. Téngase en cuenta que en sus días vivieron pintores tan estimables como Esteve, Carnicero, Asensio Juliá el Pescadoret, Paret y Alcázar, el desterrado Muller y otros que en mucho reconocieron y hasta en lo que pudieron trataron de imitar los méritos del maestro, de los que sería fácil señalar la paternidad en no escasos lienzos que han figurado en la Exposición. Esto, lejos de rebajarla, la hace más interesante, pues así pudiérase ampliar su enunciado diciendo, que ha sido la exhibición completa pictórica española de Goya y su tiempo.

N. SENTENACH.

PERTENECE A LA BIBLIOTECA DEL  
ALCAZAR DE BARRAJONES DEL

# LOS HIJOS VENGADORES

## EN LA LITERATURA DRAMÁTICA

---

SUMARIO: I. Las pasiones toman distinto carácter según la raza, el temperamento y la civilización.—II. *Orestes*.—III. *El Cid*.—IV. *Hamlet*.—Su verdadero carácter literario.—V. Monumentos del mito de *Hamlet*, anteriores al drama de Shakespeare.—VI. Leyenda primitiva de *Hamlet*, traducida de la *Historia* latina de *Saxo-Grammaticus*.—VII. ¿Es Hamlet personaje histórico ó creación mítica de la fantasía popular?—Recuerdos de Dinamarca.—Castillo de Kronborg.—Sepulcro apócrifo de *Hamlet*.—*Saxo-Grammaticus*.—Molbech.—VIII. Moratin, traductor de *Hamlet*.—Injusticia y error de la crítica pseudo-clásica con respecto á Shakspeare.

### ORESTES.—EL CID.—HAMLET (1)

---

#### FUENTES DE ESTOS TRES MITOS

#### I

#### LAS PASIONES TOMAN DISTINTO CARÁCTER, SEGÚN LA RAZA, EL TEMPERAMENTO Y LA CIVILIZACIÓN

No ofrece la Historia, y especialmente la historia literaria, estudio alguno más interesante que el de las transformaciones y diferencias esenciales que se advierten en las ideas y en los sentimientos humanos según los tiempos, las razas, las reli-

---

(1) Muy pronto verá la luz un tomo de estudios de historia y de crítica literaria, del ilustre Marqués de Valmar, entre los cuales ha de figurar el presente.

Al libro acompaña un prólogo de Menéndez y Pelayo que, entre otras merecidas alabanzas, dice: «Estas obras, muy dignas de atención por su acendrado y castizo lenguaje, contienen alta enseñanza crítica y copiosas é importantes investigaciones históricas.»—(N. del D.)

giones y las costumbres. Sin llegar á las atrocidades gigantes de enterrar vivas á las viudas y quemar á los esclavos como honra funeral de magnates bárbaros, ni á la económica costumbre de matar á los viejos, á los impedidos y á los hijos *sobrantes*, seres molestos y onerosos á la familia, y otros horrores á que llega el hombre cuando la civilización no modera sus salvajes instintos, se hallan también grandes monstruosidades morales en ilustres pueblos que fueron lumbreras de cultura en remotas edades. La obligación que imponía la ley mosaica de sustituir, como esposo, un hermano á otro hermano cuando habían sido infecundos los matrimonios (el *levirato*); los *ilotas* de Lacedemonia, y los *parias* de la India; el casamiento entre hermanos, ley sagrada de la sabia Egipto, cosas son que causan espanto y grima al corazón cristiano.

Pero, sin ahondar tanto en los desvaríos y miserables aberraciones del espíritu humano, puede afirmarse que apenas hay un sentimiento, aun de aquellos que son universal é inalterable patrimonio de la humanidad, que no adquiriera, según las influencias psicológicas y fisiológicas de cada pueblo, de cada época y á veces de cada individuo, tan peculiares formas y tan profundas divergencias, que cuesta trabajo reconocer un origen común en el impulso íntimo de pensamientos y pasiones que en sus manifestaciones externas toman rumbos tan distintos y producen resultados tan diferentes.

Las letras, que suelen ser luminoso espejo de la índole moral, etnográfica, religiosa y política de las naciones, demuestran á cada paso la exactitud de las precedentes observaciones. Las obras del ingenio que la posteridad no condena al olvido, llevan siempre consigo el sello inmortal de los impulsos morales que mueven la sociedad humana; esto es, las creencias, los afectos, las preocupaciones, los ambiciosos vuelos, las engañosas ilusiones, fuentes todas de donde nacen las acciones, gloriosas ó perversas, de los hombres.

El honor caballeresco, el fanatismo religioso ó político, son pasiones artificiales que se crean y manifiestan con muy diver-

so modo y carácter, al impulso de las costumbres, de los cultos, de las instituciones y de las leyes. Estos y otros ardorosos movimientos del alma pueden ser peculiares á épocas y á razas determinadas.

El embeleso del amor, los arrebatos del odio, los afanes de la ambición, los anhelos de la gloria, las angustias de la codicia, el infernal tormento de la envidia, el ansia punzadora de la venganza, son sentimientos y pasiones comunes á la familia humana. Y, sin embargo de su generalidad y persistencia, toman caminos y formas diferentes, según las circunstancias idiosincráticas de la raza y del individuo, y según el estado social de civilización ó de barbarie. La educación, el clima, la posición social, influyen también no poco en la forma de expresión de las pasiones eternas del hombre. Una dama aristocrática de Berlín ó de Londres no da rienda á la desesperación ó la ira con desaforados gritos y descompuestos ademanes, como la placera de la Halle de París ó la manola de Lavapiés de Madrid. El septentrional, por lo común flemático y reflexivo, espera ocasión para la venganza; el meridional, irreflexivo é irascible, se ciega y acomete. En todos es igualmente intensa y viva la dolorosa energía de las pasiones; pero la máscara que toman, al enseñorearse del alma, tiene innumerables matices.

Esto explica cómo la venganza, por ejemplo, que es una de las pasiones más adecuadas á las obras de imaginación, y que ha dado pábulo tantas veces á la novela y al drama, se ha pintado siempre con tan diferentes formas y colores; lo cual se ve con perfecta claridad si se pára la atención en la venganza provocada por causas de una misma índole, y se comparan las obras literarias en que han sido desarrollados sus impulsos y sus estragos.

No hay asunto dramático más grave y más conmovedor que la venganza ejercida por los hijos en desagravio de los padres. Innumerables son los dramas por él inspirados. Pero basta comparar los tres más ilustres que ofrece la literatura de todas las edades para convencerse de los diversos impulsos y



efectos que producen las pasiones en razas y en civilizaciones distintas.

*Orestes, El Cid, Hamlet.* Tres instrumentos típicos de filial venganza, creados por las letras espontáneas y vigorosas de Grecia, de España y de Inglaterra. Pero ¡qué personajes tan diversos! Los móviles que provocan estas tres venganzas y los medios empleados para consumarlas, dan á cada una de ellas un sello privativo y profundo. Los tres vengadores son tres caracteres en que se reflejan respectivamente otras tantas razas y civilizaciones.

## II

### ORESTES

El mito literario del *Orestes* de la Grecia antigua ha sido determinado y fijado con el sello de la inmortalidad por el genio sublime de Esquilo. Pero ya mucho antes existía en la poesía helénica. Un vate insigne de Hímera, *Stesícoro*, compuso un poema, LA ORESTIA, cuyo título pasó á ser el de la famosa trilogía de Esquilo. Desgraciadamente, no ha llegado á nosotros aquella importante obra. Consta su existencia por testimonios históricos de la antigüedad. En un fragmento que los ilustres críticos alemanes Geel y Bergk, con no escaso fundamento, atribuyen al mismo poema, asoma claramente la influencia religiosa de la fatalidad, base primordial de las concepciones dramáticas de Esquilo. Contenía también un sueño de Clitemnestra, que tal vez inspiró al poeta trágico la terrible visión de la serpiente que refiere á Orestes el coro en *Las Coéforas*, y que decide al parricida á cometer el horrendo atentado.

Puede creerse fácilmente que las pasiones y los caracteres de la trilogía *La Orestia* pertenecen exclusivamente á Esquilo. El vigoroso y fácil pincel con que traza los personajes de Clitemnestra, de Egisto y de Electra, y la sabia unidad de las tres partes inseparables de esta admirable trama, denotan un

ingenio original y poderoso. Pero ¿quién sabe si en el alto sentido moral de la obra fue Esquilo inspirado por *La Orestia* de Stesícoro?

Para excitar á la venganza á Orestes, dice el coro en *Las Coéforas*:

«Permita Júpiter que triunfe la *ley de equidad*. ¡Agravio por agravio....., muerte por muerte! *Mal por mal* es sentencia de los antiguos tiempos.»

Esta horrible ley de venganza, *ley de equidad* en la dura moral pagana, ley de iniquidad en la moral generosa de los cristianos, se dulcifica y se transforma en *Las Euménides*, última parte de la trilogía. Allí, la decantada ley del *talión*, de la antigüedad, se convierte en la santa ley de la rehabilitación moral del delincuente por medio del escarmiento, de la pena, de la plegaria y del arrepentimiento.

Digno en verdad era Stesícore de sostener y propagar, como apóstol de verdades morales, el gran principio de la *expiación*. Era uno de aquellos poetas que daban á la poesía lírica de los dorios una grandeza y una amplitud que la hacía frisar con la epopeya y la tragedia. Así lo afirman ilustres críticos de la antigüedad. Longino le llama *muy homérico*. La *Antología* lo convierte en un segundo Homero. Quintiliano dice de él que «sostuvo con la lira el peso de la epopeya».

Aquel grandioso lirismo, que, con sus formas múltiples y flexibles lo abarcaba todo, tradiciones teogónicas, leyendas religiosas y heroicas, costumbres públicas y privadas, glorias recientes de la patria, cuanto constituye la vida real é ideal de las naciones, era la fuente natural del drama griego. No parece dudoso hoy día que en Grecia la tragedia nació del *ditirambo*, himno á Baco, entusiástico por excelencia, y especialmente de los *coros trágicos* de Sicione, que menciona Herodoto, narraciones patéticas en forma de himnos ditirámicos, especie de *trenos*, que constituyó lo que se llamó entonces *τραγικός τρόπος* (modo trágico). La tragedia griega fue en un principio puramente lírica, y por transmisión natural llegó á ser

la tragedia dramática, que constituye una de las más brillantes glorias de la civilización literaria de Atenas.

Fue Stesícoro, según afirman los antiguos, inventor del *coro* en la tragedia, y después de esta creación de tan grande entidad en el teatro helénico, escribió (tomando los asuntos de las epopeyas de Homero y de Hesiodo) poemas de estro elevado, que pudieron llamarse epopeyas líricas.

Según la expresión de un escritor de nuestros días, era «el más épico de los grandes líricos». Se han conservado muy pocos versos de este famoso siciliano; pero en cambio conocemos muchos de los asuntos épicos de sus poemas. Horacio y Plinio el Mayor, en él admiraban la sublimidad y el alto sentido. Afirman que el esplendor, la pasión, el raudal de la elocuencia poética, hacían recordar en sus obras á las de Píndaro. ¿Cómo no había Stesícoro de ostentar tan nobles prendas en el grandioso asunto de su *Orestia*? Este poema no podía menos de contener magníficos cuadros de las tremendas luchas y trágicos conflictos de la sanguinaria familia de los Atridas. Atendida la grande autoridad de Stesícoro, bien puede conjeturarse que Esquilo no desdeñaría inspirarse en aquella celebrada obra. ¡Grave é irreparable pérdida! Si hubiesen llegado á nosotros, así *La Orestia* como los cantos patéticos de Stesícoro en las fiestas heroicas de la Grecia Magna, tal vez hallaríamos en ellos clarísima luz para juzgar de los orígenes del teatro griego, y se nos harían más visibles los vínculos que, en aquellos tiempos de creación poderosa, enlazaban con la tragedia naciente la alta lírica y la epopeya.

Muchas obras anteriores y posteriores al *Hamlet*, de Shakspeare, tienen manifiesta conexión con los elementos principales que constituyen este famoso drama; mas en pocas se advierten tan profundas analogías como en *La Orestia*, de Esquilo, que el trágico inglés no conocía. Orestes no titubea, como Hamlet, cuando llega el momento de obrar; pero antes razona consigo mismo, consulta á las *coéforas*, que, con Electra, le excitan á la venganza de su padre; sufre las angustias

de quien se halla subyugado por un deber supremo que le impone imperiosamente la religión y que la naturaleza condena, y emplea el disimulo y la astucia para lograr su objeto, á la vez piadoso é impío.

La horrenda idea de poner á un hijo vengador enfrente de una madre culpada, es fundamental en ambos dramas. *Orestes* y *Hamlet* desprecian cada cual á su madre con igual intensidad y energía. La diferencia consiste en que Orestes, con mayor entereza y alucinado por las visiones y los oráculos, mata bárbaramente á su madre, mientras que Hamlet, débil, escéptico é irresoluto, se contenta con insultar á la suya ó emplear con ella su lenguaje habitual, mezcla de ironía, de ira y de ternura.

Esquilo hace salir en *Las Euménides* el espectro de Clitemnestra, y el de Darío en *Los Persas*, como Shakspeare hace que aparezca á Hamlet el Rey su padre, y Julio César á Bruto, para dar mayor vigor á los sentimientos con el terrífico influjo de la aparición de los muertos, siempre poderoso en la imaginación popular. No presenta Esquilo á los ojos de Orestes la sombra irritada de su padre; pero hace que el oráculo de Apolo estremezca su corazón, amenazándole con ella, si no da á los asesinos de Agamenón la misma muerte que ellos dieron á este monarca desventurado.

«El Dios — dice Orestes en *Las Coéforas*, — me habló también de otras furias que suscitaría contra mí la sangre paternal, y del espectro de un padre que haría relucir en las tinieblas sus pupilas.»

La índole hipócrita de Egipto coincide con la del Rey usurpador Claudio. Cuando le anuncian la llegada de un forastero que trae la triste nueva del fallecimiento de Orestes, dice así:

«¡Orestes muerto!..... Nuevo manantial para nosotros de penas é inquietudes, cuando un homicidio, aun reciente, lastima y despedaza el alma.»

Casi del mismo modo aparenta Claudio sincera aflicción por la muerte del Rey que asesinó con fraticida mano:

«Tan reciente está todavía la muerte de nuestro amado

hermano, que sería bien que nuestros corazones permaneciesen abismados en la tristeza.»

El Horatio de *Hamlet*, amigo incomparable, se asemeja al Pílates de *La Orestia*.

Coincidencias singulares, pues todo induce á conjeturar que Shakspeare no conocía la admirable trilogía. Unas han podido nacer de la afinidad de los asuntos respectivos; otras, de los naturales encuentros que á veces tienen los entendimientos privilegiados.

Pocos pasajes pueden dar más cabal idea del espíritu fatalista, del vigor, de la lisura y de la concentración del numen trágico de Esquilo, que la horriblemente bella escena de *Las Coéforas*, en que Orestes mata á su madre. Es breve y rápida, y la reproducimos aquí, á pesar de nuestras creencias de que los poetas griegos son intraducibles en las lenguas modernas.

Orestes, después de haber dado muerte á Egisto, se presenta á su madre con la espada desnuda, y le dice:

ORESTES

También á ti te busco. Él tiene ya su merecido.

CLITEMNESTRA

¡Ay! ¡Has muerto, Egisto de mi alma!

ORESTES

Amas á ese hombre. Pues bien, descansarás en su mismo sepulcro; guárdale fidelidad hasta en la muerte.

CLITEMNESTRA

Detente, hijo amado. Respeta este seno en que has dormido tantas veces, y donde tus labios mamaron la leche que te alimentó en la infancia.

ORESTES

(Conteniéndose.)

Pílates, ¿qué debo hacer? ¿He de atentar á la vida de mi madre?

PÍLADES

¿Y los oráculos de Loxias (Apolo)? ¿Y la fe de tus juramen-

tos? Granjéate la enemistad de todos los hombres, pero nunca la de los dioses.

ORESTES

Tienes razón. Tus consejos son acertados. (A Clitemnestra.) Sígueme: te he de inmolar junto á ese hombre. Cuando vivía, lo has preferido á mi padre. Muere para dormir todavía á su lado, pues que eras amante de ese hombre y enemiga de aquel á quien debías amar.

CLITEMNESTRA

¡Te he dado vida en tu niñez; déjame envejecer!

ORESTES

¡Tú, asesino de mi padre, vivir junto á mí!

CLITEMNESTRA

Fue el destino, hijo mío, quien cometió el delito.

ORESTES

El destino va á darte ahora la muerte.

CLITEMNESTRA

¿No te espanta, hijo mío, la maldición de una madre?

ORESTES

¡Madre tú, que me has condenado al infortunio!

CLITEMNESTRA

¿No te he confiado á leales guardadores?

ORESTES

Siendo yo hijo de un hombre libre, de dos maneras me has vendido.

CLITEMNESTRA

Y ¿cuál es el precio que he recibido?

ORESTES

La vergüenza me impide llamarlo por su nombre.

CLITEMNESTRA

Dílo; pero declara al mismo tiempo las culpas de tu padre.

ORESTES

Mujer ociosa en el hogar, no acuses al que sufría tantas penalidades.

CLITEMNESTRA

Triste es para una mujer la vida lejos de su esposo.

ORESTES

Las fatigas del esposo sustentan á la mujer ociosa en el hogar.

CLITEMNESTRA

¿Intentas, hijo mío, inmolar á tu madre?

ORESTES

No soy yo quien te arranca la vida; eres tú misma.

CLITEMNESTRA

Repara que hay perros irritados (las Furias) que vengan á las madres.

ORESTES

Y ¿cómo evitaría los que vengan á los padres si dejase impune el asesinato del mío?

CLITEMNESTRA

¡No hay remedio! El sepulcro me espera, y son en balde las lágrimas con que imploro la vida.

ORESTES

El destino de mi padre ha fallado sobre tu suerte.

CLITEMNESTRA

¡Ay de mí! ¡He aquí la serpiente que yo he alimentado! Fue profético el terror que me inspiró aquel sueño.

ORESTES

Has cometido un parricidio: un parricidio será tu castigo.

(Saca á Clitemnestra con violencia fuera de la escena.)

En la insolencia con que habla á su madre se asemeja no poco el *Orestes* de Esquilo al *Hamlet* de Shakspeare; pero no ciertamente en la resolución implacable con que procede á la inmolación de su madre. No es impetuoso y gallardo como el *Cid*, sino inexorable como el destino que representa. Sin embargo, por más que los críticos se empeñen en sostener que este Orestes es ciego instrumento de la fatalidad, la verdad es que los móviles que inducen á Orestes son en gran parte humanos. Ciertamente que el mismo Esquilo hace exclamar al coro de

*Las Euménides*: «Potente Apolo, no eres cómplice del crimen; eres su único autor;» cierto también que la inspiración que resplandece en *La Orestia* es profundamente religiosa, y que ella da á esta sublime obra carácter hierático solemne; pero ¿quién podría negar que al lado de este espíritu, y con él mezclado y confundido, aparece muy á las claras el sentimiento humano? Si despojado Orestes de la sensibilidad y de la responsabilidad moral inherentes á la raza humana, quedase convertido en un mero ejecutor de preceptos divinos, en una especie de verdugo, impasible é irresponsable, de los dioses, sería una figura irrevocablemente odiosa, que no causaría á los espectadores terror ni compasión, sino únicamente repugnancia. Si estrictamente fuese instrumento de ajena venganza, ¿qué significación tendrían las *Furias*, esto es, los remordimientos que devoran su alma?

En la misma escena que hemos reproducido; donde tan visible se manifiesta el espíritu fatalista, asoma también, no sólo algo humano, sino algo personal en la reconvención que dirige á Clitemnestra por haberle despojado de todos los bienes y condenado desde la niñez á un mísero destierro. Aún más terminante y explícito asoma el interés personal del hombre en estas palabras:

«Debo creer en los oráculos, y aun cuando no creyese, la venganza ha de cumplirse. ¡Cuántos motivos juntos! Los mandatos del dios, la dolorosa pérdida de mi padre, y la indigencia que me abrumba. Y ¿he de dejar á un pueblo semejante y á los más esclarecidos mortales cuyo valor destruyó á Troya, avasallados por dos mujeres? porque este hombre tiene corazón de mujer.»

A vueltas de estas razones de interés religioso, personal y político, en que el impulso humano sobrepuja al impulso divino, Orestes, cuando escucha de los labios de las coéforas el sueño de su madre, arrebatado por la influencia que ejercían la religión de los muertos y las visiones infernales del sueño en el fanatismo de los griegos, prorrumpe en estas bárbaras palabras:



«Ese monstruo espantoso que amamantó mi madre, es presagio cierto de su muerte violenta. Su sueño lo dice. Yo mismo seré la serpiente, y morirá á mis manos.»

Eurípides camina por rumbo diferente. Su *Orestes* no es ya ministro y víctima de las divinidades infernales. El sentido de su carácter es completamente humano. La violencia de los remordimientos destroza su alma y enflaquece su cuerpo. Enfermo y supersticioso, su razón se altera, y cae en el delirio de la desesperación. No se disculpa, como el *Orestes* de Esquilo, con el imperio de los dioses. Cuando Menelao, con grima y lástima, le pregunta cuál es la enfermedad que le devora, *Orestes* le contesta sencillamente: «Mi conciencia, el sentimiento de la atrocidad de mi delito.»

El Agamenón de Eurípides no es aquel implacable instigador de la venganza familiar que hace sanguinarios y desnaturalizados á sus hijos. Su *Orestes* dice:

«Si hubiese podido preguntar á mi padre si debía yo matar á mi madre, me habría suplicado con instancia que no clavara el acero en la garganta de la mujer que me dió el ser, pues que por este medio no había de volver á la vida.»

Aquí asoma el espíritu analítico y humano del poeta filósofo. Falta la fe. *Orestes*, en el drama de Eurípides, interesa sin duda, porque siente y padece. Pero no tiene el carácter imponente, la ingenuidad épica, el sello hierático de *La Orestia* y demás creaciones de Esquilo. Este era poeta y teólogo, que sabía juntar en noble alianza lo humano á lo divino. De aquí nacen su vigor y su incomparable grandeza.

Esquilo, trasladando á sus trágicas concepciones la elevación homérica, había obtenido el premio en trece certámenes dramáticos; y como los poetas presentaban á cada concurso una tetralogía, esto es, cuatro piezas, resulta que cincuenta y dos obras del eminente dramaturgo de Eleusis alcanzaron la corona del triunfo. Como suele acontecer en pueblos de índole movediza, que viven en continuos vaivenes morales y políticos, pocos años después se había entibiado el grande espíritu

de la fe antigua, y las realidades terrestres, sin místico vuelo y sin sobrenatural influjo, bastaban para cautivar al pueblo de Atenas. Así floreció, insigne testimonio de los cambios del arte según los cambios de las ideas, el poeta de Salamina, Eurípides, grande ingenio sin duda, pero que ya baja rápidamente la pendiente de la decadencia. Vive en una atmósfera nueva de filosófico escepticismo, y tiene en poco los sublimes dramas de Esquilo, porque la indiferencia religiosa le ha hecho incapaz de sentir su heroico sentido, su elevación moral.

### III

#### EL CID

La fuente del mito literario *El Cid Campeador* es el *Romancero*, esto es, el espíritu caballeresco, arrogante, generoso, osado, del antiguo pueblo español.

Guillén de Castro, creador del tipo dramático del *Cid*, en su comedia titulada *Las Mocedades del Cid*, no fundó su noble inspiración sino en narraciones fantásticas del pueblo y en el concepto que, por la lectura de las crónicas, había formado de las costumbres violentas de la Edad Media. Esto lo patentiza él insigne poeta valenciano introduciendo en sus dramas trozos enteros de preciosos romances vulgares, y prescindiendo de las ideas y de los sentimientos morales de su época, para levantar el honor á un ideal quimérico que sólo puede encontrarse en los libros de Caballería.

En la segunda parte de *Las Mocedades del Cid*, el palenque en que, por acrisolar la fama de una hidalguía notoria, nadie, con razón, podía poner en duda, manda Arias Gonzalo, uno tras otro, á tres de sus hijos á una muerte segura, es uno de los más horribles y repugnantes cuadros que ha presentado teatro alguno. Aquel honor, que requiere un sangriento holocausto que conculca las más sagradas leyes de la natu-

raleza, no es honor, es meramente inhumanidad y barbarie. No se paraba mucho en esto el recio temple de la musa dramática de Guillén de Castro. Así es que en la primera parte de *Las Mocedades del Cid*, obra en verdad admirable por la concepción y por el brío, el héroe castellano habla y obra con todo el impetuoso denuedo que cuadra al invencible adalid, creado, á imagen del pueblo español, por la tradición leyendaria. El temerario arrojo, la presunción caballeresca, el temperamento arrebatado, el ánimo generoso y bizarro, el fácil olvido del acatamiento que á toda autoridad se debe; todas estas cualidades, malas ó buenas de la raza española, asoman en la creación del *Cid*. El mismo Conde Lozano se desmanda grandemente dando una bofetada al anciano Diego Laínez, en presencia del Rey; y en cuanto á Rodrigo de Vivar, más disculpable por más joven y más ofendido, olvida el amor, el Rey, el peligro, hasta lavar en sangre el honor de su padre.

Guillén de Castro no era de los que aprisionan su ingenio con las cadenas convencionales de las poéticas. A la manera de los grandes poetas trágicos de Grecia, deja entrar de lleno el elemento épico en sus composiciones teatrales.

Este es el vengador filial, propio de la España del siglo XVI, en cuya literatura, genuinamente nativa entonces, se refleja con toda claridad el carácter nacional, tal como lo habían formado las gloriosas vicisitudes históricas de aquellos apartados tiempos.

Corneille, al escribir su obra maestra *Le Cid*, formó un conjunto armonioso digno de su genio; pero los elementos esenciales de su admirable drama pertenecen á Guillén de Castro: el asunto, esto es, la dramática lucha entre el honor y el amor, en que el honor lleva la ventaja; situaciones de pasión y energía; pensamientos llenos de vivo ingenio ó de heroico espíritu. En cuanto al carácter del Cid, nada ha creado el gran dramaturgo francés. Su *Cid* es el *Cid* del poeta español. Habla con suma gala y elegancia, pero obra y siente como el paladín español del *Romancero*, hijo de la ardorosa inspiración popu-

lar de Castilla. Una de las mayores glorias de Corneille es que, á pesar de hallarse embargada su noble fantasía por el apocado y frío sistema que avasallaba la escena francesa, no le arredraba la soberana audacia del teatro español, muy semejante en esto al teatro inglés. Su poderoso instinto le hacía sobreponerse á las preocupaciones doctrinales; y cuando quería dar vida y calor á sus inspiraciones escénicas, «tocaba al teatro español, como Anteo tocaba á la tierra», buscando en aquella dramática libre lozanos y vigorosos cuadros del movimiento de los afectos y de las pasiones de la humanidad.

Algunos han creído que el héroe del *Poema del Cid* se refleja también en el *Cid* dramático de Guillén de Castro. Probablemente Guillén de Castro no conoció este poema. Fueron manantiales de su inspiración los romances populares y las tradiciones novelescas del famoso adalid castellano. El Cid del poema es un carácter harto diferente del Cid del ROMANCERO; sus impulsos de honor son igualmente heroicos, pero más graves y reflexivos.

#### IV

##### HAMLET.—SU VERDADERO CARÁCTER LITERARIO

El drama *Hamlet* está lleno, en verdad, de ingeniosísimas situaciones, de profundos estudios del alma humana, de diálogos animados y vigorosos, de pasiones ardientes, de poéticos resplandores; obra singular, única en la literatura dramática del mundo. En ella andan amalgamados tan heterogéneos y discordantes elementos, que sólo ha podido combinarlos, con visos de armonía, el genio poderoso del inmortal dramaturgo inglés: por una parte, la desnuda y bárbara energía de una primitiva tradición leyendaria de los escandinavos, fuente de la concepción dramática; por otra, las cavilaciones filosóficas de ánimos endebles y enfermizos, las embozadas arterias de

una corte culta y refinada, las vacilaciones morales de un siglo que duda y se transforma, el estro melancólico de la musa británica; esto es, cuanto había en la sociedad contemporánea, que puede ser dramática, pero nunca épica; cuanto había en la inspiración de Shakspeare, hijo de una época analizadora y escéptica.

Pero á pesar de los grandes primores y de las peregrinas dotes que resplandecen en esta obra extraordinaria, que tanto ha llamado y llama la atención del mundo literario, hay en ella un defecto capital, en el cual se estrellan todos los encomiásticos esfuerzos y las críticas lucubraciones de sus más ardientes admiradores: *el carácter de Hamlet*. Este carácter constituye la esencia del drama, y por ello es forzoso darle el primer lugar en el examen de esta obra.

Goethe, heredero, como lord Byron, del espíritu escéptico que, por vez primera en la literatura moderna, introdujo Shakspeare en el teatro, ve evidentemente con eterna fruición aquella sombría y melancólica figura del Príncipe dinamarqués, que, precursor lejano del siglo XVIII, se engolfa dolorosamente en el acerbo mar de la incertidumbre y de la duda; mas no intenta sostener que cuadre tal carácter, según los sanos principios estéticos, á la vida, á la unidad, al movimiento de la escena.

Hamlet es indudablemente una personificación ingeniosa, y á veces profunda, de la censura y del castigo que merecen la perfidia y la vileza humana. Ya irónico, ya descarado, ya sutil y dialéctico, se muestra sin cesar implacable con la maldad y la flaqueza. Pero irresoluto, como quien anda siempre entregado á filosóficas lucubraciones, más parece nacido para discutir que para obrar. No es ciertamente el protagonista dramático que conviene al terrible cuadro de la filial venganza, trazado en la leyenda escandinava: es el símbolo de las dolencias y de las transformaciones morales, fruto inevitable de los hondos sacudimientos, político, social y religioso, que el Renacimiento trajo consigo.

Orestes venga á su padre, movido por la irresistible fatalidad de la teogonía helénica; fatalidad, no ciega, como algunos suponen, sino terrible y violenta en su ley moral inexorable, que emplea hasta el crimen para castigar otro crimen mayor, y no exime á los mortales, instrumentos suyos en la tierra, del torcedor de los remordimientos, como se ve en las Furias, que destrozan el alma del desventurado hijo de Agamenón. Su situación es clara, firme y vigoroso el arranque de sus sentimientos y sus pasiones, y por eso es su figura en alto grado conmovedora y trágica.

No es menos dramática la figura del Cid, que, para vengar á su padre, ni un solo instante titubea, imperiosamente avasallado por dos impulsos, á los cuales su alma noble y enérgica no sabe ni quiere resistir: la ternura del hijo y el sagrado honor del caballero.

Hamlet ¡qué diferencia! carece por completo de la entereza y de la consecuencia que tan grandemente requieren sus propósitos y sus pensamientos.

Nada empeña tanto la atención del espectador en el teatro, como ver á los personajes seguir constantemente el camino que les señala su peculiar naturaleza según las vicisitudes del interés dramático. El menor desvío en este punto causa tibieza y provoca la censura hasta del más indocto. La unidad de carácter vale tanto como la unidad de acción, y es uno de los principales secretos del interés escénico. Hamlet, como lo presenta Shakspeare, es una especie de baladrón de la virtud, que, como todos aquellos en quienes la palabra prepondera sobre los grandes impulsos del corazón, no tienen en el fondo sino flaqueza y apatía. Alma desasosegada y tétrica, sin ilusiones, sin entusiasmo; habla, intenta, medita mucho, pero se asusta de la acción, y cuando llega la ocasión de realizarla vacila y retrocede. Así, por ejemplo, con espíritu anticristiano, ve en el suicidio el único medio de librarse de los afanes de la vida, que su alma enclenque no puede sobrellevar; pero suicida *platónico* y reflexivo, se pára ante el horror de lo des-

conocido. Donde más de manifiesto pone su índole inerte é indecisa, es en la escena tercera del acto tercero, cuando, al ver arrodillado y orando al asesino usurpador, juzga propicia la ocasión para consumar la venganza en que cifra todo su anhelo, como el fin mayor de su existencia. «Obremos, pues», exclama: pero en el momento mismo detiene su ímpetu vengador la repentina reflexión de que matar en tal momento á aquel malvado sería enviarle al cielo, esto es, darle galardón, y no castigo. Este refinamiento, nada cristiano, de crueldad y encono no es más que el sofisma sutil con que el hombre débil é irresoluto quiere engañarse á sí propio para dar largas á una acción vigorosa y extrema que no está en su naturaleza. Jamás habría ocurrido tan ingeniosa rémora á hombres del temple de Orestes ó del Cid.

Ni aun el amor es en el Príncipe dinamarqués pasión verdadera y dramática. Quien ama de veras es la inocente Ofelia, á quien cuestan la razón y la vida las bárbaras palabras y los retrocesos ofensivos del inconsistente amador. Cuando la ve en la sepultura, esto es, cuando ya no hay remedio, entonces prorrumpe Hamlet en dolientes lamentaciones y en hiperbólicas protestas de amor. «Achaque es de ánimos apocadas é indecisos—dice á este propósito un certero crítico francés—no saber con claridad lo que desean, hasta que ya les es imposible alcanzarlo.»

Todo es incierto é incompleto en el carácter del Príncipe dinamarqués. No es el impío que desconoce y niega los consuelos y las potestades del cielo; no es tampoco el creyente que acata y venera los misterios divinos. Desconfía de todo, y la duda es su verdugo y la fuente de su flaqueza. ¿Qué verdad, qué ímpetu, qué entereza cabe en su resolución de filial vengador, si duda unas veces del crimen mismo que ha de vengar, y otras de la aparición del Rey, su padre, que tan vivo terror le infundió al principio, y que desencadenó en su ánimo la infernal pasión de la venganza?

No hay duda que causa enfadosa impresión en el teatro,

como en la realidad de la vida, un personaje que cree y no cree, que siente y no siente; que, como sacando fuerzas de flaqueza, se muestra firme y austero en designios y en palabras, y forma briosos propósitos que no ha de realizar. El drama vive de pasión y de acción, y nada requiere tanto en los personajes como vigor, fijeza, claridad, determinación de impulsos y carácter. Esto es cabalmente lo que se echa de menos en Hamlet.

No cautiva á Schlegel (Guillermo), uno de los más conspicuos y profundos reformadores de la crítica moderna y el más entusiasta admirador de Shakspeare, el carácter de Hamlet. Merecen citarse sus palabras:

«*Hamlet* es la tragedia del pensamiento. Inspirada por meditaciones profundas, que nunca acaban, acerca del destino del hombre y de la sombría confusión de los acontecimientos terrestres, esta obra suscita meditaciones en la mente del espectador. Drama tan enigmático se asemeja á las ecuaciones irracionales que es imposible resolver, y en las cuales queda siempre una fracción de magnitud desconocida... Lo sorprendente es que una obra que encierra tan recónditas é impenetrables miras, parece hecha á primera vista para agradar á la multitud. Todo en ella es extraordinario y animado. La única circunstancia que podría dar motivo á considerarla como menos dramática que las demás, es que la acción principal se detiene, y aun al parecer retrocede en las escenas últimas, resultado inevitable de la índole del asunto. El objeto general del drama es poner de manifiesto que el espíritu reflexivo que se afana por contrapesar todas las relaciones y las consecuencias posibles de un designio hasta los últimos límites de la previsión humana, embarga las fuerzas activas del alma.

»Según mi modo de entender las miras del poeta, no puedo juzgar tan favorablemente como Goethe el carácter de Hamlet. Es, en verdad, un Príncipe de entendimiento maravillosamente cultivado, que junta á una noble ambición la facultad de admirar en los demás las prendas de que no está dotado. Es



ingeniosísimo en la ficción del papel de loco, y así, con las verdades que les dice, como con el peregrino donaire con que de ellos se mofa, persuade de su locura á los mismos encargados de espiarle; pero en los muchos proyectos que á cada paso forma y que nunca realiza, demuestra la flaca voluntad de que adolece. Tiene inclinación natural á seguir sendas torcidas, y lo hace á veces sin que la necesidad le obligue á ello. A menudo procede de mala fe consigo mismo, y los entorpecimientos que se forja son meros pretextos para esconder su falta de entereza... Hamlet carece absolutamente de verdadera fe; duda de sí propio y de todo en el universo. Pasa de la confianza religiosa á un escepticismo escudriñador. Cree en el espectro de su padre cuando le ve; pero en cuanto se desvanece, se convierte para él en mera ilusión. Se aventura hasta decir que sólo por la imaginación son las cosas buenas ó malas. Se extravía el poeta con su héroe en un laberinto de ideas que no tienen fin ni principio, y ni el cielo mismo se digna responder con la marcha de los sucesos á las demandas que, con mayor ahinco, le dirige. Una voz que viene, al parecer, de arriba, pide venganza de un monstruoso crimen, y la venganza no se efectúa. Cierto es que, al fin y al cabo, los delincuentes reciben el castigo; pero esto acontece por una especie de casualidad, y no, como se debía, para presentar un ejemplo solemne de la justicia divina, por medio de un encadenamiento de consecuencias inevitables. La indecisión, la perfidia ó un repentino arrebató, arrastran á todos los personajes á una ruina común, y la misma suerte está deparada á los inocentes que á los culpados. En esta obra está presentado el destino humano como una esfinge gigantesca, que propone un tremendo enigma á los mortales, y hunde en el abismo de la duda á quien no acierta á resolverlo.»

Incontestables nos parecen estos juicios del más perspicaz y elocuente de los críticos alemanes. En un solo punto puede acaso diferirse de su opinión, á saber: en la detención y retroceso de la acción, que atribuye á las últimas escenas del dra-

ma. A nosotros se nos antoja que en las últimas escenas la acción cambia de rumbo, pero no se pára y entorpece, sino que, por el contrario, se precipita para llegar á un desenlace más conforme á la leyenda romántica y violenta que á la índole filosófica y subjetiva del pensamiento generador del drama.

Mas no ha de creerse que Shakspeare ignoraba los achaques morales del héroe de su drama. El mismo Hamlet reconoce y declara en varias ocasiones su inconsistencia y su apatía. Dice, aludiendo á la inactividad de sus propósitos, que sus «pensamientos llevan en sí una cuarta parte de cordura y tres cuartas partes de cobardía». En el monólogo con que termina el acto segundo, expresa con vehemencia y claridad la desesperación y la vergüenza que le causan su falta de vigor moral, y la preponderancia que tienen en su índole las palabras sobre la acción.

«¡Y yo—exclama—inteligencia burda, alma de cieno, permanezco en estúpida inacción, indiferente á mi propia causa!.... Soy un cobarde..... ¡Qué sandez la mía!.... ¡Bravo proceder! ¡Yo, hijo de un padre asesinado; yo, á quien el cielo y el infierno excitan á la venganza, me contento con desahogar mi indignación con palabras, y prorrumpir en vanas imprecaciones, cual podría hacerlo la última de las prostitutas!!.... ¡Qué vergüenza!»

Shakspeare, al pintar el carácter de su héroe tan desmesuradamente indeciso y apático, esto es, tan contrario al interés dramático, que nace por lo común del brío, resolución y fijeza en los afectos y propósitos, no procedía inadvertidamente. El grande escritor sabía lo que hacía. No era su objeto desarrollar, como en *Macbeth*, en *Otelo*, en *Iago*, en *Hotspur*, en *Coriolano* y en *Ricardo III*, la violenta imagen de implacables y desenfrenadas pasiones. En *Macbeth* principalmente, obra sublime, cuyo carácter grande y terrible, según la expresión de Schlegel, sólo puede compararse á *Las Euménides* de Esquilo, no prepondera el pensamiento sobre la acción: corre ésta vigorosa, encadenada y rápida, hasta la postrera

catástrofe, fatalmente lógica y espantosa. En *Hamlet*, la índole y el rumbo del pensamiento fundamental son muy distintos. *Macbeth* todo es acción; *Hamlet* todo es pensamiento. El Príncipe dinamarqués, que no tiene ni culpas, ni amor, ni ambición, ni remordimiento, ni nada de lo que mueve al hombre en la esfera común de la vida; que trata á la humanidad con desdén é ironía, porque no ve en ella sino el mal, es una figura simbólica de las angustias y vaivenes del alma cuando pierde ésta el equilibrio de los sentimientos morales y el firme asiento de la fe. Hamlet no es malo, ni se atreve á ser anticristiano; pero su escepticismo filosófico embarga su corazón, turba su entendimiento y le inutiliza para la acción práctica y útil de la religión y de la vida. «No existen por sí ni el bien ni el mal; todo consiste en el concepto que de ellos formamos»; ésta es la desconsoladora y siniestra doctrina que profesa *Hamlet*.

No puede dudarse que Shakspeare ha querido hacer de su héroe una representación simbólica de la época turbada é indecisa en que él vivía. Y lo ha conseguido plenamente, dando al propio tiempo á su obra el carácter de generalización sublime, que asoma siempre aun en las pinturas individuales de sus dramas. Hamlet es en muchas cosas el hombre de la Edad Media: en su amargura desesperada, en su falta de entusiasmo, en su desprecio de los hombres, en el vacío de su corazón, en su inclinación al suicidio, en la confusión de su conciencia; es el pensador pesimista, el filósofo descreído, que no acierta á resignarse como cristiano á los misterios de la muerte ni á los sinsabores de la vida, y que ha de llamarse, andando el tiempo, *Werther*, *Fausto*, *Jacopo Ortis*, *Obermann* ó *Manfredo*.

Shakspeare, identificado siempre con los tipos generales de la humanidad, que retrata en sus obras, desaparece en ellas como autor y como hombre. En *Hamlet*, por excepción, no acontece lo mismo. ¿Quién no siente palpitar en el famoso *to be or not to be*, y en la elocuente censura de los vicios sociales del segundo monólogo, el alma dolorida y escarmentada

del gran poeta? Análogas ideas, igual melancolía, se hallan en algunas poesías del autor, especialmente en un soneto en que expresa vivamente, como impresión personal suya, el menosprecio y el desaliento que le causan las miserias y las injusticias de la sociedad humana. El *tædium vite* asoma por doquiera, así en la corte brillante, pero hipócrita y corrompida, de Isabel de Inglaterra, como en las clases cultas y pensadoras. Muestra de ello es una carta (publicada por un autor alemán) del famoso Conde de Essex, prócer rico, animoso, de todos envidiado, escrita en 1599 á la Reina con motivo de una comisión importante que le confiaba la augusta señora. Merecen citarse algunas palabras: «¿Qué servicios puede esperar V. M. de un ánimo turbado, caviloso, enflaquecido por las pasiones, de un corazón despedazado por angustias y sinsabores, de un hombre que aborrece cuanto le rodea y le conserva la existencia?» Esta profunda misantropía en el colmo del favor y de la fortuna, es claro testimonio de que había empezado la hora del aburrimiento y del hastío, del precoz cansancio de la vida, de la duda orgullosa y fría, de la melancolía moderna, visible decaimiento del vigor cristiano, que cifra en la *conformidad* la más necesaria y consoladora de sus virtudes.

¡Cuánto más se parece *Hamlet*, el desalentado filósofo del drama, al Conde de Essex que al *Hamlet* de la leyenda épica, al *vikin* (rey del mar y pirata), que ni estudió en las Universidades de Wittenberg, ni dejó de cumplir lógica y resueltamente su venganza cuando llegó el momento oportuno!

*Hamlet* no está escrito, como las demás obras de Shakspeare, con fin verdaderamente dramático. ¡Qué importa al poeta-filósofo el mito primitivo de la relación leyendaria de Saxo, que probablemente no conocía? El héroe de la tradición dinamarquesa no es para el poeta más que un pretexto. Buscaba un campo en que desplegar los audaces vuelos de su imaginación, su estro inagotable, los amargos devaneos de su espíritu, y lo halló en otro *Hamlet* anterior al suyo, que probablemente intentó refundir, como había refundido tantos otros

dramas, y que se convirtió en la peregrina obra donde reina el soberano ingenio de Shakspeare con su opulenta fantasía y con sus dialécticos primores.

El anacronismo voluntario de la Universidad de Wittenberg en tiempo de Hamlet, demuestra que lo que empeñaba la atención de Shakspeare no era la historia del Príncipe escandinavo de épocas fabulosas, sino la pintura indirecta del estado social y moral de Inglaterra. Wittenberg, donde Lutero había publicado su ruidoso programa de las noventa y cinco tesis, es en el drama como el emblema de la reforma, cuyo espíritu «vive y razona (según la expresión acertada del Doctor Vischer) en la implacable dialéctica de Hamlet.» Marlowe había colocado en esta ciudad, cuna del protestantismo, una parte de la acción de su *Fausto*, y su nombre no podía menos de sonar como foco de libres y audaces pensadores en los oídos de los ingleses. Los demás anacronismos de *Hamlet*, como la artillería; el cristianismo de los antiguos dinamarqueses, adoradores de Odino y de Freya; la guardia suiza del Rey usurpador; las representaciones dramáticas en que se habla de Hércules, de Hécuba y de Roscio; el pedante *eufuismo* de Polonio, moda cortesana de los contemporáneos del poeta, y otros señalados anacronismos de los demás dramas, como poner á Maquiavelo en boca de Ricardo III, no son ignorancia de Shakspeare, como sin razón se ha supuesto. Es sistema, como lo fue igualmente en el teatro español, no sacrificar en lo más mínimo á la exactitud erudita la impresión popular. A esta idea corresponde la famosa declaración de Lope de Vega:

Escribo por el arte que inventaron  
Los que el vulgar aplauso pretendieron,  
Porque, como las paga el vulgo, es justo  
Hablarle en necio para darle gusto.

En otro concepto, pero con el mismo espíritu de considerar el teatro como arte vulgar y no cortesano, decía de las obras dramáticas inglesas el citado Nash, á principios del siglo XVII:

«El pueblo está ansioso de ellas; pero se cuida poco de los que las escriben. Así es que los autores no se apuran mucho para componerlas. Roban, traducen, amplifican y ponen en escena el cielo, la tierra, el infierno, lo que es y lo que no es, los acontecimientos de ayer, crónicas, novelas, cuentos. Se burlan de todo, y con tal de que nos diviertan, no les pedimos otra cosa.» Shakspeare, prodigando en sus obras todos los tesoros del genio, seguía instintivamente esta poética popular, como la seguían Lope, Tirso, Calderón y los demás creadores del teatro español, el cual tiene con el teatro inglés profundas y evidentes afinidades. Shakspeare quería, ante todo, ser entendido de su público, compuesto, en su mayoría, de plebe y clase media; y puede advertirse que en las obras de asuntos británicos es exactísimo en épocas, hechos y costumbres, mientras que en asuntos extranjeros nada le importa ser infiel á la verdad histórica y geográfica, y pone todo su conato en asimilar los caracteres y las acciones á los usos y á las ideas de la nación inglesa.

Schlegel manifiesta claramente en esta parte su luminosa opinión con respecto al *Hamlet*, en los siguientes términos:

«Convenía á menudo á Shakspeare dar el color de su época á acontecimientos de remotas edades. Por esta razón, aunque se trata de hechos de la antigua historia del Norte, reinan en *Hamlet* las formas y el lenguaje de la sociedad de moda, y hasta el traje contemporáneo. Sin estas circunstancias no habría sido dable convertir al héroe en pensador escéptico, que es la idea fundamental de la obra.»

Los críticos franceses neoclásicos, que, sin caer en ello, cometían también anacronismos, atribuyendo á héroes antiguos espíritu y pensamientos modernos, no debían haberse manifestado tan severos con lo que malamente juzgaban bárbaras impropiedades escénicas del dramaturgo inglés. No era, por cierto, menor impropiedad anacrónica presentar en los teatros de París y Versalles á César con peluca y con espada (que no llevaban nunca los romanos en tiempo de paz), y á Rodoguna con tontillo.

La esencia eminentemente subjetiva y metafísica del carácter de Hamlet le da cierto viso de parentesco y semejanza con la índole reflexiva y analizadora de la raza alemana, por lo cual el erudito Gervinus exclama: «Hamlet es la Alemania: como él, exclusivamente consagrados á las cosas del espíritu, olvidábamos el mundo externo; como á él, nos llegaban más al alma Wittenberg y su escolástica, que el honor y la gloria de la nación..... Perdimos también, como Hamlet, el gusto á la vida; y prescindiendo de lo real, nos refugiamos en el imperio de lo ideal. El concepto de la vida instintiva llegó á depravarse por el abuso de la reflexión y de la gimnasia intelectual, y el sentido de la acción por devaneos quiméricos.» A esto contesta un ingenioso crítico francés: «*Hamlet* no es la Alemania; es el hombre moderno: por eso esta obra maestra del entendimiento humano es, de un siglo á esta parte, el libro más estudiado, más leído y más comentado.»

A nosotros nos parecen extremadas ambas opiniones. En Hamlet vemos, en efecto, el símbolo profético del hombre moderno, más inclinado á la palabrería, á la discusión y á la sofistería que á la resolución pronta, noble, clara y generosa. Este es el sentido universal del mito de Shakspeare; pero en la preponderancia del pensamiento sobre la acción, del designio filosófico sobre el sentimiento, y de la ironía sobre la indignación, se nos antoja que en Hamlet se reflejan no exclusivamente la nación germánica, sino generalmente las naciones neoteutónicas.

No hay que decir que en esta obra filosófica de Shakspeare el sentimiento religioso es por demás escaso y mal definido. Sin embargo, el espíritu cristiano que alguna vez asoma en ella establece entre los mitos de los hijos vengadores griego y británico, en su respectivo proceder con sus madres, una diferencia esencial.

La situación de Hamlet, si bien, por lo irrespetuosa, es poco grata y simpática con respecto á su madre, está muy lejos de la fiereza cruel del desnaturalizado Orestes, el cual des-

de luego toma la odiosa actitud del asesino de Clitemnestra. Hamlet es de suyo blando y poco resuelto, y además, ni la Reina Gertrudis es la impenitente y soberbia Reina de Argos, ni el padre del Príncipe dinamarqués impone á su hijo, como Agamenón, la muerte de su madre: antes bien, le recomienda respeto y miramiento. Así dice la sombra (acto 1.º):

«Cualquiera que sea la forma en que emprendas la venganza, permanece moral é intachable, y nada hagas contra tu madre. Confía su castigo al cielo y al pasador agudo que lleva en el corazón.»

Pero es innegable que, desde el punto de vista dramático, lleva Orestes gran ventaja á Hamlet, porque tiene su carácter más unidad y más firmeza. Dadas las preocupaciones y las falsas doctrinas religiosas del paganismo helénico, es la figura de Orestes tan verdadera y lógica como conmovedora. La religión le absuelve, la naturaleza le condena: á un tiempo piadoso y malvado, buen hijo y parricida. Estos contrastes no son debilidad é inconsecuencia, son leyes fatales de la situación moral, religiosa y política del desgraciado Príncipe. Cabalmente en ese abrumador conflicto de sentimientos y deberes estriba el alto interés dramático de *La Orestia*.

En el carácter de Hamlet falta por completo la unidad, y este es el defecto capital del drama admirable de Shakspeare.

En suma, no es la venganza filial la esencia de la concepción dramática de *Hamlet*, pues, más que por este sentimiento, se devora el alma el Príncipe ideólogo por las imperfecciones humanas y por los misterios de la vida y de la muerte. Podría imaginarse que Shakespeare ha querido darlo á entender así poniendo á su drama otro hijo vengador, Laertes, y haciendo á éste ardoroso, de idiosincrasia meridional, hombre que obra y no cavila. Podría comparársele á Orestes ó al Cid, si no envenenase la espada con que piensa dar muerte á Hamlet. Tan vil acción no cabe ni en el héroe griego ni en el caballero castellano.



## V

MONUMENTOS DEL MITO DE «HAMLET» ANTERIORES AL DRAMA  
DE SHAKSPEARE

## 1.º

*La historia de los Reyes de Dinamarca,  
por Saxo-Grammaticus.*

Se imprimió por primera vez en París, el año 1514, con este título:

*«Danorum Regum heroumque Historiæ stilo eleganti a Saxone grammatico natione Sialandico necnon Roskildensis ecclesiæ præposito: abhinc supra trecentos annos conscriptæ et nunc primum literaria serie illustratæ tersissimeque impressæ.»*

Al fin del libro:

*«Hactenus Saxo Grammaticus Sialadensis, ver disertissimus. Quæ accurata diligentia impressit in inclyta Parrhisiorum academia Iodocus Badius Ascensius. Idibus Martiis, MDXIII, supputatione romana.»*

La leyenda de Hamlet, escrita por Saxo, está sacada de antiguas tradiciones dinamarquesas. Así lo declara el sabio Molbech en el apunte siguiente, que nos comunicó en Copenhague y conservamos autógrafo:

«L'histoire fabuleuse (ou l'Aventure) de Hamlet repose, dans la source la plus ancienne, sur le récit remarquable et assez étendu de Saxo Grammaticus, à la fin du 3<sup>me</sup> et le commencement du 4<sup>me</sup> livre de son *Histoire danoise*. On voit clairement que Saxo dans sa narration a suivi un recueil d'anciennes traditions danoises sur la vie pleine d'aventures romantiques d'un fils de Roi, ou plus exactement d'un Prefet de Jutlande, Horwendill, qui épousa Gerrutha (mère de Hamlet), dont

le nom a été changé par Shakspeare en Gertrude. Au reste, l'inmortel poëte anglais n'a pas, comme on sait, suivi Saxo, lui-même, mais une ancienne *Hystorie of Hamblet*, qui est la traduction d'une des nouvelles de Belleforest, publiées en 7 volumes, 1564 et sq... Shakspeare n'a pas de même pris que très peu des événements racontés par Saxo. Notre ami Mr. Oehlenschlæger a suivi assez proche la source originale de Saxo dans sa tragédie *Hamlet*, une *Ilias post Homerum*, dont j'ai vu une représentation, mais que je n'ai pas encore lue.»

## 2.º

*Sagas islandesas.*

He aquí, traducida, la noticia que el ilustre Molbech nos dió acerca de ellas:

«El asunto interesante y poético de la antigua tradición de las aventuras de *Hamlet* no pasó inadvertido para los islandeses, cuya imaginación y habilidad para la narración oral en prosa aprovechaba los asuntos poéticos y románticos de la Edad Media para forjar con ellos *sagas*, no históricas, sino de pura fantasía. Esta clase de *sagas* corresponden, al menos en su mayor parte, á una edad bastante moderna (los siglos XIV, XV y XVI). Esto acontece cabalmente con las narraciones islandesas de la historia fabulosa de *Hamlet*, de la cual se conservan tres *sagas* diferentes, dos en prosa y una en verso:

1.ª *Sagan af Amloda, Hardvendils Sijni*. (Saga de Amlod (*Hamlet*), hijo de Hardvendil.)—Colección de Arnas Magnæus, de la Biblioteca de la Universidad de Copenhague, núm. 221.—Es casi una traducción de *Saxo* con algunas alteraciones ó adiciones.

2.ª *Saga af Amloda edr Ambales*. (Saga de Amloda ó Ambales; *Hamlet*). Es tres ó cuatro veces más extensa que el número anterior. El fundamento de esta saga es, sin asomo de

duda, la narración de *Saxo*, pero extremadamente alterada con respecto á los hechos y á los nombres de las personas. Nada se dice en ella ni del viaje á Inglaterra, ni siquiera de la muerte de Hamlet. El célebre historiógrafo dinamarqués Sr. Suhm, no concede á esta novela islandesa, en prosa, mayor antigüedad que el siglo XV.—La misma colección de manuscritos de la Universidad de Copenhague.

3.<sup>a</sup> *Rimur af Ambales*. (Poema de Ambales). Es producción moderna, del siglo XVI ó del XVII, como todos los *Rimur* ó poemas de los islandeses. Es una paráfrasis prolija y enfadosa del núm. 2, esto es, de la novela islandesa de la historia de Hamlet.

Como se ve, estas obras de la literatura islandesa, en su edad de bronce ó de hierro, es decir, en su último período antes de la Reforma luterana, confirman esta observación: que la tradición de Hamlet no existe en forma alguna más auténtica ni más antigua que en la historia de *Saxo-Grammaticus*.

## 3.º

*La DANSKE RIMKRONNIKE*

(*Crónica rimada dinamarquesa.*)

Esta crónica en verso fue, según indicamos en otro lugar, el primer libro impreso en Dinamarca. No pudo ser escrito antes de la segunda mitad del siglo XV, pues la serie de los Monarcas, cuya historia contiene, termina en Cristiano I, que subió al trono en 1448. Toma de *Saxo-Grammaticus* la mayor parte de los sucesos; pero la forma es singular: consiste en una cadena de monólogos con carácter dramático, en los cuales cada personaje refiere patéticamente su propia historia. Hamlet cuenta la suya, abreviando con exceso y desfigurando no poco la bella leyenda épica de *Saxo*.

Es posible y aun probable que esta crónica fuese conocida

en Inglaterra mucho antes que las *Historias trágicas* de Belleforest. Eran íntimas y continuas las relaciones comerciales y políticas entre la Gran Bretaña y los tres reinos escandinavos, que adquirieron grande importancia europea en los veinticinco años que duró la famosa Unión de Calmar. Jacobo I de Inglaterra, hijo de la desventurada María Estuardo, que, siendo Rey de Escocia, había pedido apoyo á la corte de Dinamarca contra la cruel Reina Isabel, en 1589 se trasladó á Copenhague para contraer matrimonio con la Princesa Ana, hija de Federico II. ¿Qué mucho que con tantas conexiones llegase directamente á Inglaterra la interesante y popular leyenda de Hamlet?

## 4.º

*Historias trágicas de Belleforest.*

François de Belleforest, historiógrafo francés en tiempo de Enrique III, publicó, con el título de *Histoires tragiques*, una copiosa colección de relaciones y novelas sacadas en su mayor parte de las obras del famoso novelista italiano Bandello. En el tomo IV (impreso en París el año de 1570, por Jean Hullepeau, rue Saint-Jean-de-Latran, à l'Arbre Sec) se halla la historia de Hamlet con este epígrafe:

«Avec quelle ruse Amleth, qui depuis fut Roy de Danemarch, vengea la mort de son père Horwendille, occis par Fengon son frère, et autre occurence de son histoire.»

No nos fue posible dar con las *Histoires tragiques* en las bibliotecas de Copenhague. Las encontramos más adelante en la Biblioteca Nacional de París. La novela de *Hamlet* es la relación misma de *Saxo-Grammaticus*, unas veces mutilada, otras prolijamente amplificada, y, por lo común, desnaturalizada con reflexiones y discursos morales, en que la mitología, la ortodoxia, la historia bíblica y romana, forman una amalgama

singular y afectada de la erudición y las ideas de la época de Belleforest, con la épica llaneza de la leyenda escandinava.

En 1596 se publicó en Londres una traducción inglesa de las *Histoires tragiques*, de Belleforest, que probablemente leería Shakspeare.

### 5.º

#### *Un drama sobre HAMLET, anterior á Shakspeare.*

El diligente y sagaz historiador de la literatura dramática inglesa, M. A.-W. Ward (1876), admite, como otros insignes críticos, la probabilidad de un *Hamlet* dramático anterior al de Shakspeare. Las dos primeras ediciones de la obra de éste, muy diferentes entre sí, son de los años 1603 y 1604. La primera, imperfecta y pobre con respecto á la segunda, puede y debe ser una refundición de las muchas que hizo el gran poeta, y que se convirtió después en la obra magistral que tanto admira el mundo literario. El Barón Herman Von Friesen, Catedrático de la Universidad de Viena (*William Shakspeare's Dramen*. Wien, 1876), que ha estudiado con luminosa crítica el teatro de aquel grande hombre (*Shakspeare Studien*. Wien, 1874-1875), se inclina á creer, no solamente que existió un drama sobre *Hamlet* anterior al de Shakspeare, sino que este poeta tomó de él cosas importantes, principalmente la revelación del fratricidio hecha por el monarca aparecido.

La verdad es que esta revelación sobrenatural, poderoso núcleo del drama, no se halla ni en *Saxo*, ni en las *Sagas*, ni en la *Crónica rimada dinamarquesa*, ni en Belleforest, mientras que Lodge, en un folleto (*Wit's Miserie and the World's Madness*) publicado en 1596, menciona el papel del aparecido que gritaba en el teatro con tono lamentable: «¡Hamlet, venganza!»

Añadiendo á este hecho otros tres muy significativos:

1.º Que en el catálogo (1594) de Henslowe, librero de Lon-

dres, está consignada la existencia de un drama *Hamlet*, como obra ya representada y no nueva.

2.º Que en una carta del satírico Nash, tan conocedor del teatro de su época, habla ya en 1588 burlescamente de un *Hamlet* dramático.

3.º Que en 1603, comediantes ingleses, que desde 1597 recorrían la Alemania representando, traducidas al alemán, las obras dramáticas aplaudidas en Londres, pusieron en escena un drama, probablemente traducción del primitivo *Hamlet* (inglés), titulado *Der bestrafte Brudermord, Prinz Hamlet aus Dännemark* (El fratricida castigado, ó Príncipe Hamlet de Dinamarca); y teniendo en cuenta, además, que no hay indicio histórico de que antes de 1582 se representase *Hamlet* alguno en que hubiese, como autor ó refundidor, tomado de Shakspeare la menor parte, parece, no sólo probable, sino muy cercana á la verdad la conclusión de los Sres. Clarendon y Wright (*Clarendon Press Series*, 1872), que hallamos reproducida en la *Historia* de Ward, á saber:

Que ha existido un drama antiguo fundado en la leyenda de *Hamlet*, del cual ha entrado gran parte en el *Hamlet* publicado en 1603, el cual es una especie de bosquejo que hacia 1602 había preparado Shakspeare para la escena, refundiendo el texto anterior, y que sólo en la obra perfeccionada de 1604 tenemos el *Hamlet* verdadero y cabal del poeta filósofo.

¿De dónde, pues, sacó Shakspeare el mito de *Hamlet*? Por lo mucho que lo desnaturaliza y transforma, y por las circunstancias capitales que le agrega, bien puede afirmarse que no fue directamente de la legendaria narración de *Saxo* ni de las versiones que, conservando su genuino espíritu, la reproducen. Todo induce á creer que imitó el pensamiento y parte de la trama de un *Hamlet* ya representado en el teatro, y que, aun teniendo á la vista la novela de Belleforest ó la *Crónica rimada*, no quiso ó no se atrevió á cambiar ciertas circunstancias de la economía del drama (cual la ilógica y sangrienta hecatombe final), tales como el público las conocía.

Como quiera que sea, la creación de Shakspeare no consiste en la trama, ni mucho menos en el desenlace: consiste en el carácter del héroe, triste, pero admirable estudio psicológico de la transformación moral del siglo XVI.

## 6.º

*Analogía con HAMLET de algunos dramas anteriores.*

Todos los críticos de nota atribuyen por conjetura á Tomás Kyd, poeta dramático que murió por los años de 1594, el *Hamlet* dramático anterior al de Shakspeare. Fúndase la conjetura en que Kyd es el autor de un drama titulado *La Tragedia española, ó Jerónimo*, en cuyo enredo y pensamiento se advierten singulares analogías con el drama de Shakspeare. Son tales, que juzgamos oportuno dar siquiera una idea brevísima del asunto.

Se hallan en guerra España y Portugal. El animoso campeón español Andrea, novio de Belimperia, sobrina del Rey de España, muere en un combate á manos de Baltasar, hijo del Rey de Portugal. Los españoles, sin embargo, mandados por el valiente General Jerónimo, alcanzan la victoria, y Horacio, hijo de Jerónimo, hace prisionero á Baltasar. Pero Lorenzo, hermano de Belimperia, se atribuye pérfidamente la hazaña de Horacio, por donde nace entre ellos enconada enemistad.

Todo esto se explica en un *Prólogo*, y aquí comienza la acción del drama.

Aparecen en escena el espectro de Andrea, y la Venganza, personaje alegórico, que promete al espectro que la mano de su novia vengará su muerte. Sale después el Rey de España, y ante él se presentan Lorenzo y Horacio con el Príncipe portugués Baltasar, reclamando á éste, cada uno por su parte, como prisionero suyo. El Rey sale del apuro conciliatoriamente, no negando la razón á ninguno de ellos, y dejando á Bal-

tasar prisionero en su corte con los honores debidos á su alta jerarquía, para entablar con él de este modo tratos de paz. Baltasar requiere de amores á Belimperia, secundado por Lorenzo, el hermano de esta Princesa; pero ella, lejos de dar oídos á las pretensiones del matador de su antiguo novio, da su corazón á Horacio, el amigo de Andrea.

Celebran una tarde los dos amantes una tierna entrevista. El traidor Lorenzo los sorprende acompañado de Baltasar. Sujetan á Horacio y le ahorcan de un árbol cercano. Belimperia es sepultada en estrecho calabozo. Logra desde allí dar noticia del crimen al padre de Horacio, Jerónimo, el cual, por una carta de uno de los culpados, que la casualidad había hecho caer en sus manos, se hallaba ya enterado del horrendo lance.

Jerónimo y Belimperia miran como deber sagrado el vengarse: aquél, de los asesinos de su hijo; ésta, del Principe portugués, que sucesivamente ha dado muerte á sus dos amantes. Como es arduo el cumplimiento de tal designio, Jerónimo se finge loco, esperando que llegue ocasión oportuna para realizar la venganza. Sábese de allí á poco que el Rey de Portugal ha de venir á España para concertar paces en persona. Prepáranse grandes festines á fin de recibir bizarramente al monarca lusitano, y Jerónimo, aunque, al parecer, con la razón turbada, dispone una representación teatral, en la cual deben tomar parte con él Belimperia, Baltasar y Lorenzo. Según la trama de este intermedio, *Perseda* (Belimperia) ha de dar muerte al sultán *Solimán* (Baltasar), y un bajá (Jerónimo) á un caballero (Lorenzo).

Estos homicidios se realizan en la escena: en vez de aparentar que hieren á sus víctimas, el General y la Princesa las matan verdaderamente á puñaladas. Sorprende á los espectadores tan excesiva verdad escénica, y entonces Jerónimo les explica los justos motivos de aquella sangrienta catástrofe, y en seguida mata al padre de Lorenzo y se mata á sí propio.

Hay, como se ve, en *La Tragedia española*, del propio



modo que en *Hamlet*, visión de espectro, premeditación de venganza, demencia fingida para realizarla, drama en el drama, desenlace violento, y en él lujo de sangre y muerte simultánea de inocentes y culpados.

En otro drama de aquellos tiempos, *Hoffman ó El Padre vengado*, escrito por Enrique Chettle, impresor de comedias y colaborador dramático de Shakspeare, hay también circunstancias análogas á algunas del *Hamlet*; entre ellas merece recordarse que la heroína se vuelve loca como Ofelia.

Este drama, famoso en pasados tiempos, y después olvidado, ha sido reimpresso en Londres el año 1852.

#### EL MARQUÉS DE VALMAR.

(Se concluirá).

# LA MUERTE POR EL HONOR

---

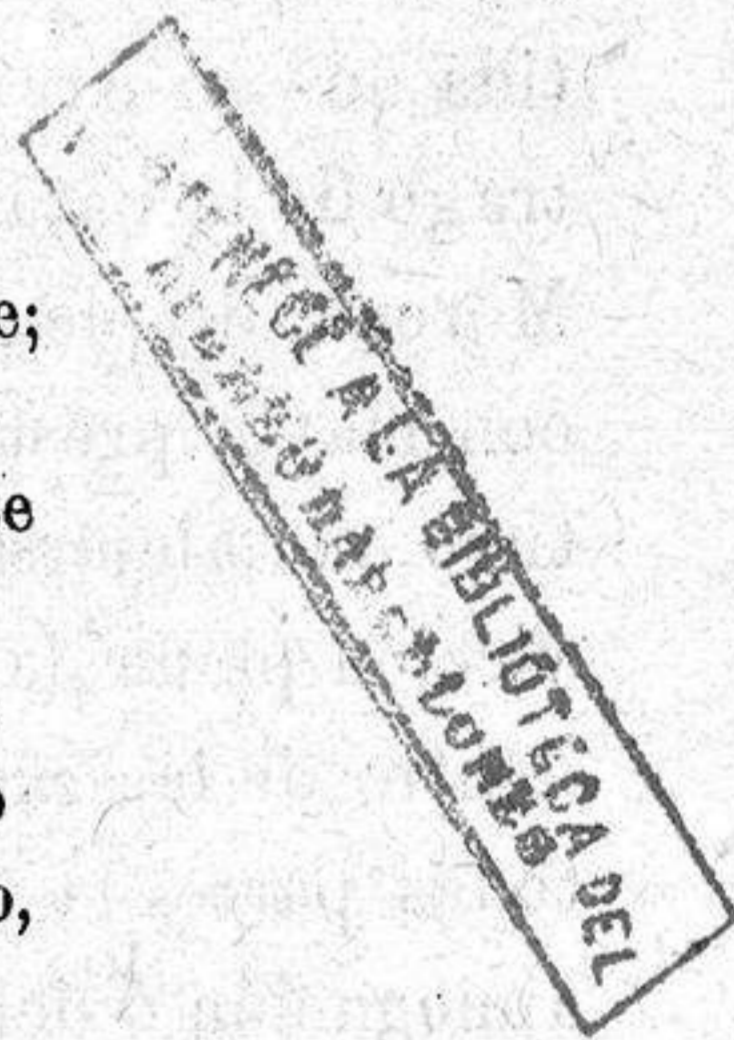
## RECUERDOS DE LA GUERRA DE LA INDEPENDENCIA

Varias veces, en presencia de la hermosa epopeya española que empezó *el dos de Mayo* de 1808 en las calles de Madrid y terminó el 31 de Agosto de 1813 en la ermita de San Marcial, en los Pirineos, me he preguntado: ¿por qué del triunfal Olimpo donde el heroísmo acumuló tantos dioses, algunas de sus mayores figuras permanecen como veladas tras las brumas ingratas de una indiferencia criminal ó de un olvido todavía más vituperable? Y entre aquellos personajes ilustres, que parecen arrancados de los poemas de Homero y vueltos á la vida para exaltar los últimos grandes prestigios legendarios de la patria española, destacábase en uno de los lugares más preeminentes ante mi vista la silueta de aquel Duque de Alburquerque, el salvador de España en el tabernáculo nacional de Cádiz, cuya grandeza está graduada á la misma altura que la de Daoiz y Velarde en el Parque de Monteleón, la de Castaños en Bailén, la de Palafox en Zaragoza, la de Alvarez en Gerona y la de Errasti en Ciudad Rodrigo y Menacho en Badajoz. ¡El Duque de Alburquerque! ¡El redentor de España en el extremo austral de la Península, ante la bárbara invasión continental del invencible corso en el siglo XIX, como allá en el siglo VIII lo fue en los montes cántabros el Infante Don Pelayo, ante la bárbara invasión asiáticoafricana de las hordas de Tarif!

He recorrido las páginas de las historias hasta ahora escritas por propios y extraños sobre la guerra hercúlea de la Península al comienzo del siglo XIX, y he de confesarlo ingenuamente: he quedado entristecido ante tanta ingratitude. Al Duque de Alburquerque todavía la Historia no le ha discernido sus líneas de gigante. El arte aún no le ha erigido una estatua. Ignoro si el pincel ó el cincel guardaron á la posteridad los viriles trazos de su enérgica fisonomía. La poesía, que ha levantado al honor del romance y la leyenda tantos caracteres secundarios, no ha cubierto su sepulcro de las sagradas flores que nutren de eternos aromas el aliento de las vírgenes Pimpleas. No conozco más que el breve y sibilítico *Epitafio* que consagró á su patética muerte aquel Arriaza que cantó á Ricardos y á Trafalgar, que escribió el *Himno del Dos de Mayo* y el *Himno de la victoria*, y que en pindáricas odas celebró la batalla de Salamanca y la entrada de lord Wellington en Cádiz, después de los laureles de Ciudad Rodrigo. ¡Qué lacónico aquel epitafio, aunque qué profundo! ¡Cuánto deja que adivinar!

He aquí lo que dice:

Grande en la cuna y en la lid valiente;  
 En Talavera y Alcabón glorioso;  
 Fue en las puertas de Alcides al torrente  
 Del galo audaz antemural dichoso:  
 Y viendo al fin que con maligno diente  
 Se acercaba la envidia al lauro hermoso  
 Que en su frente el honor dejó enlazado,  
 Murió con sólo imaginarle ajado.



¡Diente maligno! ¡Envidia osada! ¡Honor ajado! ¿No merecen estos conceptos alguna explicación, sobre todo si se atiende que estos atropellos del honor contra el héroe, salvador de la patria, por el diente maligno de la envidia, pasado cerca de un siglo desde aquellos acontecimientos, prosiguen gravitando sobre la memoria gloriosa de aquel Titán de la cuna y de la

lid, á quien la Historia, el Arte y la Poesía no han conseguido, tras tanto tiempo, desagraviar y enaltecer debidamente?

Qué significado tiene en la lucha inmortal de la Independencia española la defensa de Cádiz y la isla de León, salvándolas de la ocupación del ejército francés, no hay para qué ponderarlo. Sin aquel pequeño recinto inaccesible á la codicia del invasor, ¿dónde hubieran podido establecer su asiento estable los poderes que, conservando la unidad de la Monarquía, debían prestar un núcleo permanente de estímulo á la resistencia é imprimir una dirección tenaz á la larga campaña del rescate? El primer momento de la insurrección nacional por todos los ámbitos de la Península representó las imágenes de la anarquía. Nació un conato de movimiento á la unidad en la iniciativa del Conde de Floridablanca y se organizó momentáneamente en Aranjuez aquella Junta Suprema Central gubernativa del Reino, que al primer amago de las armas enemigas tuvo que salir ahuyentada y fugitiva, buscando errante un refugio estable en las fronteras de Portugal ó en los extremos de Andalucía. En Sevilla no se halló más garantía que en Aranjuez, y cuando el Rey José, después del estrago de la batalla de Ocaña, pasó los contrafuertes de Sierra Morena, desplegando sus ejércitos por las llanuras andaluzas, con mayor presteza que antes abandonó las orillas del Tajo tuvo que alejarse de las del Guadalquivir, sin abrigar la convicción plena de que contaría con el seguro necesario ni aun dentro de las estrechas murallas de la indefensa Cádiz. Por todas partes la nación daba los centuplicados ejemplos de la abnegación ó del heroísmo. Por todas partes el patriotismo se imponía los más costosos sacrificios. Pero, ¿qué éxito más inmediato ó más lejano había que esperar de tantos denodados esfuerzos, si en cada división territorial de la Monarquía habíanse erigido organismos soberanos sin subordinación entre sí, sin dirección uniforme, sin pensamiento armónico y sin recíproca convención? Las luchas con que tropezó la Junta Central desde que llegó á Sevilla, sólo se adivinan leyendo los

últimos documentos autógrafos del Conde de Floridablanca, su ilustre Presidente. Dos días antes de su muerte, escribía de su puño y letra una representación de tres pliegos, casi ilegibles, en que en vista de la impugnación que se hacía á los poderes que representaba, de las rivalidades en que se hallaban encendidos los Generales más ilustres que hasta entonces habían combatido, Cuesta, Blake, Castaños, Heredia, Hinestroza, al solo anuncio del mando que se había discernido para el Marqués de la Romana, que en aquellos momentos llegaba de Dinamarca é Inglaterra, y ante las murmuraciones y el descontento que estos negocios viles despertaban, enfrente de un enemigo que con actividad vertiginosa se hacía dueño de todos los extremos de la nación, presentaba su renuncia solemne, «deseando que se le exonere de su encargo, pues ochenta y un años y fatigas de toda su vida no son para aumentarlas con las desconfianzas de sus conciudadanos».

No es necesario acudir á la memoria de los motines soliviantados en Sevilla por el inquieto Conde del Montijo contra los vocales de la Junta Central, cuando á la aproximación de los franceses se pronunciaron en dispersión aturdida y vergonzosa. La situación era de tal pánico en toda Andalucía, que el Rey José, por etapas regulares, llegó á Sevilla, y el General Sebastiani á Granada, donde fueron recibidos sin la menor resistencia, antes por el contrario, enmedio de la pública aclamación. Cádiz, habituada á las trágicas complacencias y á las desmedidas arbitrariedades de la Junta Suprema en ella constituida, y que no había resignado de todo punto las atribuciones soberanas que se había abrogado ante la misma Regencia, púsose desde luego enfrente de ésta cuando se acercaba á sus muros, obligándola á constituirse fuera de ellos, en la isla de León. Sometido el poder á unos cuantos improvisados de la fortuna; teniendo á su arbitrio las turbas sicarias de un pueblo sediento de desorden, de sangre y de botín, en sus calles había visto la perla del Atlántico arrastrar á aquel infeliz General Solano, Marqués del Socorro, cuyo crimen había sido

vivir esclavo de los deberes de la lealtad; en las manos de sus turbas sanguinarias había visto las inocentes hijas de aquel otro General Moreno que había rendido en su propia bahía la escuadra de Rosilly, dispuestas á inmolarlas á sus furores, sospechando de la fidelidad de su padre, por no conocer el secreto de un servicio eminente que tuvo que desempeñar en el mar, hasta verle volver al puerto trayendo naves francesas apresadas; con el terror de amenazas semejantes había visto amedrentar al Marqués de Villel, encargado de las fortificaciones de la ciudad, á quien se trató de asesinar, y que para librarle de sus odios hubo que recluir al castillo de Santa Catalina, donde murió; al Conde de Tilly, cuya expedición á África en busca de auxilios y cuyos servicios en la Junta de Sevilla no le pudieron salvar de los odios de una injusta persecución. Había en la ciudad una Junta de defensa; se habían levantado milicias urbanas y fuerzas de voluntarios; pero estas mismas fuerzas eran brazos de la demagogia espantosa que en la ciudad imperaba, mientras aquella Junta gastaba el tiempo en discusiones ruines, sin energía ni capacidad para atender á los deberes de la propia salvación que se había impuesto. Si las avanzadas del ejército del Rey José, que mandaba el General Víctor, en vez de entretenerse en Sevilla en la embriaguez codiciosa del botín opulento que de esta ciudad se sacó, hubiera procedido con mayor celeridad en su movimiento hacia Cádiz, esta ciudad no hubiera podido librarse de su ocupación. El mismo Duque de Alburquerque lo reconoce en su *Manifiesto* publicado en Londres: «Cuando llegué con mi pequeño ejército á la Isla de León—dice,—estaba aquel punto, único y verdadero antemural de Cádiz, en tal estado indefenso, que á haberse atrevido las tropas francesas que nos seguían á hacer un ataque denodado, se hubieran apoderado de él, y después de Cádiz.» D. Adolfo de Cádiz, en sus inclinaciones hacia las ponderaciones hiperbólicas del anécdota vulgar, aunque tan gaditano siempre, no oculta que cuando el 31 de Enero el General Castaños, uno de los Regentes del Reino, pasó á reconocer las

fortificaciones y llegó al puente de Suazo, sólo halló en él, para su custodia.... ¡un soldado inválido!

La operación militar que el Duque de Alburquerque, contrariando las órdenes que había recibido, realizó para verificar su gallardo movimiento retrógrado desde las llanuras de Écija hasta las puertas de Cádiz, después de observar el número, la superioridad y las intenciones del ejército francés, no hay forma de describirla con más sencillez, sobriedad y exactitud que el mismo Duque de Alburquerque lo refirió en el *Manifiesto* referido. Gómez Arteché ajusta fielmente á él su relación. Era el movimiento de superior estrategia y previsión militar que podía meditar y poner en ejecución un gran soldado, que al medir las fuerzas que mandaba, consistentes en ocho mil escasos hombres de infantería y seiscientos caballos, insuficientes para tratar de contener la avalancha de un ejército de cuarenta mil combatientes de todas armas, comandado por un Rey presunto y tres de los Mariscales más acreditados del Imperio, ni se pronuncia en fuga, ni se repliega á punto distante para evitar el choque; sino que estudia el campo que le rodea, analiza los resultados de la irresistible invasión, pesa todo el problema de su triunfal y total dominio de Andalucía, y fijos los ojos en aquel punto matemático, aislado del continente, cercado del mar, constituido por éste en una ciudadela inexpugnable de ser pronto asistido y preparado á la defensa, pone allí su objetivo, no titubea, no consulta la desnudez y la falta de aprovisionamientos que pone á prueba la constancia y el valor de los que manda, y llevando picada su retaguardia por el enemigo avisado que le persigue, adelanta con denuedo, acelera sus marchas, y llega impávido al término de su jornada á infundir con su presencia el valor y la confianza en Cádiz ya perdida, desde que allá llegaron las noticias alarmantes de los fáciles progresos del irruptor. «Mi presencia, escribe el mismo Duque de Alburquerque, venció el abandono á que la población inerte de Cádiz se había entregado, convencida de que no había medio de defenderla.

Todos me vieron trabajar noche y día en hacer construir las defensas más indispensables. El pueblo acudió á mi llamamiento con el pico á las obras, con el fusil á las escuelas de instrucción, y con el entusiasmo á cubrir los servicios militares. De aquellas turbas formé otro ejército. Lo improvisé todo, y el pueblo, considerándome su providencia, me alzó en triunfo y me aclamó con delirio. Puso su fe en mí y me llamó su salvador. Le conduje á los fuertes, á las trincheras, á recibir y á derramar la lluvia de fuego que diezmaba sus vidas, y ví allí perecer á muchos aclamando juntamente, en la agonía, mi nombre unido al de la patria, por todos idolatrada. Todos querían poner en mis manos los signos supremos de todo poder, sus vidas y sus fortunas, y antes que la Regencia del Reino me confiriese el 28 de Febrero el gobierno militar y político de la plaza, que desde el 6 de Noviembre anterior había desempeñado flojamente el General D. Francisco Venegas, y en quien se proveía el virreinato de Santa Fé de Bogotá, y de que se me condecorara con los títulos de Capitán General de los cuatro reinos de Andalucía y de jefe de su ejército de operaciones, ya la voz popular me había levantado de una manera efectiva á todas aquellas jerarquías, siendo los primeros en constituirse á mis pies los miembros de aquella Junta Suprema, que todavía limaba sus prerrogativas á la Regencia, y que se consideraba soberana de toda la Monarquía porque mi espada y mis soldados habían tenido la fortuna, auxiliados por Dios, de erigir á Cádiz en el supremo baluarte salvador de la Nación. No estaba por este hecho vencido el enemigo y arrojado del suelo sagrado que con planta impura hollaba; pero la patria y su unidad estaban salvadas en Cádiz, y en el reducido espacio con que el mar borda la isla de León, renacido el altar de Covadonga, ofrecía á sus poderes tutelares sólido asiento estable para constituir un Gobierno de representación nacional que pudiera llevar á todos los límites de la Monarquía esclavizada las inspiraciones de su emancipación.»

No fue, por lo tanto, desconocida al Duque de Alburquerque



que toda la importancia de su gloriosa hazaña, ni la operación gallarda que para realizarla tuvo que desarrollar, fue, por este concepto, el resultado del acaso, ni el triunfo de la casualidad. ¡Ah! El Duque de Alburquerque tenía de mucho tiempo atrás formada la conciencia de su propio valer, y su larga historia sólo ofrece irrecusables testimonios de aquellas prendas personales que le dirigieron en toda ocasión y en toda prueba á las cumbres del mérito, con rasgos de una superioridad indiscutible. Acaso este sentimiento, no equivocado, de sí mismo, fue el que más contribuyó á fijar las líneas de su carácter, excepcionalmente enérgico, temerariamente resuelto, pulcro hasta llegar á lo inconcebible del desinterés, y susceptible en materia de honor hasta lo uraño y puntilloso. Desde la guerra contra la República francesa, el Príncipe de la Paz, que era tan diestro en la elección del mérito, le había puesto en la baraja de sus predilectos, donde tanto descollaron Ricardos, Morla, Gravina y Romana. En 1793 dióle la Capitanía general de Aragón, en la que sustituyó al anciano D. Félix O'Neill, en la confianza de su arrojo. Bajo su vigilancia se pusieron los prisioneros de la guerra, y cuando, á consecuencia de la entrada de los franceses por los puntos del Pirineo navarro, el Príncipe de Castelfranco le pidió refuerzos de Zaragoza, le envió á Jaca todas las fuerzas que tenía en la hermosa ciudad del Ebro, aceptando el ofrecimiento que ésta le había hecho de cubrir con su paisanaje hasta las guardias del Parque de Artillería, de los almacenes de pólvora y los dos de efectos militares y pertrechos de guerra. Al paisanaje de Zaragoza confió la guardia de su propio palacio, y habiéndose quedado sólo con 70 soldados en tan populosa ciudad, amaestró 2.000 paisanos en el uso de las armas y en los servicios de guarnición.

Desde que al grito de la patria herida dejó la residencia de Francia, donde se hallaba, para concurrir con los Infantados, los Parque Castrillo, los Castelar, los Anglona, los Osuna y otros grandes de su clase á empuñar las armas en defensa de la patria invadida y en rescate del trono secuestrado y cauti-

vo; desde Valencia, donde contribuyó á la repulsa de Moncey, siempre se le observó en el campo de los héroes, y con frecuencia ayudado de la fortuna. General de caballería ligera, la caballería era el arma de su predilección. Los escuadrones que sirvieron bajo su mando más de una vez lograron ganar los lauros de la victoria, y él ponía tal esmero en el cuidado, en la educación y en el abastecimiento de sus soldados, que éstos, á pesar de lo enérgico y crudo de su carácter, lo amaban como á un padre. No gustaba aventurar la vida, ni el honor, ni la confianza de los que mandaba, para que no fueran víctimas de la imprevisión ó de la impericia. Había inspirado á la caballería de su división un ardor indescriptible, y conociendo las rivalidades de que estaba minado todo el ejército y los que lo mandaban, vivía en la invencible suspicacia de que sus émulos trataban de comprometerlo ó de desacreditarlo. En sus cartas particulares al Marqués de Astorga, que había sucedido en la presidencia de la Junta Central Superior á Floridablanca y al Arzobispo de Laodicea, así con frecuencia se lo decía, sobre todo después de Uclés, cuya derrota atribuía á la impericia de Venegas, y después de Ciudad Real y de Medellín, fracasos debidos á la impericia é irresolución de Cartaojal. Desde mediados de Marzo de 1809 estuvo en una disputa perpetua con este último General sobre los movimientos y las intenciones del ejército francés. Alburquerque se empeñaba en que el enemigo no trataba más que de caer sobre el ejército de Extremadura, para lo que esperaba que Cuesta lo atacase; mas si llegase este caso—escribía á Cartaojal—«no dudo que V. E. determinará que por esta parte (Ciudad Real) se le llame la atención. Si son batidos, aquí contribuiremos á deshacerlos. Pero no lo dude V. E.; el enemigo se propone caer sobre Extremadura y no se necesita gran penetración para comprender lo que interesan en Andalucía estas operaciones». Al mismo tiempo le transmitía los avisos recibidos de que los franceses concentraban sus fuerzas en Toledo y una parte se dirigía á Talavera. Entre las órdenes de Cartao-

jal, que le mandaba adelantar hacia Toledo con sus 4.000 caballos y cuatro piezas montadas y sin infantería, porque el movimiento que le ordenaba y la escasa fuerza que por allí tenía el enemigo no la hacía necesaria, y las réplicas de Alburquerque, que le advertía que «si desde aquí pudiese caminar por llanuras hasta encontrar al enemigo, lo haría desde luego á marchas dobles; pero sin tener ni un batallón de infantería llevaba expuesta toda la caballería, en términos que, sin poder defenderse, podría ser pasada por las armas»; recibió de Cuesta el aviso de que el enemigo, con fuerzas superiores, había atacado su derecha sobre el Tajo, y le requería para que, acelerando su marcha, acudiera en su auxilio á las alturas de Guadalupe. No perdió momento y logró incorporarse al ejército amenazado; mas cuando á vista del enemigo el día 28 de Marzo, sobre el campo de Medellín, se colocaba con las divisiones de los Brigadieres Echevarri y Bassecourt, formando el ala derecha de la línea de batalla, según las órdenes que se le habían transmitido, presentóse inopinadamente el General D. Francisco Eguía, de superior graduación, para tomar el mando de aquellas tropas y la dirección del combate. La empresa fue desgraciada, como se sabe; Alburquerque y su caballería, á quien acompañaba el Coronel Whithingham, comisionado del Gobierno británico, se salvaron del horrendo sacrificio en que se inmoló aquel ejército, sosteniéndose con valor admirable, abriéndose paso por entre el enemigo, que había roto nuestra izquierda y centro. Pero considerando que la conducta del Marqués de Cartaojal había sido la causa de un suceso tan doloroso y desgraciado, *que jamás se borraría de su memoria*, pidió inmediatamente á la Junta Central de Sevilla su separación del mando, persuadido de lo infructuoso de sus afanes, aunque dispuesto siempre á sacrificarse por la patria. «S. M., se le contestaba el 3 de Abril, conoce el justo sentimiento de V. E. por las desgracias de la patria, y no se persuade de que éstas hayan disminuído el valor y patriotismo que le caracteriza; antes bien, ve por las dolorosas expre-

siones de V. E. una prueba más de aquel ardor y energía que ha manifestado delante del enemigo y en los peligros de las armas. Como en circunstancias tan críticas sería una pérdida para la nación la separación del ejército de un jefe del carácter y talentos militares de V. E., y tiene presente la utilidad que puede recibir de sus servicios, lejos de admitirle la renuncia que hace, piensa emplearle más activamente y proporcionarle nuevas ocasiones de acreditar su celo, bizarría y pericia.» Y galardoneándole con la gran cruz de Carlos III, le nombró Comandante de la segunda división de caballería del ejército de Extremadura, de que seguía siendo D. Gregorio de la Cuesta General en jefe, hasta que en Agosto del mismo año, después de haber contribuído ilustremente á la gloriosa jornada de Talavera, viéndose reprendido de Cuesta, que le imputaba haberse dejado sorprender en la acción del Puente del Arzobispo del día 8, por la caballería de Morthier, cuando él tenía la conciencia de haber cumplido en aquella malaventurada jornada con el todo de sus deberes, conceptuando que su honor no le permitía que quedase en opiniones su reputación en punto tan delicado, pidió ser juzgado en un consejo de guerra, siendo tan esclavo guardador de los fueros de su honra como asiduo servidor de los intereses de su patria.

Tal era el hombre que por un rasgo heroico de su propia inspiración había acudido á salvar á Cádiz de la ocupación del ejército, que se enseñoreaba ya de casi toda la Península, y á constituir en aquel reducido recinto, que el mar limitaba por casi todo su murado perímetro, el baluarte inaccesible de defensa, de la vida y de la emancipación de España. Y la verdad es que Cádiz entera se manifestó llena de inmensa gratitud al que en toda clase de documentos públicos circulados por los dos mundos, su propia Junta Suprema acreditó como su verdadero salvador. Por desgracia, si este concepto ya no se pudo borrar nunca de la Historia, no se dejó ceñir á su frente su aureola inmarcesible, sin que acibarara la emulación y la enemistad el goce de tan legítima gloria. La piedra de

toque en que se había de procurar que se estrellase, fue la de los elementos que en los primeros instantes de su llegada se le ofrecieron para racionar, municionar y vestir su pequeño ejército, por quien él se desvivía, que llegaba á la isla, á su fortificación y defensa, desfallecido de hambre y de cansancio, casi desnudo, con los pies descalzos y doblemente vacías sus mochilas y sus cartucheras, y que, después de asegurada la defensa, se les regateaban estos recursos, entre tanto que la Junta le imponía la condición de que por ella se manejarían los fondos públicos, en lo que la perspicacia de Albuquerque adivinó toda la trascendencia política y económica de semejante concesión. En lo político la Junta de Cádiz disputaba á la Regencia los atributos de su soberanía, y si en este punto tuvo que ceder, fue bajo el influjo del embajador británico, que amenazó que Inglaterra anularía los compromisos que había contraído con España, en virtud del tratado suscrito en Londres, si el Poder representativo de la nación no se concentraba en un Gobierno único y soberano, que administrase y rigiese el país á nombre del monarca cautivo. Respecto á la administración económica, Albuquerque, árbitro entonces de la situación, encontró no menores peligros. En su *Manifiesto* no disfraza sus impresiones. «Por lo que oí á los individuos de la Junta —dice— vine en conocimiento de que aquélla no miraba *tan puramente* por el interés general, como yo había creído.» Y más adelante añade: «Jamás me atrevería á dar tan siniestra interpretación á la conducta de la Junta de Cádiz si no hubiera oído yo mismo, de boca de algunos de sus individuos, las especulaciones más miserables sobre este punto.» Ello es que el ejército estaba desnudo; que había miembro de la Junta que en sus provistos almacenes tenía setecientas piezas de paño, y que no se transferían á la administración militar, esperando á ver si les daban el manejo de los caudales públicos, «para ganar de lo contrario ocho reales en vara». La Regencia, cohibida por la presión de los gaditanos, carecía de resolución para apoyar las firmes resoluciones de Albuquerque. Este ha-

bía conseguido que se le nombrase en el gobierno superior político y militar de la plaza un segundo en D. Andrés López de Sagastizábal, así para poderse él consagrar más asiduamente á la atención del ejército y de la defensa, cuanto para que se transparentase mejor la rectitud y limpieza de sus operaciones y declinar en él las relaciones políticas con la Junta y con la Regencia. Pero, viendo que algunos individuos de la Junta, decididos, como comerciantes, á sacar de la situación todo el provecho que pudieran para sus intereses privados, luego que agotó los resortes de las negociaciones persuasivas, se vió en la necesidad de levantar el velo de aquellas censurables codicias, y se dirigió al público «para llamar su atención en favor de la causa de la patria».

Aquella fue la tempestad aun enfrente del enemigo. El Obispo de Orense, Saavedra, los Generales Castaño y Escaño y el americano Lardizábal y Uribe, que componían el Consejo de la Regencia, no se consideraban con influjo suficiente para intervenir de una manera victoriosa entre aquel General, á quien Cádiz, la patria entera, debían su salvación, y aquellos señores opulentos que habían hecho en 1808 donativos por valor de 11.342.361 reales, y préstamos por otros 12.000.000. Su ascendiente sobre el pueblo de Cádiz era poderoso, y este pueblo, que sabía cómo se arrastraban por la calle las autoridades contra quienes se enconaba, cómo se reducían otras al silencio, al pánico ó á la fuga, estaba en una continua agitación. Alburquerque, no teniendo fe en ninguno, y creyendo que era indispensable levantar inmediatamente un poder de representación más soberano que el que en Cádiz se arrogaba prerrogativas que no le correspondían y que el que en la isla de León se hacía impotente bajo los recelos del miedo, se pronunció abiertamente, como ya lo había hecho el Marqués de la Romana, por la más perentoria reunión de unas Cortes. Todos los odios se extremaron, y los de la Junta, para azuzar contra el Duque aquel populacho veleidoso en cuyos hombros se había celebrado la exaltación del salvador, le acusaron de que

pretendía erigirse en dictador, casarse con [la hermana del Cardenal de la Scala, cuñada del Príncipe de la Paz, apoderarse de los millones que se creía que Inglaterra nos adelantaba como auxilios para la guerra, y evadirse de Cádiz con rumbo á América, para captarse allí una corona en alguna de nuestras posesiones coloniales. Otros le acusaban por su intimidad con los ingleses, imputándole que les había querido entregar la entrada y guarnición de la ciudad, que era lo mismo que entregarles la plaza; y todas estas fábulas, inflamando los ánimos, amenazaban con la repetición de uno de aquellos sangrientos conflictos, que hubiera venido á ser una nueva mancha de honor contra un hombre á quien la patria entera no debía sino profunda admiración y gratitud. En medio de este cuadro vergonzoso, la Junta también acometía al Duque de Alburquerque, y tratando de defenderse de los cargos que éste había formulado contra ella, le hería más abiertamente en su honor personal con el epíteto de *embustero*.

La intervención del Ministro británico consiguió hallar un término paliativo para superar, aunque no fuese más que momentáneamente, aquella crisis tan aguda. Aunque en Londres nos representaba el ilustre General de la Armada D. Juan Ruiz de Apodaca, se propuso á Alburquerque para una Embajada extraordinaria que negociara más directamente en la corte de Inglaterra los auxilios que España necesitaba para la prosecución de la guerra y las medidas que había que tomar para frustrar los manejos de los que, valiéndose de las desdichas patrias, habían venido de Venezuela á buscar calor en los Gobiernos de Europa para provocar en América una insurrección general contra la dominación de España. Alburquerque, bajo la oferta solemne de que en Londres recibiría una reparación total de los agravios de la Junta, dejóse vencer por las suplicaciones de todos, y conservando el mando supremo militar de los cuatro reinos de Andalucía y en jefe de su ejército de operaciones, en medio de las grandes fiestas cívicas con que Cádiz celebró el *Dos de Mayo* de 1810, dió su consentimiento

para aquella comisión temporal diplomática, disponiéndose con toda diligencia su más pronto embarque. Pidió para que le acompañasen, como ayudantes, al Coronel de caballería ligera Conde de Buñol, que, como otros títulos del Reino, servía gratuitamente en diversos cuerpos del ejército; al Capitán de Ingenieros D. Ignacio María Ordobas, y al de Infantería D. Esteban Folch, y como secretario, al Comisario de guerra D. Manuel María Guerrero. No se le concedieron, sin embargo, más que dos ayudantes, Buñol y Folch, ambos de opulentas familias valencianas, y por secretario de su Embajada se le designó á D. Manuel Abella, Oficial de la Secretaría de Estado, que desde Enero se hallaba en Londres comisionado para hacer rectificar en los periódicos de aquella capital las especies equivocadas que se vertían contra la alianza y la guerra de España, y para publicar otros artículos en que se describiera nuestra verdadera situación.

El 18 de Mayo desembarcaba en Portsmouth y el 22 llegaba á Londres, alojándose con sus ayudantes en Clarendon-House. El mismo día de su llegada recibió la visita del Ministro del Foreign Office, Marqués de Wellesley, que le llevó á comer á su casa, y el 30 era recibido en audiencia particular por el Rey Jorge III. El 3 de Junio fue presentado á la Reina Carlota de Mecklenburgo-Strelitz, y el mismo día al Príncipe de Gales y á sus hermanos los Duques de York, de Clarence, de Kent, de Cumberland, de Sussex y de Cambrigde, con sus respectivas esposas. El mismo honor recibió de las Princesas, hijas del Rey, y del Duque de Glocester, su sobrino. Todos le hablaron de los heroísmos ejemplares de los españoles. El Rey Jorge, además, le dió seguridades de que continuaría sus auxilios en favor de España, y la Reina Carlota le habló con mucho interés de la suerte desgraciada del Rey Fernando y de toda la nación. Toda la alta sociedad de Londres le tributó una acogida tan entusiasta y cariñosa como la que se había dispensado poco antes al Marqués de la Romana, y Apodaca y D. Pedro Ceballos, que como particular se mantenía en



aquella capital, escribían ponderando los obsequios que se le hacían. No obstante, en Londres se creyó que Alburquerque pediría préstamos metálicos, y antes que este caso llegara, el Marqués de Wellesley le significó que, teniendo Inglaterra necesidad de numerario, convendría que en la Península se facilitasen por el Consejo de la Regencia las cantidades que se necesitaran para el mantenimiento de los ejércitos británicos de España y Portugal, las cuales les serían puntualmente retribuidas por el Gobierno de Londres; pero Alburquerque le representó que nuestro Tesoro estaba completamente exhausto y que España acababa de concederle el permiso para extraer diez millones de pesos de Nueva España, cantidad que sólo podía permitirse á un Gobierno tan unido á nuestra justa causa y que la sostenía con tanto empeño. Wellesley se dió por convencido, y sólo ofreció algunas remesas de fusiles y armamento, de que carecían los ejércitos que se formaban en la Península. Sobre lo de las gestiones que hacían las comisiones venezolanas que habían llegado á Londres en demanda de protección y de recursos para sostener y propagar la insurrección en que la provincia de Caracas se había pronunciado, no recibió declaraciones muy explícitas; pero la suerte también en esto le fue favorable, pues habiéndose dirigido pliegos de Caracas para los Sres. D. Simón Bolívar y D. Isidro Antonio López Méndez, *comisionados del Gobierno de Venezuela cerca de S. M. Británica*, vinieron á sus manos por traer en el sobre una nota que decía: *Del Real servicio de S. M. Fernando VII*, por cuyo contenido pudo informar de plano á la Regencia de la Isla de León sobre el estado real en que se hallaban las negociaciones que nuestros insurgentes de Venezuela hacían cerca de todos los Gabinetes de Europa. No obstante, la ocupación principal de Alburquerque en Londres se circunscribió á la redacción é impresión del *Manifiesto acerca de su conducta con la Junta de Cádiz y arribo del ejército de su cargo á aquella plaza*, y luego que lo tuvo impreso, lo remitió profusamente á España, acompañado de dos representaciones, una á la

Regencia y otra á las Cortes, que al cabo se habían reunido é inaugurado sus sesiones el 24 de Setiembre, y en las que hacía presente: primero, que desde su llegada á Londres no se le había enviado el menor arbitrio para sostener con decencia su representación en aquella corte tan costosa, ni las pagas de sus ayudantes, por lo cual, viendo altamente comprometida la dignidad de su posición, y habiéndose negado la casa Mora y Sotilla, banqueros de la Embajada de España, á facilitarle cantidad alguna, porque en Cádiz las letras *terceras* que giraban no se satisfacían, tuvo que pedir á Ruiz de Apodaca setecientas libras esterlinas para sus empeños y doscientos doblones para el sueldo de sus ayudantes, habiendo tenido además que dar licencia al Conde de Buñol para restituirse á la Península por haber quebrantado su salud el clima de Londres; segundo, que aún no se le había dado la reparación debida á su honor, como se le había ofrecido, en nombre de la Junta de Cádiz, la cual, como en el escrito que había hecho se probaba, se olvidó en su conducta para con él de lo que debía á las tropas con que tuvo el honor de salvar aquella ciudad de la dominación de los invasores, y mucho más de lo que se debía al honor militar del General que las mandaba; y tercero, que su carrera eran las armas, que él estaba resuelto á sacrificar su vida y cien vidas que tuviera en aras de la independencia de su patria, y que, así, pedía se le relevase del cargo diplomático que desempeñaba en Londres, y se le volviese al mando personal de sus soldados y á continuar los peligros y azares de la guerra.

El *Manifiesto* y las representaciones del Duque de Alburquerque cayeron en las Cortes de la Isla de León y en el Consejo de la Regencia de Cádiz como una bomba. Los individuos de la Junta de Cádiz, que habían herido en su honor al que había salvado esta ciudad, y en ella la ciudadela de la resurrección de España, tenían amigos en las Cortes y amigos en la Regencia, donde medraban además algunas disfrazadas emulaciones contra el Duque; pero á pesar de esto, las Cortes,

en su sesión del día 13 de Enero de 1811, á propuesta del diputado Luján, pusieron á la orden del día la felicitación que por su instalación habían recibido de Alburquerque, quien les había renovado su más vivo deseo de sacrificarse por la patria; su *Manifiesto* de vindicación de su conducta; su instancia para que se le reparara en su honor, y la hoja militar de sus servicios. El diputado Luján trazó la historia de las operaciones de su ejército desde que desde las orillas del Guadiana, al entrar los franceses por Sierra Morena, corrió, ó para contenerlos, ó para defender el poder supremo que se hallaba establecido en Sevilla, ó para garantir en Cádiz un pedazo de suelo inmune que sirviera de santuario á la existencia, al Gobierno y á la libertad de España: adujo en su favor que aunque por modestia él en su *Manifiesto* no hubiera expresado que cuando se hallaba cerca de Sevilla recibió órdenes de volver sobre Córdoba, él había sido testigo de que no volvió porque preveía que iba á perder su ejército, y más bien quiso no obedecer la orden que sacrificarlo en vano. Exaltó su resolución feliz al marchar para proteger á Cádiz, y declaró que esta resolución y el denuedo con que la cumplió y sostuvo, fue la salvación de la patria.—«Si existimos—añadía—es por él y su ejército; si vive España, es por él y su ejército; si esta provincia es libre, lo debe al Duque de Alburquerque; y en cuanto á su vida privada, ¿de qué honras no es merecedor el caudillo que para mantener el ejército que mandaba ha vendido su cabaña; que para dar alimento á sus soldados llevó sus vacadas al ejército, y que enajenó todo su peculio para sostener en defensa de la nación aquel ejército que lo miraba como un padre, que lo adora, y que, ausente, clama siempre por él?»—Luján pidió que las Cortes declarasen á él y á su ejército beneméritos de la patria, y que sin demora se le restituyera al mando de sus soldados.

El diputado Terrero prosigue á continuación su noble apología. Describe su ánimo belicoso; su patriotismo acendrado, que en él es una verdadera pasión; pondera su fortuna, que

no le había sido ingrata en los campos de batalla, como si Dios le señalase con el dedo para el mando de nuestros ejércitos, y aunque de semblante fiero, de carácter uraño, de severidad inflexible, subyuga al soldado que él educa, que lo acaricia con su obediencia y lo estimula con su amor. Otro diputado, Garoz, dice que Alburquerque no había cesado en el mando de los distritos militares y del ejército de Andalucía, y Laguna, en un enérgico razonamiento, sostiene que el Duque era el que había salvado la nación.

El Diputado Aner confirma luego que las penosas campañas de Alburquerque en el Tajo y Guadiana, habían excitado siempre la admiración general. «Su calidad, su juventud, su bizarría, animan las esperanzas redentoras que en él tiene depositadas la patria. Su presencia se hace necesaria en el ejército; mas si la declaración de benemérito puede despertar contra él mayores emulaciones que las de que es injusta víctima, que venga y que con su espada demuestre que es digno de todas las recompensas.» Creus no creía que la declaración de benemérito podía suscitar la rivalidad de los ejércitos de Aragón, de Cataluña, de Galicia, sino servirles de estímulo en sus esfuerzos. No obstante esa declaración, ¿sería bastante para que el Duque de Alburquerque se diese por satisfecho en las heridas que la Junta de Cádiz infirió á su honor? La Junta de Cádiz dió un *mentís* á sus denunciaciões, y éste es un ultraje que se debe reparar ante todo. Creus pidió que las Cortes oyeran en la barra á la Junta de Cádiz, y que ésta diese sus descargos; porque de la veracidad y del honor immaculado del Duque de Alburquerque nadie podía dudar. Suazo volvió de nuevo á los panegíricos del Duque. Recordó, hasta provocar el aplauso, su gloriosa retirada de Mora y Consuegra después de la derrota de Uclés, retirada que mereció los elogios hasta de los mismos franceses, que en ámbito más reducido la comparaban á la de Moreau; recordó la jornada del 20 de Julio, cuando dirigiéndose el Mariscal Víctor hacia Madrid, y estando nuestro cuartel general en Santa Olalla, la vanguardia

mandada por el intrépido Zayas fue cargada por todo el ejército francés. «Alburquerque—dijo el orador—se presentó con su caballería, maniobrando como en una parada. Intentó el enemigo varias veces envolverle. No lo consiguió. Con esto dió lugar á que Cuesta pasase el Alberche y que el ejército tomara posiciones. Pasamos á Talavera, y de resultas se dió aquella batalla de inmortal renombre en nuestra historia, en que, peleando sin tregua dos días consecutivos, rechazamos los 40.000 franceses del Rey José, mandados por los Mariscales Jourdan, Víctor y Sebastiani. Sin el auxilio de Alburquerque hubiéramos sido envueltos, y en lugar de lisonjearnos el honor de la victoria, hubiéramos sufrido la afrenta de un nuevo descalabro. S. M. está en el deber de dar á aquel caudillo las satisfacciones que su honor demanda, y declararle benemérito de la patria.» Gómez Fernández, sin impugnar abiertamente esta proposición, hizo con sus ambigüedades una oposición embozada; pero Esteban se levanta y dice: «La voz pública recomienda los hechos del Duque de Alburquerque; él pide volver á los campos de batalla y la patria lo necesita. ¿Qué recompensa se ha dado á los defensores de Cádiz y de la Isla? España no puede olvidar aquel ejército que, privado de todos los recursos, descalzo, desnudo, acosado de cerca por el enemigo hasta el puente de Suazo, tuvo esfuerzo para superar la larga serie de laboriosas pruebas que se eslabonan desde su entrada en la Isla hasta la batalla de Chiclana. Las Cortes manden que se diga á la Regencia que soldados como Alburquerque no son para esterilizarlos en ocupaciones diplomáticas, sino para combatir al frente de los ejércitos. La nación fía grandes ventajas en el valor y en los talentos militares del Duque de Alberquerque. La nación le reclama y pide su reparación y las recompensas que merece. Déselas Su Majestad.» A Esteban sigue el Barón de Antella: «Yo no conozco — dice — al Duque de Alburquerque, sino por la gloria de sus hechos y por los elogios de la voz popular. Su nombre y sus hazañas llenan toda mi alma, y me hago intérprete de los

deseos de toda la nación, que quiere y pide que se le restituya al ejército.»

En medio de esta atmósfera caldeada, Aguirre se levanta y dice: «La Junta de Cádiz contestará al *Manifiesto* del Duque de Alburquerque. El Duque de Alburquerque se ha engañado...» Estas palabras promueven la tempestad. Unos le mandan que calle, otros le apostrofan con injurias, y el orador se sienta rodeado de las manifestaciones más elocuentes de la reprobación general. D. Juan Nicasio Gallego trata de cortar la acritud del asunto, creyendo que la discusión se hacía muy prolongada y que al Poder ejecutivo era al que tocaba resolver la cuestión. Ni sus hábitos, ni la respetabilidad de su nombre coartan las expresiones del desagrado, y como á puja le suceden en el uso de la palabra otros oradores que se esfuerzan en levantar el nombre del héroe sobre todos los abismos de la emulación. Burrull dice: «Represento á Valencia, y en nombre de esta ciudad he de rendir aquí el homenaje de su gratitud al Duque de Alburquerque. Cuando Moncey llegó á sus inmediaciones desde Madrid, Alburquerque le salió al encuentro con la división que mandaba, y Valencia no olvida su heroísmo.» Morales de los Ríos dice á continuación: «Represento á Cádiz: Cádiz reconoce al Duque de Alburquerque y á su ejército como su heróico libertador. Permitidme ser aquí el intérprete del agradecimiento profundo de esta ciudad que con su libertad le debe la salvación de la patria.» Pérez, el diputado por Méjico, se levanta después: «Lo que la proposición que se ha hecho pide—dice—me parece muy poco para lo que el Duque de Alburquerque merece. Yo mismo leí en la plaza de la Puebla de los Angeles el *Manifiesto* de la Junta Suprema de Cádiz, en que se encarecía su gloriosa retirada. Si V. M. me lo permite, ofrezco con los demás americanos, mis dignos compañeros, costear una medalla para condecorar con ella á ese General y á ese ejército, á los que se le regatean los premios que merecen.» Grandes aplausos acogen esta proposición, que queda en el momento aceptada. Pero ni

aun así el debate se limita. Pelegrín, Villanueva y Espigá prosiguen con frenesí los elogios del caudillo ausente, y cuando Llamas dijo que para premiar se necesita conocer el valor del mérito que se recompensa, Villanueva protesta enérgicamente de aquellas palabras y dice: «El mérito del Duque de Alburquerque está esculpido en el corazón de cuantos aman la libertad de la patria.» González pide que no se pierda el tiempo, y que puesto que la espada del Duque hacía falta en España, que se concretaran las proposiciones que se habían formulado y se procediera á su aprobación. En efecto, se desecha por vaga la del diputado Luján, y se aprueba otra de Garoz que decía así: «Se declaran al Duque de Alburquerque y su ejército *beneméritos de la Patria* por sus servicios, y principalmente por el de haber cubierto los puntos de la Isla de León y Cádiz, evitando la invasión del enemigo.»

Cuando esta proposición estuvo aprobada, García Herreros lee algunos párrafos del *Manifiesto* del Duque de Alburquerque, y dice que, con el premio ya concedido, el glorioso caudillo aún no se daría por satisfecho, y que á las Cortes tocaba invitar á la Regencia para que la Junta de Cádiz le diese las satisfacciones debidas á los ultrajes que le había inferido. Muchos diputados se adhieren á esta nueva moción; otros la impugnan, y Suazo, para terminar, después de seis horas continuas de sesión, dice que «las expresiones aventuradas que dijo la Junta en descrédito de aquel ejército desaparecerían, después del acuerdo de las Cortes, como la autoridad de dicha Junta había desaparecido á la vista de V. M.» Creus también cree el asunto terminado, y que ni el honor, ni los premios, ni las reparaciones del Duque de Alburquerque, cuyo prestigio estaba tan alto, podían salir de la soberana jurisdicción de las Cortes. Con esto se dió fin á aquella sesión y á aquel debate, cuyos ecos habían de producir efectos tan diversos en la plaza de Cádiz, y en Londres y en Clarendon-House. En Cádiz, como el diputado Aguirre había anunciado, los individuos de la Junta se dieron gran prisa á redactar é imprimir una con-

testación al *Manifiesto* que el Duque envió desde Londres, más acre y violenta que la que había producido en aquella situación inexplicable entre un caudillo á quien Cádiz, la patria entera, debían un servicio tan eminente, y una Junta insurrecta que aún regateaba á la Regencia y á las Cortes mismas los títulos de su soberano poder. Los comerciantes de esta Junta, acusados públicamente por Alburquerque de haber querido especular con los intereses de la nación enmedio de la gravedad de las circunstancias por que España, y Cádiz sobre todo, había pasado, no se dieron descanso, á fin de que por el mismo buque que llevase á las costas de Inglaterra los *Decretos* de las Cortes, los de la Regencia, el *Diario de las Sesiones* y las cartas de congratulación al Duque de Alburquerque de todos los poderes y de todos sus amigos, recibiera también los nuevos agravios de aquel puñado inicuo de tenderos, que, con impune atrevimiento, osaba humillar la ingénita arrogancia de aquel hombre tan superior. Esta vil intriga no hubo previsión ó medios de evitar que pudiera desarrollarse en todas sus partes.

Si en realidad en Londres los asuntos diplomáticos no absorbían gran tiempo ni producían grandes cuidados al Duque de Alburquerque, las atenciones incesantes de que era objeto de parte de aquella sociedad aristocrática y militar en cierto modo dulcificaban las exaltaciones con que el extremado celo de su honor dominaba su imaginación. Desde la muerte de la Princesa Amalia, sexta hija del Rey Jorge III, mas primera de las de su larga prole que perdía en los cincuenta años que llevaba de reinado, el anciano monarca se affigió tanto que cayó enfermo, luchando algún tiempo entre la muerte y la vida, lo que impresionó mucho á aquella corte, hasta que renunció sus poderes en su primogénito Jorge IV, Príncipe de Gales, que tomó el título de Príncipe Regente. Pero los esparcimientos que con este motivo perdió en el seno de una sociedad que siempre se ha identificado con las emociones de sus Príncipes, procuraban por otra parte proporcionárselos



Apodaca y Cevallos, con otros muchos españoles de distinción que la guerra de la Península había arrojado á las playas británicas. Las delectaciones con que estos trataban de distraerle no vencían la natural agitación de su impaciencia, hasta que al cabo, con el *Correo de Portsmouth*, en los primeros días de Febrero de 1811 recibió una hinchada balija de cartas y documentos, y entre otros, todo el proceso del decreto de las Cortes con la declaración de benemérito y el decreto de la Regencia, fechado el 27 de Enero en la Isla de León, por el que se le confería el mando y dirección de un ejército de operaciones, el del sexto ejército de la Península, con la Capitanía general del Reino de Galicia, vacante por renuncia del Teniente general D. Nicolás Mahy. En el mismo correo recibía la orden de trasladarse á España terminado el objeto de su Embajada extraordinaria, y se disponía que con él regresasen á la Península, á bordo del *Algeciras*, su secretario D. Manuel Abella, que había de volver á su cargo de Oficial de la primera secretaría de Estado, que desempeñaba D. Eusebio de Bardaxi y Azara, y D. Pedro Cevallos, cuyos talentos la Regencia se disponía á aprovechar en puesto proporcionado á su rango. Alburquerque, en el ansia de volver á España, inmediatamente impetró la audiencia para despedirse de aquella familia real. Mas cuando todo lo disponía para su viaje, un nuevo pliego llegado á sus manos por desconocido conducto volvió á arrebatarse su ánimo en agitaciones de cólera y furor al verse otra vez herido en su honra en la contestación de la Junta de Cádiz á su último *Manifiesto*, que de una manera artera se hacía llegar hasta él.

¿Qué pasó, á la lectura de aquel documento, en el ánimo del Duque de Alburquerque? Nadie puede mejor describirlo que el triste testigo de aquella situación y sus trágicas consecuencias, D. Manuel Abella, en la comunicación que con fecha del 19 de Febrero dirigió á su jefe el Ministro de Estado Bardaxi y Azara. Dice así esta comunicación:

«Desde que el Duque de Alburquerque recibió la contesta-

ción de la Junta de Cádiz á su *Manifiesto*, que fue traída por algún pasajero del navío inglés que llegó á Inglaterra á principios de este mes y que la insertó en un periódico de Portsmouth, empezó á ocuparse en rebatir las injurias que contenía y que, según sus continuas explicaciones, no podía disimular sin ser tenido por impostor y enemigo del bien y de la patria. Sobrecogido de esta idea y lleno de ella, se encerró en un cuarto con su amanuense y trabajaba día y noche, sin tomar otro alimento que café, té y algún caldo. Era imposible soportar una vida tan trabajosa y agitada, y aunque algunas personas procuraban disuadirle de su empeño, no se prestaba á semejantes insinuaciones. Había yo merecido al Duque de Alburquerque bastante consideración; pero mi influencia y mis reflexiones fueron inútiles para que se abstuviese de llevar adelante su proyectado trabajo. El día 15 me mandó llamar muy de mañana y conocí por su manera de hablarme, muy ajena de la que había observado hasta entonces, que estaba atacado de delirio. Avisé inmediatamente á un médico que le había asistido en algunas ligeras indisposiciones y al que trataba con amistad. Fuí á hablar al mismo tiempo á una persona á quien el Duque miraba con respeto y afición para que tratara de verle ó escribirle, disuadiéndole de una idea que tanto perjudicaba á su salud. El día 16 vino el médico á casa á las ocho de la mañana, á decirme que el Duque estaba furioso; que era imposible sujetarle, y de consiguiente, necesario avisar al Doctor Simón, profesor muy acreditado para la curación de estas enfermedades.

• Avisóse inmediatamente, y á las doce se juntaron cuatro médicos y declararon al Duque en el desgraciado estado de furioso. Dispusieron que se trasladara á una casa fuera de Londres; que se buscasen dos personas de las que estaban acostumbradas á asistir enfermos de este mal, y que ellas fuesen las únicas que le cuidasen y manejasen. Todo lo hizo el Dr. Simón con indecible presteza y buena voluntad, y el Duque fue trasladado aquella misma tarde á la casa que se le

había buscado. S. A. el Príncipe Regente había señalado el día 19 para la audiencia de la despedida, y siendo imposible cumplir con esta ceremonia, certificaron los médicos de que la salud del Duque no le permitía acudir á la audiencia, y que no podía ocuparse en negocio alguno, ni atender al cuidado de los suyos domésticos. De todo dí cuenta de palabra al Ministro Plenipotenciario de S. M. y le pasé oficio, cuya copia acompaño; y como me dijese que no tenía fondos para acudir á los gastos que era indispensable hacer, escribí á D. José Moreno de Mora, del comercio de esta ciudad y buen amigo del Duque, en los términos que verá V. E. por la copia también adjunta.

» Visitó frecuentemente el Dr. Simón al Duque en su nuevo alojamiento el día 17, y pidió para su mayor satisfacción á otro médico muy famoso en esta corte, el cual acudió á la consulta, y ambos quedaron encargados de la salud del Duque. Dijeron que si tenía fuerzas para resistir los furiosos ataques de los tres ó cuatro días primeros, podrían esperar de su curación; pero que estaba muy expuesto á morir en estos días. Ayer 18, continuó con igual furor; pero por la tarde le hallaron algún tanto más sosegado, y aun nos dijeron que dormía, cosa nueva y muy útil, á lo que todos creíamos. Pero á las once de la noche observaron los asistentes y criados del Duque que le faltaban los espíritus, y que todos los síntomas anunciaban su próxima muerte. Vino un criado corriendo á avisar al Ministro Plenipotenciario de S. M. Me avisó á mí al mismo tiempo. Acudió aquel con el Sr. D. Pedro Cevallos y un capellán español. Acudí yo igualmente. Pero como la distancia de la casa del Duque á la nuestra es de cerca de una hora, cuando llegamos fue tarde. Un aparente sueño acabó con su vida, digna de mayor suerte. En sus delirios era General del ejército; animaba sus tropas para el combate; estaba en continua lucha, y ¡hería y mataba á Napoleón! Jamás se le oyó una expresión que denigrase á nadie, ni manifestara cólera ó resentimiento.....»

Todo lo demás sobra para estos apuntes. El Marqués Wellesley y el Subsecretario del *Foreing Office* se asociaron al duelo de Apodaca y Cevallos, viniendo en persona á contemplar el cadáver del malogrado héroe, y el *Times* le consagró honores inusitados. Las Cortes de Cádiz volvieron á oír los fúnebres panegíricos del valor y del honor, y España perdió, en medio de la crisis de sangre y fuego por que pasaba, uno de sus caudillos más ilustres. ¡El honor causó su muerte, y la envidia fue su asesino! De sus verdugos de la Junta de Cádiz, la Historia desdeña conocer los nombres.

NICOLÁS PÉREZ MERINO.

## CRÓNICA LITERARIA

---

Varios folletos elocuentes.—BALANCE DEL SIGLO XIX, por D. Juan Pérez de Guzmán.—TRES ENSAYOS, por D. Miguel de Unamuno.—LA VIDA NUEVA.—ARIEL, por D. José Enrique Rodó.

Los aficionados á visitar puestos de libros viejos, habrán tropezado muchas veces en sus peregrinaciones de rebusca con un mediano volumen titulado *Varios libros elocuentes*. Él me ha sugerido el título de esta crónica, título que tengo por tanto ó más verdadero que el del libro en cuestión, pues los folletos de que voy á hablar son de cierto elocuentes cada uno en su género, y la cortedad de su extensión hace resaltar más lo sugestivo de su contenido, facilitando el que la atención pueda abarcarlo de una ojeada, y presentando más limpias del fárrago de los escritos dilatados y difusos, las líneas de cada objeto y la expresión de cada materia.

Voy, pues, á tratar de diferentes folletos publicados recientemente, y que merecen más atención que muchos libros voluminosos.

Uno de ellos es el de D. Juan Pérez de Guzmán: *Balance del siglo XIX*, compuesto de varios artículos que salieron á luz en el periódico *La Epoca*, y del cual folleto se ha hecho una corta tirada de 100 ejemplares, circunstancia (aparte de su mérito) que hace de él una curiosidad bibliográfica.

Los lectores de LA ESPAÑA MODERNA conocen lo suficiente

el castizo estilo y la sólida y variada erudición histórica y literaria del señor Pérez de Guzmán, para que yo necesite esforzarme en hacer resaltar estas cualidades, al hablar del referido folleto. Del interés que su asunto ofrece basta con enunciar el título, para que sin trabajo se comprenda.

El siglo XIX, su carácter, sus bienes y sus males, los adelantos que han conseguido en él las sociedades humanas, las orientaciones sociales que en él se han perdido ó han quedado obsurecidas y olvidadas, las ventajas y desventajas que el curso de la civilización ha producido en este período, vienen siendo tema muy discutido, por lo general con ligereza y apasionamiento. No han advertido muchos que el desarrollo de los sucesos humanos no se sujeta á estas divisiones cronológicas, ni se distribuye con regularidad en ellas, puesto que no son tales divisiones, al cabo, más que límites artificiales establecidos por los hombres para entenderse con más facilidad y dar ilación al curso de la historia.

Hay mucho de ilusión subjetiva en esto de considerar un siglo como un período histórico, como una fase completa de la vida social; pero la costumbre, que es una segunda naturaleza, ha dado tanta fuerza á esa representación especial que nos formamos de dichas divisiones del tiempo, que en cada siglo descubrimos un conjunto de caracteres y rasgos que le dan una como fisonomía particular. El único fundamento real que puede tener esto es que, siendo un siglo período suficientemente largo, dado nuestro horizonte histórico y la duración de la vida humana, han de haber ocurrido en él cambios sociales y hechos dignos de memoria. Mas fácilmente se advierte que estas mudanzas y sucesos sólo por rara casualidad se amoldan á los límites de una centuria, siendo lo común que se enlacen y continúen sin consideración á la barrera ideal que establecemos entre cada período de cien años. El siglo XIX, por ejemplo, si se le considera como el siglo de las revoluciones, *de la emancipación de los pueblos*, debería empezar á contarse lo más tarde desde 1789: Si lo miramos desde el punto de vis-

ta del desarrollo de la industria y de las invenciones mecánicas, habría que fijar su comienzo en la fecha de la invención de las máquinas de vapor, etc., etc.

Con todo, el historiador puede proponerse hacer la historia de un siglo como la de cualquier otro lapso de tiempo, y aun son convenientes estas recapitulaciones de un período, no tan largo que se dificulte la visión precisa de los pormenores de lo acaecido en él, ni tan breve que su contenido resulte demasiado parcial y fragmentario, y sea sólo como una escena suelta de la tragicomedia humana, que apenas da idea del argumento al espectador.

Ahora que finaliza ó ha finalizado (según algunos) el siglo, es el momento más oportuno, el *de mayor actualidad*, para estos estudios y estos juicios. Se han publicado ya varios y seguramente se publicarán muchos más. De generalidades sobre el siglo, pintándole los unos como un portento de los tiempos, como una edad de oro, como el *siglo, en fin, de las luces*, cual si hasta ahora la humanidad hubiese vivido en las tinieblas; representándole los otros como un período de rara corrupción y relajamiento moral, dorado por fuera con el esplendor de los adelantos materiales: de estas generalidades, repito, todo lo que había que decir y más, se ha dicho. Queda, no obstante, por hacer la parte más seria de la labor histórica, el inventario razonado de los bienes y los males del siglo. Y de este estudio son parte y antecedente los datos de la historia particular de cada nación.

Un compendio de esta tarea, en lo referente á España, es el folleto del Sr. Pérez de Guzmán. Con la brevedad propia de los trabajos periodísticos, pero resumiendo en corto espacio gran copia de datos, nos presenta el autor los principales aspectos de nuestra vida pública en este siglo. Los títulos de los cinco artículos que forman tan interesante opúsculo bastan para indicar su contenido. Son estos: *Lo que era España en 1800 y lo que es en 1900; Los Reyes y las instituciones nacionales de 1800 á 1900; Las guerras y las revoluciones; La*

*riqueza, la economía y la deuda; La cultura, la educación y el trabajo.*

No para uno, sino para varios libros daría asunto suficiente y sobrado este cuadro de materias, sobre las cuales dice el señor Pérez de Guzmán, en estilo muy literario, mucho más de lo que á primera vista parece, que pudiera contenerse en un breve folleto de 80 páginas en 12.º

Revela este opúsculo muchas y muy variadas lecturas históricas; pero, á mi parecer, el punto de vista en que se coloca el distinguido escritor del folleto es el del publicista político, antes que el del historiador, que á sí mismo se impone la contemplación objetiva de los hechos. El Sr. Pérez de Guzmán, que es uno de nuestros mejores periodistas políticos, aunque la fortuna haya sido poco generosa con él en estas lides de la vida pública, donde vemos de continuo elevarse á tantas medianías que apenas llegan á lo mediano, no se coloca en la posición de espectador y mero narrador de los hechos. Aspira á llevar al ánimo de sus lectores la impresión amarga de nuestra caída, y á despertar en ellos el deseo y la esperanza de nuestro renacimiento. Bajo este aspecto, pertenece el folleto á la *literatura de la regeneración* nacida al golpe de nuestras desdichas, aunque su objeto sea muy distinto del de los infalibles programas, ya pesados y enojosos, que para transformarnos de pies á cabeza salen á luz todos los días.

Por esta tendencia de su escrito, acaso se muestra demasiado optimista el Sr. Pérez de Guzmán al apreciar la situación de España al final del siglo XVIII. Con todo, hay que convenir con el erudito escritor en que la Balanza del siglo XIX arroja un resultado muy desfavorable para nosotros. Muy discretamente lo ha dicho también D. Juan Valera en la reciente solemidad académica celebrada en honor de Goya, Moratín, Meléndez Valdés y Donoso Cortés, con motivo de la traslación de sus cenizas.

De los bienes y los males del siglo muchos han sido comunes á los pueblos civilizados, mas otros bienes y males han



afectado particularmente á esta ó la otra nación, y de los beneficios y perjuicios generales no todas han participado con igual intensidad ni en la misma proporción. A nosotros nos cogió el siglo ya en decadencia, pero todavía éramos un factor en el concierto europeo; nuestros inmensos dominios coloniales apenas cedían en importancia á los de Inglaterra y eran superiores á los de las demás naciones de Europa; nos separaba de éstas menor distancia en cultura y en riqueza que al presente; nuestra representación en el mundo era, en suma, mucho mayor. El siglo XVIII, dígame lo que se quiera, había sido un período favorable para España. Pasado nuestro esplendor del siglo XVI, tras el cual vino la decadencia gradual que nos lleva al momento crítico de fines del reinado de Carlos II, la Casa de Borbón nos *europizó* de nuevo, usando de la palabra que ha puesto en circulación el Sr. Costa. Aunque los tiempos de Carlos IV no eran ya los de Carlos III, quedaba en pie todavía mucha parte de aquella positiva campaña de regeneración. Pero en el siglo XIX nos hemos ido quedando atrás poco á poco, y á su fin nos hallamos pobres, atrasados, disminuídos de categoría entre las naciones y despojados de los últimos restos de nuestro imperio colonial. Es cierto que de algunos males del siglo nos ha cabido menor parte que á otros pueblos, como de la corrupción de costumbres, del desarrollo del socialismo, etc.; pero en la distribución de sus beneficios nuestra participación ha sido mezquina, y casi siempre tardía. Así que, aun habiendo progresado en muchas cosas, nuestra situación *relativa* es, en efecto, peor que fue en el pasado siglo, porque nos separa mayor distancia de las grandes naciones europeas, que han progresado más y más deprisa. En tiempos de competencia incesante, de *struggle for life* despiadada como siempre, pero acelerada y continua como nunca, nos encontramos rezagados y débiles. Por otra parte, el carácter de la civilización contemporánea ha hecho desmerecer muchas de las cualidades que poseemos: la sobriedad, el valor individual, la viveza de imaginación, la conformidad y el sufrimiento, y

en cambio ha aumentado el valor de otras que nos faltan ó de que estamos peor dotados, como el espíritu de iniciativa industrial y mercantil, la constancia en el trabajo y el estudio, los hábitos de economía, de orden y *vida jurídica*, el genio reflexivo y la tendencia á la asociación libre.

El Sr. Pérez de Guzmán termina su folleto con palabras de esperanza. Cree que con los progresos de la educación y la aplicación á las ciencias positivas podremos remediar nuestros males. Lo más hondo y grave del problema está en esto: nuestra decadencia, ¿es decrepitud irremediable? ¿O es sólo enflaquecimiento pasajero debido á tantas guerras, tantas revoluciones y tantos trastornos en que hemos disipado nuestra riqueza y fomentado todos los malos instintos que son secuela del imperio de la violencia y del desorden? Como regla de conducta, debemos creer que son remediables nuestros males, ó mejor dicho, debemos obrar como si lo creyéramos. Por eso hace bien el ilustrado autor de la *Balanza del siglo XIX* en terminar su escrito con palabras de aliento y de esperanza.

\*  
\* \*

D. Miguel de Unamuno, el sabio Catedrático de la Universidad salmantina, nos muestra de nuevo en los *Tres Ensayos* que acaba de dar á la estampa, la profundidad de su espíritu filosófico y su originalidad como pensador y como literato. No quiero decir con esto que no haya antecedentes de lo que Unamuno dice en sus *Ensayos*. ¿De que no los hay? *Nihil novum sub sole*..... Pero si, genéricamente, la luz del sol no alumbra cada día nada nuevo, específicamente, el espectáculo que sus rayos iluminan es nuevo á cada aurora. La representación de cada objeto ofrece puntos de vista inagotables. No hay cosa por vulgar, por escudriñada que parezca, que no sea capaz de presentarse bajo un aspecto nuevo ante la mirada de un espíritu original. Y Unamuno no piensa *con autores*, sino por cuenta propia.

De los tres ensayos que contiene el folleto del Sr. Unamuno, *¡Adentro!*, *La ideocracia*, *La fe*, el primero es el himno de la vida interior, de la emancipación verdadera del espíritu, que debe buscar en sí, *adentro*, y no fuera, al universo. Es un hermoso ideal este que traza Unamuno, de vivir uno su propia vida dejando correr su espontánea vena, sin sujetarla á cauces trazados de antemano. Ideal eminentemente aristocrático y raro, pues serán siempre muy contados los hombres que conscientemente lo profesen y practiquen y que estén dispuestos á hacer por su independencia interior, por el desarrollo pleno de su personalidad, los sacrificios y esfuerzos que comúnmente se hacen por los señuelos externos, por los bienes y las glorias del mundo, por la abnegación hacia alguna causa.

«El hombre de hoy—dice Unamuno—no es el de ayer ni el de mañana, y así como cambias, deja que cambie el ideal que de ti propio te forjes..... Avanza, pues, en las honduras de tu espíritu, y descubrirás cada día nuevos horizontes, tierras vírgenes, ríos de inmaculada pureza, cielos antes no vistos, estrellas nuevas y nuevas constelaciones..... No encadenes tu fondo eterno, que en el tiempo se desenvuelve, á fugitivos reflejos de él..... Querer fijarse de antemano la vía, redúcese, en rigor, á hacerse esclavo de la que nos señalen los demás; porque eso de ser hombre de meta y propósitos fijos, no es más que ser como los demás nos imaginan, sujetar nuestra realidad á su apariencia en las ajenas mentes..... No sigas, pues, los senderos que á cordel trazaron ellos; ve haciéndote el tuyo á campo traviesa, con tus propios pies, pisando sus sementeras, si es preciso..... No te creas más ni menos ni igual que otro cualquiera, que no somos los hombres cantidades. Cada cual es único é insustituible..... No quieras influir en eso que llaman la marcha de la cultura, ni en el ambiente social, ni en tu pueblo, ni en tu época, y mucho menos en el progreso de las ideas que andan solas.....»

No es preciso prolongar las citas para que se aprecie el carácter y el pensamiento de este ensayo. Es indudable que á

muchos parecerá su doctrina ajena á toda realidad, por ser tan notorio que la inmensa mayoría de los hombres, lejos de proponerse, ni concebir acaso, ese ideal de vida independiente, *autónoma*, vive sujeta á lo *de fuera*, sigue los caminos ya trazados y a tempera en todo su conducta, no al impulso íntimo de su sér—al carácter, como manifestación individual de la voluntad, según la doctrina de Schopenhauer,—sino á los dictados de la opinión social. ¡Hay tan pocas vocaciones verdaderas! Así como el individuo, en general, trabaja para la especie sin saberlo, el hombre trabaja también para la sociedad, que es la forma de organización de su especie, convertido en ruedecilla del colosal mecanismo por el concurso de causas que desde la cuna le acomoda á los usos establecidos, le sugiere las ambiciones de las recompensas sociales y le empuja por los senderos habituales. La moral de Unamuno en este ensayo es una moral aristocrática; moral de *almas solitarias*, es decir, de almas que se bastan á sí mismas y que en sí mismas llevan el mundo; pero, con todo, no presenta el carácter de soberbia, de misantropía y de sequedad inhumana, que hace poco simpáticas las doctrinas análogas de Nietzsche.

Unamuno proclama una moral anarquista en el fondo (en el sentido filosófico de la palabra, no en el político é histórico que le han dado modernamente las luchas sociales), pero de un anarquismo dulce y humano. «En amarnos y no en entendernos—dice—estriba la verdadera vida.»

Los *Ensayos*, reunidos en el folleto de que vengo tratando, se relacionan íntimamente entre sí. El segundo, *La ideocracia*, es, en cierto modo, una prolongación del pensamiento del primero. El autor combate la tiranía de las ideas. «Vivir todas las ideas para con ellas enriquecerme yo, en cuanto idea, es á lo que aspiro..... Quiero ser su dueño, no su esclavo..... El que calienta las ideas en el fondo de su corazón, es quien de veras se las hace propias..... Son vehículo, nada más que vehículo de espíritu; son átomos que sólo por el movimiento y ritmo que transmiten sirven..... Entre los derechos íntimos que

tenemos que conquistar... no es el menos precioso el inalienable derecho á contradecirme, á ser cada día nuevo, sin dejar por ello de ser el mismo siempre..... No son nuestras doctrinas el origen y fuente de nuestra conducta, sino la explicación que de ésta nos damos á nosotros mismos y damos á los demás..... Las ideas, externas á nosotros, son como atmósfera social, por que se transmiten calor y luz espirituales; en ellas se refleja la del sol del espíritu, sin que por sí iluminen: hay que mantener aérea esa atmósfera, para poder en ella y de ella respirar..... Es la inteligencia para la vida; de la vida y para ella nació, y no la vida de la inteligencia.....»

El pensamiento de Unamuno viene aquí á coincidir con el de Schopenhauer; la impugnación de la ideocracia es una de las formas de expresión del carácter subalterno y secundario de la representación respecto de la voluntad. Desde el punto de vista, principalmente psicológico, de estos *Ensayos*, la protesta contra la tiranía de las ideas es el aspecto subjetivo de la cuestión. Pero mirada objetivamente, varía por completo. La idea *hecha*, que puede suponer una servidumbre espiritual para la inteligencia superior que se halla en continua elaboración de ideas, es para la generalidad, para la masa vulgar de los hombres, el medio de comunión y de ingreso en la vida del pensamiento. Y aun en la vida práctica, las ideas, aparte de su utilidad propia como signos y fórmulas del conocimiento directo de las cosas, tienen ese otro gran valor de ser como banderas espirituales. Son símbolos vivos que han movido y mueven á las muchedumbres, siendo para ellas fuente de pensamiento, de afectos y de acción.

El tercer *Ensayo* versa sobre la fe. Su lema, es una frase de Ibsen en *Brand*: «La vida y la fe han de fundirse.» Esa fusión de la fe y la vida, ese sentido de la fe como creación en vez de creencia, de la fe como «conciencia de la vida en nuestro espíritu», es el aspecto que estudia y expresa Unamuno en este *Ensayo*.

Más que crítica he procurado hacer exposición. La crítica,

tratándose de escritos cuyo punto de vista es el que Unamuno adopta en sus Ensayos, tiene escasa aplicación y acaso ninguna utilidad. Por lo que toca á la forma literaria, el rasgo que me parece más digno de notarse en estos opúsculos del autor de *Paz en la guerra*, es la facilidad, la docilidad podía decirse, con que el lenguaje refleja el pensamiento, lo cual es signo de la espontaneidad de éste y revela también las facultades artísticas del autor.

\*  
\* \*

Otro folleto muy notable: *Ariel*, por D. José Enrique Rodó, catedrático de literatura de la Universidad de Montevideo y uno de los pensadores y de los escritores más distinguidos de la América española. Este precioso opúsculo forma parte de una serie de folletos titulada *La vida nueva*, de la cual van publicados tres. El primero comprende dos estudios: *El que vendrá* y *La novela nueva*. En aquél expresa el Sr. Rodó, en términos muy poéticos, la esperanza mesiánica de un futuro revelador de la buena nueva literaria, que está por venir, y que vendrá algún día á restablecer la armonía, la fe y el entusiasmo perdidos hoy en la confusión moral y estética que domina sobre las ruinas de las antiguas escuelas. A mi parecer este estudio hay que tomarlo en sentido simbólico, pues cada día se hacen más difíciles los profetas, los reveladores y los jefes de escuela capaces de ejercer universal influencia. La complejidad creciente de la vida, hace necesarias acciones colectivas, cooperaciones de muchos, donde antes bastaba sólo el genial empuje de una individualidad sobresaliente.

El otro estudio, *La novela nueva*, tiende á hacer resaltar el carácter comprensivo de la novela moderna, reflejo de esa misma complejidad de la vida contemporánea á que acabo de aludir.

El segundo folleto es un excelente estudio crítico de Ruben Darío y de su libro *Prosas profanas*, estudio en el cual

pone de relieve el Sr. Rodó su delicado gusto, su claro juicio y su conocimiento de las letras contemporáneas.

El tercero es el que lleva por título *Ariel*. El genio familiar de Próspero, aparece aquí como númen inspirador de la juventud americana. El Ariel del Sr. Rodó tiene á mi parecer más próximo parentesco con el Ariel del *Caliban* y *L'Eau de Juvence* de Renan, que con el Ariel primitivo, el *airy Spirit* de *Tempest*.

En forma de plática familiar, de discurso de despedida que dirige un maestro á sus discípulos al separarse de ellos, terminadas las tareas de las aulas, expone el señor Rodó su concepción del ideal que debe proponerse la juventud americana, desenvolviendo en noble y elevado estilo doctrinas estéticas, morales y políticas de gran actualidad.

Es este uno de los escritos más elocuentes que ha producido la inspiración literaria en la América moderna, y en él se advierte una madurez de pensamiento, un equilibrio estético y un espíritu de continuidad con la tradición literaria y la tradición filosófica europeas, que pocas veces hallamos en los escritores del Nuevo Mundo.

Comienza el señor Rodó recomendando á la juventud la fe en el porvenir. «¿No nos será lícito á lo menos—dice—soñar con la aparición de generaciones humanas que devuelvan á la vida un sentido ideal, un grande entusiasmo, en las que sea un poder el sentimiento, en las que una vigorosa resurrección de las energías de la voluntad ahuyente con heroico clamor, del fondo de las almas, todas las cobardías morales que se nutren á los pechos de la decepción y de la duda?»... «La fe en el porvenir, la confianza en la eficacia del esfuerzo humano son el antecedente necesario de toda acción enérgica y de todo propósito fecundo.»

Expone después el autor de *Ariel* los peligros que trae el espíritu de especialización en las civilizaciones adelantadas, en las cuales es necesario recordar, como lo hizo Guyau y lo hace el escritor uruguayo, que «hay una profesión universal:

la *de hombre*». «Dentro de la diferenciación progresiva de caracteres, de aptitudes, de méritos, que es la ineludible consecuencia del progreso...., — escribe el Sr. Rodó — cabe salvar una razonable participación de todos en ciertas ideas y sentimientos fundamentales que mantengan la unidad y el concierto de la vida..... «Yo os ruego que os defendáis en la milicia de la vida, contra la mutilación de vuestro espíritu por la tiranía de un objetivo único é interesado.»

Otro de los puntos que trata excelentemente el señor Rodó es el de la influencia del arte como elemento de educación humana, lamentando el desdén de los espíritus vulgares, que consideran como una vana superfluidad las manifestaciones artísticas. «Nunca la criatura se adherirá de más segura manera al cumplimiento del deber que cuando, además de sentirle como una imposición, le sienta estéticamente como una armonía... La virtud es también un género de arte, un arte divino... A medida que la humanidad avance, se concebirá más claramente la ley moral como una estética de la conducta.» En el curso de esta doctrina ruskiniana hace el autor de *Ariel* observaciones sagaces y formula juicios muy atinados sobre las relaciones entre la moral y la estética.

También el problema de la democracia, considerada por tantos pensadores como un obstáculo para la elevación intelectual y estética de las sociedades modernas, como un régimen de mediocridad dotado de virtudes y preocupaciones burguesas, ocupa la atención del Sr. Rodó. A la democracia histórica opone una democracia ideal que no excluya la superioridad de las mejores. Pero esta democracia, en que no imperaría el *demos*, sino para elegir voluntariamente guías y conductores que enderezasen sus pasos por senderos de perfección, es probablemente una hermosa utopía, en contradicción hasta ahora con la Historia y con las experiencias de lo presente. Con todo, hay que elogiar al Sr. Rodó cuando combate la inhumana y satánica concepción del superhombre nietzscheano. Mientras no se descubre una fórmula que equilibre la



influencia de las diversas capacidades en el gobierno de los pueblos, ó mientras los progresos de la libertad individual no reduzcan á función más secundaria de las sociedades, la función política que hoy absorbe tanta parte de su vida, la democracia puede ser un mal menor, cuyos inconvenientes irán atenuándose algún tanto á medida que crezca la difusión de la cultura.

En un libro dedicado á la juventud americana, el llamado *americanismo*, la tendencia y el carácter de la civilización especial de la República anglosajona del Nuevo Mundo, era cuestión que no podía omitirse. El Sr. Rodó ve un peligro para los pueblos de la América latina en la atracción que ejerce la prosperidad material del coloso yankee. Pero no incurre el discreto é ilustrado profesor de Montevideo en la vulgaridad, que á nosotros nos ha sido tan funesta en fecha no lejana, de menospreciar las cualidades positivas de la República sajona, considerándola como un pueblo de mercachifles, atento sólo al lucro inmediato y desprovisto de virtudes morales. Parécele una especie de *snobismo* político «la imitación de cuanto hacen los preponderantes y los fuertes»; quiere que la América latina haga honor á la herencia de su raza, á su tradición étnica, pero reconoce la grandeza ruda de la civilización norteamericana, su sólido optimismo, «la escuela de voluntad y de trabajo» que han sabido crear los descendientes de los puritanos, según la frase de Philarete Chasles.

Esta imparcialidad le autoriza para hacer una crítica severa y razonada del utilitarismo yankee y le lleva después á comprender y explicar cómo en la armonía de la Historia este exceso de materialidad y positivismo no será perdido para los fines del progreso humano. «La alza del positivismo norteamericano — dice — servirá á la causa de Ariel en último término. Lo que aquel pueblo de cíclopes ha conquistado directamente para el bienestar material con su sentido de lo útil y su admirable aptitud de la invención mecánica, lo convertirán otros pueblos ó el mismo en lo futuro, en eficaces instrumen-

tos de selección. Así, la más preciosa y fundamental de las adquisiciones del espíritu—el alfabeto que da alas de inmortalidad á la palabra—nace en el seno de las factorías cananeas y es el hallazgo de una civilización mercantil que, al utilizarlo con fines exclusivamente mercenarios, ignoraba que el genio de razas superiores lo transfiguraría convirtiéndole en el medio de propagar su más pura esencia.»

Comprende perfectamente el señor Rodó que la iniciación de los pueblos jóvenes de América en los refinamientos superiores de la cultura, es obra del tiempo. Pero las generaciones nuevas deben trabajar por el advenimiento de ese porvenir. «La obra mejor—escribe—es la que se realiza sin las impacencias del éxito inmediato, y el más glorioso esfuerzo es el que pone la esperanza más allá del horizonte visible.» Estas bellas palabras resumen el final del folleto y compendian en cierto modo su intención y su espíritu.

E. GÓMEZ DE BAQUERO.

PERTENECE A LA BIBLIOTECA DEL  
ALFONSO RABOLONES DEL

## REVISTA HISPANOAMERICANA

---

SUMARIO:—Las últimas fiestas argentinas en favor de España.—La plaza de España.—Serenata monstruo.—*El Himno Nacional* y el *Himno de la reconciliación*.—Exposición Hispanoargentina en Buenos Aires.—Los problemas hispanoamericanos.—La conquista pacífica en Méjico.—Los canales interoceánicos, y la anexión de las cinco Repúblicas del Centro á los Estados Unidos.—Las perturbaciones de los Estados suramericanos y el ferrocarril interpolar.—Necesidad de la unión.—La fórmula de la unión.

Aún no se ha apagado en la América del Sur el eco de las simpatías hacia España, despertadas por la presencia del crucero *Río de la Plata* en las aguas del Pacífico, después de su visita á las capitales argentina y uruguaya, y por el paso de los marinos argentinos por Barcelona, Madrid y Cartagena. El programa de las fiestas celebradas en Buenos Aires, no ha concluido hasta el mismo día 24 de Mayo, en que en Madrid escribimos estas líneas. Puede afirmarse, que después del decreto presidencial limitando el *Himno Nacional Argentino* á sus dos primeras estrofas, y de los banquetes que en la revista anterior reseñamos, los dos sucesos más interesantes en la continuada explosión de estas fiestas, han sido: el acto oficial y solemne de bautizar la *Plaza de Inválidos* de la populosa capital del Plata con el nombre de *Plaza de España*, y la serenata monstruo que las sociedades españolas de toda la República, han dado al Presidente general Roca, en la noche del 24

de Mayo, coincidiendo con las fiestas *mayas* que anualmente se celebran en aquella ciudad.

La colocación de las placas denominativas de la nueva *Plaza de España*, fue de una solemnidad tan ostensible, que los más acreditados periódicos locales dicen que sobre todo, el momento en que se embanderó la plaza con banderas españolas y argentinas al son de la majestuosa *Marcha Real*, tocada por las bandas unidas del 2.º, 8.º y 10.º de línea, la de la marinería y la de la policía, «no se había presenciado hasta ahora jamás en fiestas análogas celebradas en nuestro país.» La fiesta fue ofrecida al Ministro de España Sr. Arellano y Arróspide, y á la colectividad española, por el Intendente Municipal del pueblo de Buenos Aires, y *La Nación*, órgano del general Mitre, *El País*, órgano del Sr. Pellegrini, y *La Tribuna*, órgano del Presidente general Roca, dicen concordes que «sellará para siempre los lazos de la confraternidad entre españoles y argentinos.» En la solemnidad á que nos referimos, hay una nota que no puede echarse al olvido. Al concluir la ceremonia oficial y después de los discursos consiguientes, el Intendente Municipal dió un estrecho abrazo al Ministro de España, entre las delirantes aclamaciones y aplausos de la multitud; el Secretario de la Intendencia leyó una carta del Dr. Vicente Fidel López, excusando su presencia por padecer una molesta indisposición, y adhiriéndose con todas sus patrióticas simpatías á aquel acto. La importancia de esta adhesión estriba, en que el Dr. López es el autor del *Himno Argentino* mutilado por el decreto Presidencial con el unánime asentimiento de la opinión.

La fiesta del 24 de Mayo ha sido la retribución de la colectividad española de toda la República Argentina, á la supresión de las estrofas hostiles á España del *Himno Nacional*, y á las manifestaciones del pueblo argentino en pro de la consolidación perpetua de los vínculos de confraternidad que han de unir para siempre la joven República con su antigua metrópoli. El acuerdo tomado para esta última festividad se li-

mitaba: 1.º á la concurrencia de todas las sociedades españolas establecidas en todo el territorio de la federación, con sus orquestas, bandas musicales y coros, para cantar en la noche del día mencionado, ante las puertas de la residencia presidencial de Buenos Aires (*Casa Rosada*), primero, el *Himno Nacional Argentino*, como ha quedado oficialmente establecido después del decreto del Gobierno del general Roca; segundo, un nuevo *Himno* llamado *de la confraternidad*, cuyas estrofas ha escrito el joven poeta argentino D. Manuel López Weigel, y cuya música es obra del maestro español D. Felix Ortíz y San Pelayo, residente en Buenos Aires. Esta festividad había de ser ofrecida al Presidente de la República, en un discurso pronunciado por el *Presidente de la Asociación Española* de la capital, doctor D. Gonzalo de Segovia. En este acto solemne se había de tributar además al mismo ilustre Jefe del Poder ejecutivo un *Album conmemorativo* por el mayor número de personas de toda condición social, de las que constituyen la colonia española en todos los Estados de la federación, y en cuya cubierta, en una placa de oro grabada por un artista argentino, campearía una expresiva dedicatoria. La demostración festiva se ha llevado, en efecto, á ejecución hace siete días, habiendo concurrido á ella con sus orfeones, rondallas, orquestas y orquestillas, bandas y masas corales, las sociedades siguientes: *Asociación Patriótica Española; La Banyá; Centre Catalá; Centro Gallego de Barracas del Sur; Centro Méndez Núñez; Centro Navarro; Centro Orfeón Asturiano; Círculo Hispanoamericano; Círculo Valenciano; Coral Catalunya; Laurak Bat; Montepío Monserrat; Orfeón Español; Orfeón Gallego; Orfeón Gallego Primitivo; Socorros Mutuos de Barracas; Socorros Mutuos de Buenos Aires; Submarino Peral; Unión Española de mozos y cocineros; Veloz Club Español*, y los directores, redacciones y bandas de los periódicos *Correo Español, Correo de España y Eco de Galicia*.

A la cabeza de la columna, é inmediatamente detrás de la Comisión organizadora, presidida por la Junta directiva de

la *Asociación Patriótica*, marchaban en compactas hileras las delegaciones de las provincias. En esta monstruosa demostración de las masas de los españoles, se agregaron multitud de individuos del país y de otras colectividades de las que más simpatizan en la República Argentina con los españoles. Por último, como complemento de estas fiestas, y para que los sentimientos que en ellas se han desbordado tengan un fin práctico que prolongue más el aliciente del interés, se ha proyectado celebrar en Buenos Aires una Exposición general de productos españoles, á la que confluya la mayor parte de las instalaciones que se han construido para la Exposición Universal de París que se está verificando, y para cuya realización en el acto se suscribieron más de doscientos mil duros de capital, nombrándose á la vez las Juntas organizadoras de programa y ejecutivas. El pensamiento de esta Exposición abarca, no sólo los productos de la naturaleza y la industria, sino todas las esferas del saber y del arte; para lo que se introducirá en el programa, como elemento importantísimo de atracción y de estudio, la reproducción de escenas locales de aquel y este hemisferio, dentro de las razas aborígenes y la que fue colonizadora, cuadros de costumbres y otros objetos vivos de la etnografía de los dos pueblos hermanos.

Aunque no en esta intensidad de demostraciones y entusiasmos, el crucero *Río de la Plata*, después de haber hecho la navegación del Magallanes por los canales de Smitt y empleado en ella diez días desde Punta Arenas á Talcahuano, sopor- tando dos fuertes temporales que pusieron á prueba sus condiciones marineras, y permaneciendo en Talcahuano otros quince días para repostarse de carbón de Cardiff, que le fue ofrecido galantemente por el gobierno de Chile, desde esta última población ha venido siendo objeto de una serie de obsequios dispensados á su tripulación, así por las autoridades locales, como por las colectividades españolas allí residentes, que los periódicos de Concepción, Santiago y Valparaíso menudamente describen, y por lo que se demuestra que los sen-

timientos fraternales de mutua atracción en todas partes de América, son tan poderosos y espontáneos, que á poco esfuerzo de intención y de perseverancia podría abrirnos recíprocos horizontes de una amistad y comunicación indestructibles. El primer banquete ofrecido á nuestros marinos al penetrar en las aguas del Pacífico, fue el que les dió el Intendente de la provincia de Talcahuano, en el que por parte de los que dispensaron y por parte de los que recibieron el obsequioso agasajo, se ostentó la gallardía y distinción de raza que tan potentemente reacciona en América, en expresiones de entusiasmo y afecto hacia la que fue madre civilizadora de tantos pueblos ilustres. Esos obsequios no han cesado un momento durante la navegación que el *Río de la Plata*, con la tripulación de que es jefe el Sr. Mac-Mahón, lleva hecha por los nuevos Estados de aquel mar, cuyos lejanos límites fueron descubiertos al mundo por nuestra intrépida exploración. ¡Ójala que estos sentimientos aquí se trataran de hacer más sólidos y eficaces, con pensamientos que hicieran frecuente el cambio de comunicaciones y de intereses de aquellos pueblos con el nuestro! Fuertes son los lazos que crea el amor de la patria ausente, que tal vez no se ha de volver á ver más. Pero el más vulgar sentido político nos empuja á otras empresas de condición más permanente que las expansiones que se exaltan con lo que les lleva en nombre de la patria un día solo de presencia y de recuerdo. En Chile y en el Perú, como en la Argentina y en el Uruguay, el entusiasmo de la visita del *Río de la Plata* se irá desvaneciendo con el tiempo y el olvido. Aprovechemos las circunstancias con iniciativas prácticas. ¿Mas se estudian, por ventura? ¿Ha nacido aquí ni un solo proyecto en situación tan favorable? Tal vez para el *Congreso hispanoamericano* del próximo mes de Noviembre se reserven todos los proyectos y todas las iniciativas prácticas; pero, entretanto, séanos lícito desconfiar. A estas horas ¿se sabe por nadie qué delegaciones enviará la Argentina y el Uruguay, Chile y el Perú? ¿Se sabe qué ilustres personalidades de aquellos países

vendrán á prestar el concurso de sus talentos al éxito de la prometida Asamblea? ¿Se sabe qué problemas, ya de interés moral, ya de interés material, serán sometidos á acuerdos concordados de unión y de perseverancia?

\*  
\* \*

No será porque no falten cuestiones trascendentales, así en el orden moral como en el de nuestros intereses recíprocos materiales. En el orden moral, la muchedumbre de problemas generales de raza que están sobre el tapete no tiene número. En el orden material, ¡cuanto es necesario hacer para buscar los términos y establecer la base de armonía sobre que se pueden constituir determinaciones útiles y eficaces! Echando la mirada por el vasto campo de las jóvenes nacionalidades hispanoamericanas, siempre, en toda ocasión, en todo momento, en toda actualidad, esos problemas están planteados en formas que inquietan. Sería un error gravísimo querer desfigurar la realidad alarmante de las cosas, con los encomios de algunos esfuerzos aislados y de algunas iniciativas particulares, que siendo muy dignas de alabanza, porque marcan la dirección del camino por donde con unánimes voluntades se podría aspirar á la meta suspirada en los avances del progreso y en la conservación de la personalidad y la independencia de toda la raza de nuestro origen, no son suficientes para contrarrestar las poderosas sugerencias con que, desde otros lados, se deslumbra á aquellas vírgenes sociedades con perspectivas de engrandecimientos que entrañan la inevitable pendiente de la sumisión hasta la absorción.

Méjico es la primera en reconocer la inutilidad de los esfuerzos que hace, con éxitos á la vista, para conquistar en todas las esferas de acción de una nacionalidad independiente la merecida graduación que ya le corresponde en la escala de los pueblos civilizados y civilizadores. Todos los adelantos humanos encuentran inmediatamente en la República que pre-



side el General Porfirio Díaz calurosa naturalización, segunda naturaleza. Pero en las empresas que en Méjico se promueven se hace imposible evitar la máxima participación que se atribuye el espíritu emprendedor, el espíritu astuto y el oro norteamericano. Estos intereses que de fuera vienen á pretexto de fomentar los intereses de Méjico, jamás renuncian á los intereses ulteriormente políticos del país de donde proceden. Perpetuamente permanecen extranjeros en el país donde se asientan, amparados de las inmunidades de su bandera, sosteniendo con ella el principio de la absorción pacífica á que tienden y haciendo preponderar sus caracteres distintivos de raza sobre los originales de la nación que admite su residencia, su explotación y su influjo. Esa invasión mañosa de intereses que algún día pueden colocarse en completo antagonismo con los intereses nacionales del país que admite su residencia, y crear los conflictos que pongan en peligro su propia seguridad, ya empieza á notarse por los hombres observadores de Méjico, y la nación comienza á tener conciencia de la perspectiva ominosa que se le prepara. Ya hay en Méjico periódicos mejicanos que escriben: «Entre las manifestaciones de la conquista pacífica por el yankee para apoderarse de Méjico, cuenta la pretensión de acostumbrar al comercio y á la industria á anunciar los giros, las mercancías en venta, los productos manufacturados, las compañías que forma y las empresas que acomete, en su idioma inglés. El yankee que abre una tabla de carne de res ó de puerco, una tienda de vinos ó de antigüedades, ó funda una compañía bancaria, minera, ferroviaria, de explotación de terrenos, etc., anuncia en inglés su título ó razón social, en los periódicos, en todas partes. La conquista hecha por las armas, si más rápida y desde luego dominadora, no es ni más ni menos efectiva que la que emplea medios que conduzcan á modificar los sentimientos del pueblo que invade, á hacerle aceptar sus costumbres y á unir al invadido con el invasor por el lazo poderoso de los intereses. El imperialismo yankee sueña con anexionarse á Méjico, y para

ello trata de ir borrando, con maña y poco á poco, las fronteras mejicanas y en hacer de las razas hispanoamericanas esclavas de las razas anglo-sajonas, mientras no cuente medios suficientes para destruirlas. Méjico no da á los Estados Unidos, desde que hace más de cincuenta años nos arrebataron una tercera parte de nuestro territorio, pretexto de ninguna clase para que nos invadan, aunque diversas ocasiones ellos lo han buscado con todo ahinco; pero á semejanza de los zapadores que despejan el camino para el avance del fuerte del ejército, el capital de la Unión Americana se derrama sin cesar en Méjico, cruza su territorio de vías férreas, establece fábricas y empresas de explotación lucrativas, se interesa en la propiedad del suelo que produce, se va apoderando de todo el comercio por menor y marítimo, solicita de continuo privilegios que subordinan los intereses nacionales á los intereses yankees, y poco á poco Méjico va quedando cautiva de los intereses extranjeros que el día del menor trastorno ó de la menor oposición pueden dar origen á reclamaciones que lleven por secuela la inminencia de una intervención. Entre tanto la invasión pacífica crece sin que tienda jamás á compenetrarse con nosotros. El colono yankee llega acompañado de su mujer para no verse en la necesidad de formar familia con la mujer mexicana, y la mujer norteamericana que viene sola á Méjico no busca compañero sino en los de su propia nacionalidad. Si tienen hijos, ni los educan ni los emplean entre nosotros, de quienes no toman ni aun el idioma, sino que de niños los envían á educar en su país, donde cuidan de que se establezcan, permaneciendo perpetuamente extranjeros de la nación á donde vienen á hinchar sus fortunas. Y aun en el círculo que entre nosotros mismos forman, intentan imponer las costumbres de su patria, sin acomodarse en nada á las nuestras, ni constituir sociedad, ni trabar amistad sino con los de su raza. La producción de los Estados Unidos inunda nuestro mercado sin proporcionar la baratura en precios para hacerlos preferir á los que antes recibíamos de Europa, sino por la imposición

de la proximidad, la inundación de sus productos y la exclusión á que obligan á todas las banderas, pudiéndose decir que en las leyes de nuestro comercio se han arrogado y ejercen en nuestros propios puertos mayor imperio que la nación soberana á cuyos derechos debieran someterse. Los modales, las diversiones, los espectáculos, los juegos, los ejercicios físicos y los hábitos que no están de acuerdo con nuestro carácter nacional ni con nuestros antecedentes étnicos y de herencia, trabajan con tesón por que se adopten y se vulgaricen sin examen y sin placer, por quienes ignoran lo que vale la personalidad que se caracteriza por las prendas y los sentimientos tradicionales de raza y de nacionalidad, y que se derivan de las energías que han constituido el cuerpo libre é independiente de una nación. Es preciso abrir los ojos ante esta amenaza insensible y ante esta invasión que se va apoderando de nosotros y enervando nuestras cualidades distintivas de raza y de pueblo libre é independiente. Es preciso que, ante las previsiones de un porvenir que se nos presenta preñado de peligros, nos apresuremos á levantar murallas de defensas propias para resistir desde un principio las fuerzas de la sagacidad que emplean los yankees, que cada día en mayor número afluyen á nuestro territorio, en el que, aunque lo explotan con grandes beneficios, permanecen siempre como extranjeros, y que, sin embargo, tratan de llevarnos insensiblemente por un camino funesto, á cuyo término y en no largo plazo está visiblemente la pérdida de nuestras costumbres particulares, de nuestros sentimientos de raza y de nuestra libre nacionalidad.»

\*  
\* \*

Si en Méjico, periódicos inspirados en el más puro patriotismo, como *El Universal*, *El Tiempo* y otros, hablan ya este lenguaje de visible azoramiento ante los problemas oscuros que en toda América se levantan á los destinos de nues-

tra raza, ¿qué habrá que decir de lo que sucede en el Centro, tomando pie en la cuestión de los caminos interoceánicos? Si el tratado John Hay-Pauncefote del 5 de Febrero último, que ha anulado, en todas sus bases fundamentales de salvaguardia y garantía, el tratado Clayton-Bulwer de 19 de Abril de 1850, daba ya motivo bastante para meter en un puño el ánimo de las pequeñas é indefensas nacionalidades del Centro América, ¿qué efecto deberá de haber producido en ellas el espíritu del proyecto del canal de Nicaragua que el 5 de Mayo último habrá sido aprobado por la Cámara de los Representantes de Washington? El Presidente de los Estados Unidos ha sido autorizado por este proyecto para adquirir de las Repúblicas de Costa Rica y de Nicaragua, á las que ya en ese documento sólo se llama *Estados*, como si formaran ó estuvieran próximas á formar parte de la gran federación, el dominio de una parte de su propio territorio para excavar en él, construir y proteger un canal de profundidad y condiciones suficientes para la navegación de los barcos de mayor tonelaje y calado que en la actualidad se usan, debiéndose extender este canal desde un punto situado cerca de San Juan del Norte (Greytown) en el mar Caribe, vía lago de Nicaragua, á Brito en el Océano Pacífico. La anchura de esta faja de terreno no será menor de cinco millas en el interior, y tres en las costas; y cuando se haya obtenido el pleno dominio para los Estados Unidos sobre el territorio á que se ha hecho referencia, la *Secretaría de la Guerra* del Gobierno norteamericano procederá á los trabajos de excavación, construcción del canal y vía acuática por la ruta y en la forma mencionadas, con todas las esclusas y demás aparatos necesarios para el tránsito de los buques, más puertos cómodos y seguros á las extremidades de dicho canal, y aquellas *obras de defensa* que se consideren necesarias en el Estado Mayor militar de la gran República del Norte, para la seguridad y protección del canal y sus puertos.

El tratado Hay-Pauncefote, al que, según las declaraciones que officiosamente han hecho por medio de los periódicos

de carácter internacional todas las potencias de Europa, se adherirán los Gobiernos todos de los dos mundos, sin exceptuar el de Francia, que desmayadamente quiso sostener un principio de protesta reclamando la necesidad del control internacional sobre el canal interoceánico, parece que asegura, dejando subsistente el artículo 8.º del tratado Clayton-Bulwer en toda su integridad (1), la absoluta certidumbre de que el canal de Nicaragua, aun siendo propiedad exclusiva de los Estados Unidos, será en toda ocasión un camino comercial y en ninguno una vía estratégica; mas desde el momento en que el Gobierno de Washington ha rehusado atender las indicaciones de Inglaterra que ha pretendido cooperar á los gastos de las obras, compartiendo la igualdad de derechos entre las dos naciones, se ha obstinado en que así su apertura como los capitales que en ella se inviertan sean exclusivamente norteamericanos y ha resuelto á toda costa hacer suya también exclusivamente la ancha faja del territorio que atraviere, exigida á los Gobiernos soberanos de Nicaragua y Costa Rica, deja anulado por su base de hecho y de derecho el sostén del equilibrio en el istmo centroamericano, y hasta la garantía de que la independencia de aquellos territorios, no menoscabada por las exigencias ó las imposiciones de un poseedor extraño y poderoso, no abriría resquicio por donde se pudiera ver comprometida así la personalidad y la independencia de los dos Estados á quienes se obliga al sacrificio de su integridad territorial, sino las demás Repúblicas vecinas, cuya autonomía peligra

---

(1) La Prensa española no ha publicado hasta aquí ni el texto del tratado Hay-Pauncefote, ni el artículo subsistente del tratado Clayton-Bulwer. He aquí uno y otro documentos:

«Su Majestad la Reina del Reino Unido de Gran Bretaña é Irlanda, Emperatriz de la India, y los Estados Unidos de América, deseosos de facilitar la construcción de un canal marítimo que una los Océanos Atlántico y Pacífico, y de remover á ese fin toda objeción que puede surgir de la convención de 19 de Abril de 1850, comúnmente llamada Tratado Clayton-Bulwer, á la construcción de dicho canal, bajo los auspicios del Go-

por la solidaridad de los intereses de toda la región prolongada y casi aislada que se sitúa entre los dos grandes continentes de América. ¿Qué mucho, por lo tanto, que después de haberse hablado de resistencias á la cesión de estos dominios,

bierno de los Estados Unidos, sin debilitar el principio general de neutralización establecido en el art. 8.º de aquella convención, han nombrado para ese objeto por sus plenipotenciarios:

El Presidente de los Estados Unidos, á John Hay, Secretario de Estado de los Estados Unidos, y S. M. la Reina de la Gran Bretaña é Irlanda, Emperatriz de la India, al muy H. Lord Pauncefote, G. C. B., G. C. M. G., Embajador extraordinario y Plenipotenciario de S. M. en los Estados Unidos; los cuales, habiéndose comunicado sus respectivos plenos poderes, que se hallaron estar en debida y propia forma, han convenido en los artículos siguientes:

Artículo 1.º Queda convenido que el canal puede ser construído bajo los auspicios de los Estados Unidos, ó directamente á su propia costa, ó por donación ó empréstito de dinero á individuos ó corporación, ó por medio de suscripción ó compra de títulos ó acciones; y que, con sujeción á las disposiciones de la presente convención, el dicho Gobierno tendrá y gozará de los derechos incidentes á dicha construcción, igualmente que el exclusivo derecho de proveer á la regulación y manejo del canal.

Art. 2.º Las altas partes contratantes, deseando conservar y mantener «el principio general de neutralización», establecido en el art. 8.º de la convención Clayton-Bulwer, adoptaron, como bases de dicha neutralización, las siguientes reglas, substancialmente como se encuentran en la convención entre la Gran Bretaña y ciertas otras potencias, firmada en Constantinopla el 29 de Octubre de 1888, para la libre navegación del Canal marítimo de Suez, á saber:

1.º El Canal estará libre y abierto, en tiempo de guerra como en tiempo de paz, á buques de comercio y de guerra de todas las naciones, en términos de completa igualdad, de modo que no habrá diferencia contra ninguna nación ó sus ciudadanos ó súbditos, respecto de las condiciones ó gravámenes de tráfico ó de otra especie.

2.º El Canal jamás será bloqueado, ni se ejercerá ningún derecho de guerra, ni se cometerá ningún acto de hostilidad dentro de él.

3.º Los buques de guerra de un beligerante no repondrán sus provisiones ni tomarán otras en el Canal, excepto en cuanto sea estrictamente necesario, y el tránsito de dichos buques por el Canal será efectuado con la menor dilación posible, de acuerdo con las disposiciones en vigor, y

después de haberse amenazado con la usurpación y la ocupación violenta, después de haberse echado á volar la especie de que los Gobiernos de Nicaragua y Costa Rica al fin deferían y prestaban su asentimiento á *arrendar* á los Estados Unidos,

únicamente con la intermisión que resulte de las necesidades del servicio. Las presas quedarán, en todos respectos, sujetas á las mismas reglas que los buques de guerra de los beligerantes.

4.º Ningún beligerante embarcará ni desembarcará tropas, municiones de guerra ó materiales de guerra en el Canal, excepto en casos de impedimento accidental del tránsito, y en tal caso, se resumirá el tránsito con todo el despacho posible.

5.º Las disposiciones de este artículo se aplicarán en las aguas adyacentes dentro de tres millas marítimas de uno ú otro extremo. Buques de guerra de un beligerante no permanecerán en esas aguas más de veinticuatro horas en cualquier tiempo, excepto en caso de avería, y en ese caso, partirán tan luego como sea posible; pero un buque de guerra de un beligerante no partirá dentro de las veinticuatro horas de la partida de un buque de guerra del otro beligerante.

6.º Los útiles (the plant), establecimientos, edificios y todas las obras necesarias para la construcción, mantenimiento y operación del Canal, se considerarán parte de él para los fines de esta convención, y en tiempo de guerra como en tiempo de paz, gozarán de completa inmunidad de ataque ó daño por parte de los beligerantes y de actos calculados para perjudicar su utilidad como parte del Canal.

7.º No se erigirán ningunas fortificaciones que dominen el Canal ó aguas adyacentes. Los Estados Unidos, sin embargo, quedarán en libertad de mantener, á lo largo del Canal, la policía militar que sea necesaria para protegerlo contra actos ilegales y desórdenes.

Art. 3.º Las altas partes contratantes, en cuanto se verifique el canje de ratificaciones de esta convención, lo pondrán en conocimiento de las otras potencias y las invitarán á adherirse á ella.

Art. 4.º La presente convención será ratificada por el Presidente de los Estados Unidos, mediante el parecer y consentimiento del Senado, y por Su Majestad Británica; y las ratificaciones serán canjeadas en Washington ó en Londres, dentro de seis meses de la fecha, ó antes si fuere posible.

En fe de lo cual, los respectivos plenipotenciarios han firmado esta convención y puesto en ella sus sellos.

Hecha por duplicado en Washington A. D. 5 de Febrero de 1900.—  
*John Hay.—Pauncefote.*»

*por un plazo de dos siglos*, el territorio necesario para la excavación, después de haber ponderado la excelente disposición de los Presidentes de las dos Repúblicas, y aun los de las Repúblicas hermanas y limítrofes como el Doctor Zaldívar, del Salvador, á prestarse á la cesión que se les reclame y á cuya pretensión obliga ya la proposición votada el 5 del pasado Mayo en la Cámara de representantes de Washington al Presidente de los Estados Unidos, de súbito el telégrafo de los dos mundos haya anunciado los trabajos que con grandes esperanzas de éxito se llevan á cabo en la América central para incorporar totalmente los cinco Estados que la constituyen á la gran federación del Norte, á cuyos trabajos contribuían después de una reunión numerosísima celebrada en Nueva Orleans hombres políticos de la mayor importancia de Guatemala, el Salvador, Honduras, Nicaragua y Costa Rica, que ya han sido en sus patrias respectivas Presidentes de República, Ministros, Generales, representantes de sus Asambleas y otras notabilidades?

La cuestión es que la tenacidad de los Estados Unidos en sostener las ideas que conciben; la perseverante acción con que persiguen su realización; la suma de medios ya sagaces, ya coercitivos, de que disponen y emplean, y la imposibilidad absoluta de la resistencia entre sociedades nacientes, enanas, discordes, indefensas y el Hércules del Norte, dotado de las fuerzas colosales de su cohesión, de su prosperidad y de su audacia, amilana á los que no han tenido previsión para ver de lejos los peligros, y si los han vislumbrado, nada han hecho para conjurarlos, enfrascados y enervados en las luchas sin nombre de sus rivalidades intestinas; que estas rivalidades, manejadas desde invisibles reductos por el sagaz gigante, han mantenido esas sociedades en el grado de impotencia moral y material en que vegetan, y que así como de trámite en trámite se ha ido descendiendo desde la primera actitud de resistencia á todo conato de intentar contra la integridad de sus dominios territoriales á las declaraciones de los Zelayas, de



los Zaldívar, de los Regalado, que ya anuncian hasta con júbilo que sus países respectivos ven con más simpatía la dominación del Canal en proyecto por los Estados Unidos, que la protección que pudiera dispensarles ninguna potencia de Europa; del mismo modo, cuando en la esfera de las negociaciones oficiales y de las vías de hecho se plantee el problema en perspectiva de la anexión y de la absorción, y sobre todo, después que el Poder ejecutivo de la gran República del Norte se vea compelido á proceder en obediencia de lo que dicten el Senado y la Cámara representativa, cuyo voto anexionista desde ahora debe ser esperado, primero se pretextará la resistencia, después se pedirán condiciones, y, al cabo, la absorción se verificará, sin que la protesten más que aquel número insignificante de hombres que en toda causa humana antes se proscriben voluntariamente hasta de su hogar y de sus intereses, que transigir con la injusticia.

\*  
\* \*

PERTENECE A LA BIBLIOTECA DEL  
CONSEJO NACIONAL DE ECONOMÍA

Como las promesas deslumbradoras de los canales interoceánicos, que todavía no se hallan en vías de ejecución material, á pesar de tantos estudios técnicos, de tantos cálculos económicos, de tantas comisioness de la Cámaras, de tantas disputas de la prensa, de tantos Tratados de la diplomacia y de tantas negociaciones de Gabinete, son todos esos grandiosos proyectos con que de continuo los Estados Unidos aturden la incauta fe é inflaman la fácil admiración de sus pobres y jóvenes hermanas latinas las Repúblicas del Sur. El canal interoceánico del itsmo aún no se halla sino en proyecto; pero la cuestión formal que á su sombra está planteada, es la de la próxima desaparición de los Estados latinos en que se halla dividida la América Central, para que vayan á ser engullidos en las deformes fauces del monstruo yankee. Toda la América de nuestra sangre se halla persuadida de esta irresistible conclusión del gran problema. ¿Pero escarmientan por ello? ¿Po-

nen algo de su parte para prevenir, para atajar sobre sus propias cabezas igual peligro? Colombia perece en desoladoras convulsiones revolucionarias; Venezuela, que está muy lejos de tener asegurada la paz de su propia casa, ayuda á los agitadores de su hermana y vecina; de la amenazada Nicaragua, salen contra la antigua capital de la gran Colombia las expediciones armadas, que van á dar pretexto para que en Washington suene la palabra *intervención*; Alfaro, que tiene en entredicho las islas Galápagos, y que estaría siempre muy lejos de ser una excepción en el naufragio común, permite que las fronteras del Ecuador sean el refugio de los revolucionarios criminales colombianos, á quienes colocan fuera de las leyes de toda simpatía los horrorosos delitos, los repugnantes actos salvajes que llevan cometidos en los seis meses que hace tienen convertida su pobre patria en un lago de sangre y en teatro de horror; y allá, en la parte austral, donde parecía haber sentado su trono salvador la prudencia, la vigilancia, la precaución y el patriotismo, las resoluciones encaminadas á estrechar los vínculos de la unión y de la cordialidad se relajen, las rencillas de vecindad se vivifican y crean esa mansa inquietud política, económica, social, en que viven, sin excepción, el Brasil y las Repúblicas del Paraguay y de la Plata, y las asentadas detrás de la cordillera en las riberas Pacíficas y en las cumbres de los Andes, paralizando el movimiento progresivo de sus mejoras interiores, debilitando sus fuerzas de resistencia y de defensa y abandonando á las debilidades de exigidas complacencias los medios reconstructivos de aquel poder con que aun apenas hace dos años llamaban sobre sí la atención del universo.

Ya están extenuadas, si no rotas, las patrióticas reconciliaciones de Punta Arenas. La retribución de la visita del general Roca á Río Janeiro, se dilata siempre en específicas excusas. Chile y el Perú vuelven á atizar sus antiguos odios, y entre las dos hermanas limítrofes las relaciones diplomáticas por la cuestión de Tacna y Arica lleva por el camino inevitable

de nuevas complicaciones. Bolivia insiste en su pretensión de obtener un puerto á donde hacer bajar de sus altas cumbres los riquísimos frutos de su suelo á las aguas del Pacífico, mientras en las fronteras brasileñas el problema de la usurpadora República de Acre la pone en la pendiente de conflictos en los que aún ignora, si, herida por la espalda, los sindicatos norteamericanos monopolizadores de sus preciosas gomas, le pondrán al cuello los proyectiles de dinamita en la lejana República de la Unión del Norte. Pero ¿quién desconfía quién no responde á sus mimosos llamamientos, quién no se rinde pasmado á las promesas grandiosas de su fecunda invención?

Detrás de los proyectos de los canales interoceánicos, que todavía no existen sino en los fracasos de Panamá y en los planes de Mac-Kinley, aparece otro proyecto de interés universal americano aún más gigante: *el ferrocarril interpolar*. ¡Ahí no es nada! Un ferrocarril que, partiendo de Nueva York, una esta ciudad mercantil con Buenos Aires, y cuando la Patagonia se una con Chile en el Sur y con el Canadá al Norte, un ferrocarril que tendrá sus dos extremidades en los hielos polares del Sur y del Norte. ¡Ahí es nada! ¡2.094 millas de camino férreo en los Estados Unidos; 1.614 en Méjico; 169 en Guatemala; 220 en San Salvador; 71 en Honduras; 205 en Nicaragua; 360 en Costa Rica; 1.365 en Colombia; 668 en el Ecuador; 1.785 en el Perú; 587 en Bolivia; 1.050 en la Argentina! ¡Digo! ¡Un trayecto de 10.221 millas de ferrocarril panamericano! ¡La absorción universal por los Estados Unidos de todos los productos comerciales de América entera! ¿No es esto para perecer de admiración? ¡Atrás, Europa! ¡Todo, todo americano y todo sometido á una nueva é inmensa confederación, la confederación de los Estados Unidos del Norte! ¡Así como así, una especie de Imperio ó de República Universal en América, como el Imperio Universal que jamás pudieron realizar en el viejo mundo, después de Roma, ni el Pontificado, ni el Imperio Apostólico, ni la Monarquía de Carlos V y de Felipe II, ni la Monarquía de Luis XIV, ni el Imperio de Napoleón, ni

el Imperio de lord Beasconfield! ¡Qué grandeza de pensamiento! ¡No hay más allá! ¡Sobre todo si ese Imperio ó República universal panamericana lleva el signo de la raza sajona y piensa y habla en inglés!

\*  
\* \*

Aunque los pueblos hispanoamericanos no puedan resistir el deslumbre de tanta fascinación, justo es que, abatiendo un poco las alas de lo que les seduce, observen con calma en torno de sí, analicen la realidad de lo que sucede, y se dispongan á óptimas prevenciones. Méjico se alarma en medio de la normalidad y de los progresos que alcanza en su vida civil; el Centro siente el collar que le aprieta la garganta; Colombia, Venezuela y el Ecuador, se miran desoladas por sus perturbaciones políticas, sin que tengan el valor de denunciar la mano alevosa y oculta que las mueve, aunque la vean; entre el abrazo de Chile y la Argentina se puso la astucia de Buchanam; entre los brazos de la Argentina y el Brasil se colocan gérmenes de descomposición; al Perú se le excita contra Chile; á Bolivia se le amenaza con acabar de desgarrarla en las afluencias del Amazonas. ¡Hay que pensar en sí mismos! ¡Hay que que ver claro y pronto! ¡Hay que dictar la fórmula de la unión!

Nosotros, que deseamos dar en Madrid el abrazo más estrecho á todos nuestros hermanos de América, ¿podremos halagar la idea de que esa fórmula surja en Madrid?

IOB.

# REVISTA DE REVISTAS



SUMARIO.—LITERATURA: Siluetas contemporáneas: Gabriel de Annunzio.—Siluetas parisienses: José María de Heredia.—El asedio del crítico.—Los clichés de estilo.—PSIQUIATRIA: Los hombres de genio.—HISTORIA POLÍTICA: El imperialismo inglés.—ENCICLOPEDIA: En la linde de dos siglos.—POLÍTICA INTERNACIONAL: Brunetière, Deschanel, Francia y el Vaticanismo.—IMPRESIONES Y NOTAS: Las tendencias actuales de la literatura italiana.—La Exposición de París y sus atractivos.—El amoníaco en los incendios.—El papel como abrigo.—Cómo encuentran las hormigas su camino.—La censura en Rusia.—Una leyenda sobre la peste.—El periodismo en Europa.—La evolución histórica del carácter de Ulises.

## LITERATURA

SILUETAS CONTEMPORÁNEAS: GABRIEL DE ANNUNZIO.—En las novelas de Annunzio—dice Zadig en la *Revue Bleue*—apenas hay más que una cosa prodigiosamente provocativa, y es la personalidad misma del escritor. Se dice que no hay gente más vacía que la que está llena de sí misma; no hay seguramente novelas más vacías que las de Annunzio, porque sólo están llenas de su autor.

Un cómico no tiene personalidad; Annunzio tampoco tiene personalidad literaria. Desde su juventud ha recorrido todas las literaturas, tratando de imitar á alguien para ser original, no habiendo nadie que haya sufrido más influencias que él, resumiendo en sus obras, como arlequín literario, á todos los escritores contemporáneos, entregándose á las más contradictorias imitaciones y adornándose con todos los colores de moda. Transporta dinamarqueses y belgas, ingleses, alemanes y hasta rumanos, á fin de parecer el más ingenioso de los no-

velistas italianos, y Bourget, Tolstoi, Peladan, Nietzsche y Ruskin se encuentran y se reconocen en sus libros. Y así es Annunzio psicólogo, ó moralista, ó pesimista, ó jocosos, ó naturalista, ó idealista. Sólo carece de sinceridad.

No es, sin duda, despreciable aptitud la de poderse asimilar ó copiar tantos escritores tan diferentes. Pero ¿qué prueba, sino que Annunzio no tiene concepción personal de la vida, ni conocimiento particular de los hombres? Entonces, ¿por qué escribe? ¿Juzga necesarias sus elaboraciones novelescas, que revelan la más absoluta abdicación intelectual y moral? ¿Y cómo tras semejante humildad se muestra en seguida tan vanidoso?

Después de haber imitado á los escritores de todas las latitudes, Annunzio se imita á sí mismo, no viendo ya á nadie en el Universo, y estudiando en sí mismo la última maravilla descubierta. ¡Y con qué procedimientos! Annunzio es apto para todo, menos para novelista: es poeta como nadie, y más artista que poeta, no siendo dudoso que es pintor, y siendo magníficamente orador. Todo cuanto escribe es lírico, á menos de que sea épico; en todo caso, su lirismo es épico cuando le conviene, y siempre fácilmente sublime; y por añadidura es dramático en sus novelas; pero en cambio en sus tragedias ¡perdonad, si todavía bostezo como han bostezado en Francia todos los espíritus distinguidos, aunque algunos pretendieran bostezar de admiración!

Se ve que Annunzio es hombre de genio; y, sin embargo, no ha inventado nada, prolongando y exagerando un antiguo error. Escribe novelas que apenas son narraciones, sino sensaciones, impresiones, descripciones, pinturas ó disertaciones, novelas de aficionados á las letras ó á las artes, pero no novelas de novelista.

Y Annunzio escribe novelas de amor, porque ha amado mucho y le han amado mucho, sin que se oculte de decirlo; todo lo contrario; lo dice y lo pregona: amó y fue amado, ama y le aman, y si por casualidad ocurriera que se cansara de

amar, no podría ocurrir que se cansaran de amarle. Y su amor se despliega en epítetos, porque el nuevo D. Juan es demasiado charlatán para ser activo, y no hace nada, ni siquiera chiquillos, siendo sus transportes esencialmente verbales y verbosos, sensualidad redundante y prolija, de la que el verdadero D. Juan si viese al Stello Effrena de *Il Fuoco* se reiría. Cuando el joven poeta Stello Effrena, que es además un novelista genial, un genial ateneista y un dramaturgo genial, ama á la antigua trágica Foscarina, es evidente que la naturaleza misma no podría permanecer indiferente, y Annunzio asocia entonces la naturaleza al amor.

Existe entre los sentimientos y el barómetro poética armonía, y el amor mismo es higrométrico, porque el amor de los días de lluvia no se parece al de los días de sol. Y se explaya bajo la irradiante limpidez del cielo italiano y resplandece en su azul... ¡y adelante el sol, y las estrellas, y la luna, y los canales, y las lagunas, y las góndolas, y en las góndolas los gondoleros, y el amor, y la belleza, y los antiguos cuadros que se ven en los antiguos museos de los antiguos palacios, y el arte, y el amor, y la belleza, y la Umbría y la Toscana, y Pisa sobre todo, y sobre todo Florencia y Venecia la bella, y patatín, patatán!... Y es admirable que Annunzio gaste tantas facultades poéticas, artísticas, amorosas y otras, para llevarnos á la conclusión de que las góndolas son barcos. ¡Y cuánto amor en estas novelas de amor! ¡Cuántas palabras y cuántas frases!

Las mujeres son las que nos han impuesto á este verboso transalpino. La sociedad aristocrática, en su presuntuosa ignorancia de cosmopolitas sin discernimiento, iguala al que siembra ideas con el que arroja palabras al viento, á un Annunzio con un Tolstoi. Los salones no son hoy más que Hoteles de Ventas de las glorias literarias, y sin mesura en sus entusiasmos hicieron insolente y mortificante el triunfo de Annunzio, triunfo efímero por otra parte, pues Annunzio fue reemplazado en seguida en el favor de las que forman el gusto

francés, y ya se ha olvidado el nombre del moldo-válaco que le sucedió.

\*  
\* \*

SILUETAS PARISIENSES: JOSÉ MARÍA DE HEREDIA.—Aunque estemos bien convencidos—dice Zadig—de que las formas políticas son en la vida de un pueblo mucho más importantes que las formas poéticas, nos choca más una modificación en la forma de los versos que en la forma de Gobierno. La poesía irregular es prosa avergonzada de sí misma. Es mucho más seductora nuestra poesía tradicional, y por eso nos encanta la armonía lentamente elaborada de los versos de Heredia.

Heredia posee, ante todo, una imaginación prodigiosa que se alimenta del espectáculo de todas las edades, de la mitología y de la historia, y que al mismo tiempo se empapa en la filosofía. Verdad es que Heredia sorprende, sobre todo, el aspecto exterior de las cosas; pero ¿no es eso lo que los hombres y hasta los poetas pueden conocer con exactitud? Toda la labor de Heredia es como un resumen de la historia legendaria ó verídica del mundo, y en la vida universal apenas hay más que una fuerza natural cuyos efectos omite decir este poeta filósofo: el amor; y en verdad que debe agradecersele este olvido.

Heredia tiene sorprendente gusto por las ideas claras y los espectáculos sencillos, y como sólo lo que puede resumirse es preciso y bien determinado, por eso Heredia no abandona nunca la forma del soneto. Es mucho más difícil no poner nada en un soneto que en un largo poema, y la proligidad es mucho más temible y funesta en un soneto que en cualquiera otra forma; ambos vicios literarios son ignorados por Heredia, y en ninguna parte se encuentra más plena brevedad que en sus obras: poesía sonora y coloreada, vigorosa y regular, en que las palabras traducen exactamente las cosas; y cuya armonía, interior y exterior á la vez, conquista los corazones encantando el oído con su belleza clásica.



La personalidad de Heredia es muy característica, distinguiéndose de todos sus contemporáneos por su excepcional facultad de «concentración» literaria. No ha escrito más que una sola obra, pero de gran superioridad. Hemos perdido el gusto de profundizar, y como no se resume sino lo que se profundiza, no sabemos ni podemos ya resumir; nuestra literatura parece por el «desarrollo»: poetas y prosistas todos son fecundos y prolijos hasta el exceso. Sólo Heredia prolonga la tradición clásica de la medida, escribiendo poemas en corto número y poemas cortos.

¡Y cuán cierto es que el nombre mismo, sonoro y armonioso de Heredia completa la armonía de su personalidad y de su poesía, fundido todo en indestructible unidad! No hay género literario más fácil de imitar que el «género Heredia»; pero tampoco lo hay cuya imitación haga resaltar más el valer del modelo. Heredia y Sully Prudhomme son los últimos representantes de una raza aniquilada por las condiciones sociales en que vivimos: hoy un poeta sólo lo es hasta los treinta años; después, si la poesía subsiste en el hombre, el poeta muere, y de sus cenizas nace el prosador. Heredia, por fortuna, ha sido, y es, exclusivamente poeta.

\*  
\* \*

EL ASEDIO DEL CRÍTICO.—Luis Forest ha podido hojear un millar de volúmenes pertenecientes al difunto Francisco Sarcey, el insigne crítico, y estudiando sus dedicatorias, ha publicado en la *Revue des Revues* sus impresiones. La posición de Sarcey era tan elevada, y sus relaciones de redacción ó bastidores tan numerosas, que no es extraordinario hallar en su biblioteca libros dedicados por autores enemigos. Entre estas dedicatorias las hay, por lo sencillas, que valen un volumen, como esta, por ejemplo: «A Francisco Sarcey, Catulo Mendes.» Otras, como la de *Yanthú*, del cruel cronista Juan Lo-

rrain, «A Francisco Sarcey—temblando—pero no sin esperanza.—Juan Lorrain», producen no poca sorpresa.

Juan Moreas le envió un libro de versos con estas palabras: «A Francisco Sarcey — en homenaje.» Sarcey cortó la primera página, y al tropezar con el primer verso

Le soir n'est plus des ganses ni de la danse

no debió seguir adelante, y por eso el resto del libro está sin cortar.

Sarcey tenía la costumbre de guardar las cartas de autores relativas á sus libros bajo la portada de éstos. Cartas y dedicatorias tenían por objeto conseguir una mención en cualquier artículo del crítico, y no pocos autores, cuando la mención se hacía esperar, enviaban otro ejemplar de recordatorio.

Las artimañas empleadas para lograr un artículo del poderoso periodista, son poco variadas. La adulación á alta dosis la emplean casi todos, llegando algunos, en su delirio de cortesania, á romper su incensario en la sonriente cara del crítico. Las fórmulas con que terminan las cartas, son las corrientes, siendo de notar en los encabezamientos la diferencia entre los parisienses, que suelen llamar á Sarcey «querido maestro», y los provincianos que, con raras excepciones, le llaman siempre «*Monsieur*» ó «*Cher Monsieur*».

En los libros, las fórmulas de dedicatoria son algo más variadas: «A Francisco Sarcey, homenaje de profundo reconocimiento y viva amistad», de Juan Aicard, en *Otelo*; «Al más espiritual de los críticos, un hombre del 48», de Félix Pyat, en *El trapero de París*; «A mi antiguo amigo, recuerdo de un horno de estimación de su afectísimo» E. Cadol, en *Jacobo Cernol*; «A Sarcey, al dios de los críticos, al crítico de los dioses..... de la escena», Albino Valabregue, en *Matrimonios parisienses*; «Al crítico cuya franqueza lamento», de Julio Leconte, en *El lujo*; «A Fr. Sarcey, tan mal informado, pero tan buen compañero», Feliciano Mallefille, en *Los Escépticos*; «A vos, mi bueno y queridísimo maestro, muy afectuosamente»,

Pedro Wolff, en *Fiel*; «A un tío severo, un sobrino bien educado por él», de Tristán Bernard, en *¡Vamos, señores!*

Entre los medios puestos en juego para conmover al crítico, uno de los más ingeniosos, empleado principalmente por comentaristas de obras clásicas, es el de enviar un ejemplar dedicado al hijo del cronista, el joven Santiago Sarcey. La generalidad de los autores no imploran elogios, deseando únicamente que se ocupen de sus obras, aunque sea para reventarlas, pues como dice uno de ellos, «si yo fuese tan despreciable, no se ocuparían de mí»; otros apelan al recurso de lisonjear el amor propio del autor, diciéndole que sólo á él revelarán su verdadero nombre, oculto por un pseudónimo, ó dándole detalles íntimos acerca del modo con que han escrito la obra, ó consultándole sobre el título, ó dándole el artículo hecho, ó procurando hacer nacer la polémica en torno de su obra acusando á hombres eminentes de plagiarios. Hasta los herederos de hombres más ó menos ilustres solicitan fervorosamente la atención del crítico para lograr un éxito.

El maestro de aldea y el profesor de Universidad, el gramático y el sabio, el gramático y el novelista, el poeta y el cancionero, el rey de la escena y el joven aficionado, todos acudían á Francisco Sarcey, ofreciéndole sus homenajes; y al abrir los libros enviados al crítico, leyendo las cartas que contienen y las dedicatorias y testimonios de reconocimiento que encierran, llega uno á darse cuenta del prodigioso poder del crítico de *El Tiempo*, y se ve uno obligado á inclinarse con respeto ante tan inaudita actividad unida á una erudición verdaderamente excepcional por lo universal y lo profunda, comprendiéndose entonces la justicia con que el mundo entero saludaba y acogía cuanto emanaba de la pluma autorizada de Francisco Sarcey.

\*  
\* \*

LOS CLICHÉS DE ESTILO. — Un *cliché* es la reproducción en relieve de un impreso en caracteres movibles, de modo que

pueda tirarse un número indefinido de pruebas sin nueva composición. Un *cliché* significaría, pues, etimológicamente—dice en la *Revue Bleue* Jorge Pelissier—una frase reproducida con frecuencia. El empleo universal de frases sin cesar repetidas, no basta, sin embargo, para hacer clichés: el refinado Acis de La Bruyère no quiere decir «llueve», por no hablar como todo el mundo; la expresión que usara en cambio, podía llegar á ser un *cliché* mientras que la palabra rechazada no merecerá jamás ese nombre.

Gustavo Flaubert reconviene á Pablo Alexis en una de sus cartas por haber escrito «romper el silencio»; conocido es su aborrecimiento á los lugares comunes, y lo mismo critica el «romper el silencio» de Pablo de Alexis, que censura á Merimée por haber dicho «tomar las armas», lo cual no es obstáculo para que á él mismo se le hayan escapado no pocas expresiones semejantes. Al evitar como clichés locuciones perfectamente sencillas so pretexto de que forman parte del dominio común, se expone uno á reemplazarlas por otras que á veces tienen menos propiedad. Al prohibirnos decir—como lo hace Albalat en su *Arte de escribir en veinte lecciones*—«dirigir una acusación», «se hizo oír un ruido», «no disimuló su deseo», obligándonos á poner en su lugar «acusó», «sonó un ruido», «confesó que deseaba», no siempre se irá ganando en el cambio, porque entre «no disimuló su deseo» y «confesó que deseaba» hay un matiz bastante sensible para que cada expresión conserve su puesto, como un ruido puede «hacerse oír» sin resonar, y «dirigir una acusación» es más expresivo que «acusar»; en tal caso, mejor sería prohibir las expresiones de «hacer perjuicio», «tener envidia», sustituyéndolas por «perjudicar» y «envidiar».

Las Preciosas se cuidaban poco de la brevedad, pero se hicieron ridículas por su odio al cliché; por no decir como cualquiera «despabilad el candil», ó «vamos á comer», decían «quitad lo superfluo á este ardiente» y «vamos á dar á la naturaleza el acostumbrado tributo», creando así los más abo-

minables clichés. La expresión propia y sencilla no es nunca vulgar, y no hay medio de decir «tráeme las zapatillas», de mejor manera que con esa frase. Por eso la lengua científica no tiene clichés, y siempre se dirá que «el camino más corto para ir de un punto á otro es la línea recta».

En los clichés pueden distinguirse dos especies caracterizadas por la falta de personalidad ó por la admisión de una personalidad extraña. Muchos escritores, en efecto, se expresan constantemente por medio de frases hechas, pudiendo ser muy buenos espíritus, pero no artistas; sus escritos no tienen nada de ridículo ni de reprehensible, pero tampoco nada de personal que denote algún modo particular de ver ó de sentir. Los otros tienen color y vivacidad, pero precisamente las frases más brillantes son las que menos soportan el ser repetidas: fueron bellas en su primera frescura, pero redichas resultan ridículas, revelando en quien las repite falta de originalidad y pretensiones estilistas.

Esas expresiones son las que merecen propiamente el nombre de clichés, especialmente las perífrasis y metáforas. Hay, sin embargo, que distinguir; cuando Albina dice á Agripina en *Británico*

¡Cómo! ¿Mientras Nerón *al sueño se abandona*,  
Venís vos á esperar aquí su despertar?

se comete una perífrasis; pero si «se abandona al sueño» se reemplazase por «duerme», esta palabra no expresaría la tranquilidad, el descuido de Nerón contrastando con la inquietud de Agripina; esa perífrasis no es un cliché. Clichés, en cambio, lo son, por ejemplo, «el astro del día» por «el sol», «la líquida llanura» por «el mar», «el fatal lazo» por «la cuerda», «el águila de Meaux» por «Bossuet», «los trabajos de Marte» por «la guerra».

La metáfora produce todavía más clichés que la perífrasis, y el mismo modo de hablar puede ser metafórico para unos y no tener para otros más que una significación abstracta: cuando José Prudhomme dice «el carro del Estado navega sobre

un volcán», estos términos no tienen para él nada de metafóricos; cuando Alberto Wolf decía «hundid el escarpelo en ese talento todo superficie, ¿qué queda en último análisis?, un pelizco de cenizas», el espiritual cronista no veía ninguna de las imágenes que evocaba, como eran invisibles para Malherbe las incoherentes figuras de sus conocidos versos á Luis XIV

Toma tu rayo, Luis, y vé como un león  
A dar el postrer golpe á la última cabeza  
De la rebelión.»

Las locuciones metafóricas en que todavía vive la figura, son las que producen más clichés. Tales son expresiones como «tener la espada de la ley, derramar el veneno de la lisonja, tener sobre los ojos la venda de la superstición, minar las bases del edificio social, sacudir la tea de la discordia, cauterizar las llagas sociales, seguir la corriente de la opinión», etc. Y todavía hay que distinguir entre estos clichés, siendo más ridículos aquellos en que la metáfora ha conservado mejor su valor pintoresco.

Los mejores escritores emplean frases hechas cuando sólo tienen valor lógico: diga Flaubert lo que quiera, seguiremos diciendo «tomar las armas» y «romper el silencio», porque cualquier otra equivalencia sería menos sencilla. No se escribe bien sino cuando se tiene un estilo propio. La originalidad de un escritor consiste, sobre todo, en las imágenes, y precisamente los clichés metafóricos son los que dan vulgaridad al estilo. El buen escritor evita las metáforas hechas, y si no tiene imaginación se contenta con el término propio antes que repetir imágenes anticuadas. En cuanto al gran escritor—Saint-Simón, Víctor Hugo, Michelet—la novedad de sus figuras desconcierta el gusto medio del público, hasta que acaba por imponerlas como naturales.

Sin originalidad pueden hacerse obras estimables, pero no se es escritor. ¿Debe por eso empeñarse nadie en singularizarse? Hay multitud de cosas que un gran escritor dirá lo mis-

mo que un escritor sin genio. Por eso hemos distinguido dos clases de clichés; la regla no consiste en decirlo todo de distinto modo que los demás, sino en expresar su propia visión. Flaubert mismo, resumiendo toda la retórica en la exactitud, decía á su discípulo Maupassant: «Vé á dar una vuelta, y me contarás exactamente lo que hayas visto.» Y si al dar la vuelta, Maupassant tropezaba con algún «fresco rostro» ó «abundante cabellera», ni el discípulo buscaba un epíteto más raro, ni el maestro, con todas sus delicadezas, censuraba epítetos tan comunes.

## PSIQUIATRIA

LOS HOMBRES DE GENIO.—Mucho se discute, especialmente desde la publicación de las teorías de Lombroso, las cuestiones relativas á la naturaleza del *genio*, mereciendo recogerse los últimos trabajos de Grasset, Toulouse, Renda, Sergi y otros muchos, y los artículos publicados por la *Nuova Antologia*, la *Rivista Moderna di cultura*, *Cosmos* y *La Naturaleza*.

Aristóteles había observado ya que la mayor parte de los hombres ilustres de su tiempo padecían atrabilis, reconociendo Diderot que el genio y la locura se tocan, escribiendo Moreau de Tours que el genio es una neurosis, y proclamando Lombroso que el genio es una manifestación no convulsiva de la epilepsia.

El concepto que suele formarse del hombre de genio es el de un hombre superior abstracto, despojado de los caracteres comunes de los demás hombres, que come, viste, ama, conversa y anda de un modo original, sin tener vicio ni defecto alguno, ó si lo tiene, es también un fenómeno singular y propio; es el eterno proceso psicológico del culto á los muertos y de las inscripciones sepulcrales, inconsciente é involuntaria idealización, que, eliminando todos los defectos, sólo perpetúa la memoria de las buenas cualidades. Recuérdese á este pro-

pósito á Napoleón Bonaparte y á María Antonieta. ¿Quién puede hablar de los defectos de Napoleón ni de los vicios de María Antonieta? Uno y otra, en los Inválidos y en la Conserjería, son objeto de culto, y para sus adoradores son figuras inmaculadas. De este concepto del genio ha nacido la reacción contra las investigaciones personales, especialmente contra la teoría degenerativa del genio.

Para Lombroso, el genio es un producto de la degeneración de la especie, y sus obras son el equivalente psíquico de la epilepsia; las convulsiones ordinarias del epiléptico se resuelven en el hombre de genio en creaciones geniales. Aparte del concepto de la degeneración, lo que más se ha discutido en la teoría lombrosiana es la teoría de la psicosis epileptoide, lo mismo en los hombres de genio que en los criminales. Es verdad que la inspiración, como la crisis epiléptica, es instantánea, intermitente é inconsciente, pero lo mismo sucede con las distracciones: el Obispo de Munster, al volver á sus habitaciones cierto día que había salido, leyó en la puerta de su antecámara el rótulo que en tales casos solía ponerse, «Monseñor está ausente», y se sentó tranquilamente, esperando su propio regreso. ¿Era por eso un epiléptico ni un loco? No, sino simplemente un distraído.

Lombroso explica, además, las anomalías y regresiones atávicas del genio por la teoría biológica de la fagocitosis, por la lucha de los fagocitas del organismo, descrita por Roux y Metchnikov, y que produce el predominio de unos órganos á costa de la atrofia de otros; esta explicación, sin embargo, dada en *El hombre de genio*, fue abandonada después en *Genio y Degeneración*, introduciendo Lombroso, bajo la influencia de la obra de Vandervelde y Massart, la evolución regresiva, como explicación del origen del genio.

Las teorías de Lombroso, especialmente la degenerativa y epileptoide, han sido admitidas por Tamburini, Tonnini y Venturi, mientras para Max Nordau el genio es «la primera aparición de un individuo de funciones nuevas, y por ende de nue-



vos tejidos, destinados á convertirse en típicos para la especie entera», concepto que arranca de una aplicación inexacta de la hipótesis darwinica de la fijación por herencia de un carácter divergente.

Según las investigaciones de Galton, el genio es un sér tan raro, que apenas si se encuentra uno entre cada millón ó cada diez millones de hombres; es, pues, como dice Sergi, una divergencia, una anomalía y una excentricidad como la de los idiotas y los criminales; sólo que así como sobre éstos no hay duda de estimarlos como degenerados, respecto al genio las opiniones varían. Si atendiéramos, no á la persona, sino á la superioridad de sus productos y actos, deberíamos decir con Morselli, Nordau y Venturi, que constituyen una divergencia evolutiva y progresiva; y si nos atuviésemos á las abstracciones de los filósofos y sentimentales, debiéramos ver en ellos la perfección humana ideal; pero ni éstos estudian al genio con todos sus atributos humanos, ni aquéllos han podido demostrar el acuerdo de su teoría con la doctrina de la evolución, pues siempre el hombre de genio ha sido cosa rara y excepcional, sin haber jamás constituido raza ni variedad nueva, no quedando en pie más teoría que la degenerativa de Lombroso, que pueda explicar la aparición del genio.

Importa calcular, para no confundir unos hechos con otros, los abusos de energía para medir la resistencia de cada cual: Alejandro Humboldt pudo trabajar hasta los ochenta años sin mostrar agotamiento, y Goethe terminaba la segunda parte del *Fausto* á los ochenta y un años, mientras Alejandro Manzoni, habiendo producido mucho menos, tuvo que dejar de trabajar á los sesenta años. El problema es éste: ¿qué relación hay entre los hechos, los estados degenerativos y la superioridad de espíritu del genio? ¿Son estos hechos causales, simples concomitancias, ó accidentales?

Lombroso no ha tratado de demostrar que la degeneración sea la causa eficiente del genio, pero ese es realmente su concepto; ha encontrado una psicosis epileptoide, pero ésta no

sirve sino para explicar el momento de la creación genial, no la presencia de los caracteres degenerativos. Sintiendo la necesidad de completar su doctrina, recurrió una vez á la teoría fagocítica y luego á la evolución regresiva; pero cualquiera de ambas explicaciones implicaría adaptación y por ende equilibrio en el genio y condiciones favorables á su existencia, y esto se halla en plena contradicción con las doctrinas fundamentales de Lombroso.

Las manifestaciones típicas del genio para Lombroso se realizan en condiciones que confirman su naturaleza epileptoide, por la analogía del acceso epiléptico con el momento de la inspiración, la inconciencia activa y violenta que crea en el genio y se agita espasmódicamente en el epiléptico, y la intermitencia del acceso creador, siempre instantáneo é inconsciente. Las apariencias están todas aquí en favor de Lombroso, adquiriendo gran valor la teoría del *equivalente psíquico* correspondiente á la creación genial y que sustituye en el genio al movimiento convulsivo del epiléptico, concepto profundo que, si no en todos los casos, como cree Lombroso, es fácil comprobar en algunos.

Sergi, sin embargo, niega dos hechos de los apuntados: la instantaneidad y la inconciencia del fenómeno, como condiciones propias y exclusivas del genio. El pensamiento de todo hombre se elabora *siempre* en la inconciencia y se manifiesta en la conciencia cuando está ya formado, surgiendo entonces instantáneamente en todo hombre, hasta la primera edad. Si Newton y Galileo hubieran tenido que llegar al descubrimiento de las leyes naturales por razonamientos voluntarios y conscientes, jamás hubieran encontrado aquellas leyes. Y si no es sostenible el concepto de Lombroso sobre el carácter epileptoide y patológico de la creación genial, tampoco es más acertada la afirmación de Marselli atribuyendo al genio una *hiperconciencia*.

Pero, entonces, ¿no puede estar determinado todo el proceso inconsciente de la creación genial por algún otro carácter

patológico? Preguntado Newton cómo había conseguido descubrir la ley de la gravitación, contestó: «Pensando en ella siempre»; Hamilton ha confesado por su parte que la solución del problema en que hacía *quince años* estaba pensando, sin lograr resolverlo, se le ocurrió de pronto, mientras atravesaba un puente en Dublin. ¿Quién no ve aquí la idea fija como un delirio que atormenta al hombre de genio, y que se convierte como en un fuego interno, al que convergen todos los rayos de la actividad intelectual? La diferencia entre esta idea fija del genio y la del loco consiste en su contenido: la del loco no puede realizarse, y la del genio se realiza, libertándole; el fenómeno tiene, pues, carácter patológico; pero, afortunadamente, se soluciona y termina en la creación genial; y esto mismo demuestra también la unilateralidad del genio, por la cual las demás actividades no pueden tener desarrollo normal correlativo, como en el hombre equilibrado.

Y todavía hay, según Sergi, otra diferencia entre el delirio de la idea fija del genio y el del loco: en el primero la idea surge de una visión profunda de los fenómenos regulares, y en el segundo es una sensación superficial que predomina en la conciencia; la profundidad de la actividad inconsciente es en el genio como un abismo, y en el hombre normal como un mar de fondo bajo, y la ascensión del abismo central á la luz de la conciencia parece tanto más instantánea é inconsciente cuanto mayor es la profundidad. Si Newton busca una ley que regule la caída de los graves, y Galileo estudia los movimientos isócronos del péndulo y Colón ve la esfericidad de la tierra, todo eso es visión en fenómenos que todos observan, pero que sólo tiene el hombre de genio, y á cuya visión especial se llama *intuición*, vista intelectual interna.

Este sentido íntimo puede ser obtuso ó agudo, perezoso ó rápido; en el hombre de genio tiene la mayor claridad intelectual unida á la mayor profundidad de penetración. Donde más se manifiesta la intuición genial es en la ciencia y en la actividad, no debiendo confundirse ésta con la actividad auto-

mática, producto de la experiencia y la adaptación. Si Napoleón concebía los efectos de un combate era por intuición. En los genios de otro tipo, como los artistas, la intuición reviste otras formas y manifestaciones, pudiendo llamarse *impresionabilidad*; esta sensibilidad excesiva á las impresiones externas de las cualidades sensibles se produce á costa de la mentalidad pura. De aquí dos tipos de hombres de genio: el inventor y el artista.

Hay desequilibrio en los hombres de genio, porque no se conserva la correlación de desarrollo en las funciones psicológicas, y unas avanzan mientras las otras se detienen: de aquí la degeneración y hasta la locura, las extravagancias en el modo de vivir y de conducirse en la vida común, la ineptitud para las exigencias prácticas de la vida, la puerilidad de algunas manifestaciones psicológicas, etc. Pero esto no resuelve el problema en su forma paradójica de que la degeneración sea causa de la genialidad, porque se podría objetar que no es causa, sino un concomitante más ó menos necesario ó accidental. Pero si se conviniese por todos en que el genio se encuentra constantemente unido á la degeneración y no se estimase como producto evolutivo biológico de la humanidad, sino como un fenómeno patológico, quizá no fuera tan difícil la solución del problema.

Aquí está el punto difícil de la cuestión, aunque Lombroso con numerosos ejemplos lo haya ampliamente demostrado: Augusto Comte fue atacado de locura en su cátedra; Villemain tuvo el delirio de las persecuciones; Tasso sufrió alucinaciones; Gerardo Nerval fue encerrado en un manicomio y se suicidó; Newton se volvió loco en su vejez; Beethoven, Donizetti, Wagner, Salvator Rosa y muchos otros artistas fueron excéntricos; Gui de Maupassant murió loco; Zimmermann murió del mismo modo, hipocondríaco y alucinado; Rousseau se creyó perseguido, y huía de las posadas dejando en ellas su equipaje, creyendo ver hasta en los vientos contrarios la prueba de un complot universal; acaba por escribir á Dios una

carta familiar y al intentar depositarla debajo del altar de Nuestra Señora de París encuentra la verja cerrada y cree que hasta el cielo se conjura contra él; Baudelaire murió como O'Connell y Donizetti, de parálisis general, siendo típicas sus «bromas nerviosas» como la siguiente: un día, sintiendo impulsos de acometer «algo grande y brillante», «abrió su ventana y viendo en la calle á un cacharrero ambulante, le gritó que subiese, gozando al pensar en el trabajo con que el pobre hombre subiría cargado hasta el sexto piso de una mala escalera; cuando al fin se presentó en el cuarto, Baudelaire le increpó porque no llevaba vidrios de colores, para que los pobres vieran hermosa la vida y lo empujó por la escalera; después se asomó de nuevo á la ventana y cuando el cacharrero apareció en la calle, le tiró un tiesto de flores, que derribó y destrozó su mercancía, y mientras el infeliz se lamentaba en la calle, Baudelaire sentía «el infinito goce» gritando: «¡La vida hermosa! ¡La vida hermosa!»

Estos hechos y cien otros citados por Lombroso y Grasset parecen demostrar la teoría degenerativa. Pero, ¿pueden reducirse á la psicosis epileptoide todas las formas degenerativas del genio? Sergi cree que no. La intuición inconsciente no es fenómeno excepcional ni tiene carácter morboso ni menos epileptoide. En vez de reducir á una sola las formas de psicosis del genio, deben admitirse varias. Hay que examinar individualmente cada hombre de genio para poner en relación sus caracteres y deficiencias con sus producciones, é investigar la dependencia causal de éstas, si acaso existe. Puede afirmarse, en resumen, que la degeneración es la causa próxima de la naturaleza genial, quedando reservada al porvenir la solución del problema de la variedad del genio y de las causas ocasionales de sus manifestaciones.

Respecto á la influencia social sobre el hombre de genio, no parece dudoso lo erróneo de la teoría que estima al genio como producto del ambiente en que vive. ¿Qué influencia social había sufrido Newton para encontrar las leyes de la gra-

vitación universal, ó Galileo y Copérnico para sus descubrimientos? Estos hombres trabajaron como apartados del movimiento social, á semejanza de Humboldt, encerrado en el Observatorio de París contemplando el cielo día y noche mientras se desarrollaban en las calles las trágicas escenas de la revolución francesa.

Ni aun en el arte puede afirmarse que el genio dependa siempre de la influencia social y que sea un fenómeno sociológico, siendo testimonio de su independencia Wagner, por ejemplo, cuyas producciones han nacido fuera de las tendencias comunes y contra el ambiente artístico reinante. El que representa la cultura existente, si sabe resumirla de un modo elevado y superior, es un gran sugestionado, no un genio.

## HISTORIA POLITICA

EL IMPERIALISMO INGLÉS.—La declaración de Salisbury —dice Ouida en la *Nuova Antologia*—de que Inglaterra no aspira en la guerra con los boers á conquistar oro ni tierras, se ha convertido en la resolución de coger uno y otras á manos llenas: siempre acaban así los juramentos de los conquistadores. Una nación es como un niño, y nada es más fácil que corromperlo; el pueblo inglés, hipnotizado por sus directores, está ébrio, y en su embriaguez correría á su ruína en pleno delirio de vanidad feroz, como los napolitanos del Renacimiento corrían con histérico furor, riendo y ahullando, hacia la playa, y lanzándose cogidos de las manos en el mar hasta que desaparecían tragados por las olas. Tres siglos hace, el imperio español era el dominio más potente y espléndido de la tierra. ¿Qué queda de él? Fue demasiado extenso, demasiado soberbio, y cayó en pedazos.

Inglaterra se ha educado en mala escuela en los últimos tiempos: en la guerra con los afridis de la India, los ingleses destruyeron todas las provisiones dejando en la miseria á

aquellos pobres montañeses; en la guerra con los matabeles, la brutalidad de los ingleses con los indígenas fue terrible; en la campaña de Kitchener en el Sudán, la ferocidad llegó al último límite con los fusilamientos en masa de los vencidos y los ultrajes á las desenterradas reliquias del Mahdí. Inglaterra, que se subleva ante la crueldad de los demás, aplaude y santifica la suya.

Y no es lo sólo censurable la guerra con los boers; es el espíritu nacional con que la guerra es mirada, el modo con que los predicadores excitan en diez mil iglesias las más bajas pasiones, la ferocidad de los periodistas y de los oradores, el instinto brutal de la crueldad que por todas partes brota y que en los menores detalles se revela: en Cork, por ejemplo, un borracho que golpeaba á una señora dando gritos contra Krüger, sólo fue castigado con diez pesetas de multa, mientras otro borracho que no hacía daño á nadie, pero que gritaba en favor de Krüger, era condenado á dos meses de prisión; en Londres, un hombre que disputaba con su cuñado sobre la guerra, le dió tan furioso golpe en la cabeza, que le mató; el juez dijo que tal acometida era excusable en momentos como el de la victoria sobre Cronje, y dejó libre al homicida.

El Gobierno y la nación se hallan en un estado de exaltación completamente mujeril, y la conciencia de su hipocresía les pone en contradicciones ridículas; así, en un momento llaman á Cronje un rebelde, y en otro le hacen tratar con honores insignes, dándole por carcelero á lord Bathurst; las tropas tan pronto son llamadas «soldados de la reina» como «soldados imperiales»; Cronje es considerado digno de ser honrado como Napoleón, y Krüger como un infame rebelde que merece ser descuartizado en cuanto lo cojan. Y así se ha cambiado el carácter inglés sustituyendo la pomposidad á la sencillez, el estrépito al silencio, la codicia á la generosidad, la fanfarronería á la modestia, y la ferocidad á la misericordia.

Este imperialismo—dice en la *Revue des deux Mondes* el senador holandés Kuyper—sumerge cada vez más la idea na-

cional en un concepto ecuménico, tratando en cambio de asimilar todo el mundo á su tipo nacional; *urbi et orbi* es el lema tácito de sus decisiones, y cuantas veces corre riesgo su supremacía, aparece la persuasión maquiavélica del *Salus populi suprema lex*, ahogando en la masa de la nación las más santas inspiraciones, y deslizado el imperialismo como un estreptococo en la sangre de la multitud, envenenándola y haciendo doblegar las conciencias. Kuyper espera que los ingleses recobrarán su antiguo carácter, y apela del «Filipo borracho al Filipo sano»; pero decididamente cree que no se verá tal milagro en nuestro tiempo, á menos de que la ducha fría de un gran desastre haga reaparecer la sobriedad y la humildad, y ponga clara la vista cegada por la embriaguez.

Es sorprendente ver hombres de buen sentido alegrarse de que 160.000 soldados hayan podido batir á 30.000 aldeanos, y escuchar á la mayoría de la Cámara acusando de traición á la minoría que censura la guerra; hace esto pensar en aquella señora escocesa que decía que de todo el mundo sólo se salvarían ante Dios ella y el párroco, añadiendo: «¡Y todavía tengo mis dudas sobre la salvación del párroco!»

Inglaterra camina por una vía donde cree encontrar su salvación, y no sueña siquiera que puede ir en derechura á su ruina; la sofocación de la libertad es daño peor que la pérdida de Ladysmith y de Kimberley; ganar «prestigio» cuando se pierde la libertad, es imitar al perro de la fábula que dejó caer su pedazo de carne en el agua por coger el que en ella se reflejaba. Hoy es imposible expresar en Inglaterra ningún sentimiento en favor de los boers sin verse sometido á la más brutal acometida, no pudiendo celebrarse sin violencias ninguna reunión en favor de la paz. En Stratford-on-Avon la canalla atacó y destruyó algunas casas sólo porque sus moradores eran favorables á los boers; en Hull, gran ciudad comercial, fue quemada una efigie de Krüger con su Biblia bajo el brazo. ¡Y la Biblia es el libro sacrosanto de Inglaterra! ¿A dónde se va á parar por semejante camino? ¿Y qué puede es-



perarse de la respuesta del ministro Balfour, interrogado en la Cámara sobre el modo con que el Gobierno pensaba cortar tales excesos, y contestando que éstos eran inevitables, dada la excitación del país, y que lo mejor que podía hacerse era recomendar á la minoría del pueblo que no irritase al público con opiniones impopulares?

La libertad y el militarismo no pueden vivir juntos. Inglaterra ha resistido muchos siglos á la esclavitud de los cuarteles; pero el espectro de la conscripción ha surgido por vez primera en el horizonte, y si la fiebre continúa será inevitable que el pueblo tenga que sufrir, en una ú otra forma, el servicio obligatorio; no podrá comer los dulces de la conquista sin tomar también el amargo de la servidumbre armada.

Su religión es una frase, una fórmula sin influencia en la vida; ya tenía algo de fariseismo, pero ahora pone la Bolsa antes que el templo. A esto han contribuído innumerables causas: el egoismo inculcado en las escuelas; la difusión del lujo y de la glotonería; el concepto de la guerra como especulación mercantil; la doctrina del *self-help* y del culto del yo; la lectura de las novelas sensacionales, llenas de delitos, violencias y atrocidades, y el enorme sitio que ocupan en la vida las diferentes clases de *sport*, convertidos en espantosa manía y en escuela de brutalidad. Para los ingleses la guerra del Transvaal es una partida de caza, y las gentiles damas de la alta sociedad, acostumbradas á cazar el ciervo, marchan al Cabo para gozar del espectáculo del derramamiento de sangre holandesa, con la misma alegría que las damas romanas del Imperio iban al circo á las luchas cruentas de los gladiadores. Añádase á todo esto la enorme cantidad de cerveza y bebidas de todas clases que queman la sangre y embotan el cerebro de los más, y las escuelas de mal gusto, que son los *Music-halle*, y no sorprenderá ver el cambio operado en el tipo nacional.

El carácter inglés ha cambiado completamente, contribuyendo no poco á ello el snobismo, introducido por la nueva aristocracia, compuesta en general de industriales y bolsistas

enriquecidos. ¡Una sola familia de fabricantes de cerveza ha recibido tres títulos! Con tal de ser muy rico, cualquiera puede estar seguro de sentar á su mesa cuantos príncipes se le antojen; el oro es el único móvil de la guerra y el solo criterio de la posición social. Y como el dios del oro jamás ha tenido el poder de purificar ni exaltar el carácter humano, por eso ha gastado el carácter inglés, ocupando el puesto de los demás cultos.

Federico Harrison ha dicho con exactitud que ser pobre en Inglaterra es admitir que se ha quebrado en la vida; el lujo es el único criterio del talento, del valor, del éxito, de la moralidad. La *Chartered Company* formada por Cecilio Rhodes como la *De Beers*, que realiza 625 millones de oro y diamantes al año, saca esta enorme suma de las labores de las minas, en las que sólo se emplean indígenas sometidos á un trabajo forzado semejante á la esclavitud; aquellos miserables africanos pasan el día bajo tierra, y cuando salen, son encerrados en un recinto llamado *compound*, del que no pueden salir; una vez por semana se les administra un purgante enérgico para ver si han tragado algún diamante, y todo indígena está obligado á permitir que golpeen su cuerpo con un martillo especial para ver si han escondido algún diamante bajo la piel. Estos hechos y otros muchos han sido expuestos en la Cámara por el diputado Juan Burns el 6 de Febrero, y nadie ha podido contradecirlos. ¡Y por esa especulación se hace la guerra! ¡Y por esa especulación ha hecho la prensa su propaganda belicosa! ¡Y por esa especulación se han gastado ya 1.700 millones de francos y han perecido 15.000 ingleses!

Lo único divertido y consolador de todo esto es la posibilidad de que Rhodes y Chamberlain riñan entre sí, porque el militarismo está furioso con Rhodes, y Rhodes desprecia el modo con que se ha dirigido la campaña militar; pero es de temer que nos sea negada esta diversión tan instructiva. Mientras llega, no deja de ser visible el espanto que la sola amenaza de destruir á Johannesburgo ha despertado en Inglaterra.

La destrucción de Pretoria, por el bombardeo y el hambre, parece á los ingleses un acto justificado y laudable. Pero ¡destruir á Johannesburgo! Los financieros ingleses se estremecen de agonía pensando en que esta destrucción costaría la pérdida... ¡de 60 millones de libras esterlinas!

## ENCICLOPEDIA

EN LA LINDE DE DOS SIGLOS.—A propósito de los últimos libros de Wallace (*The Wonderful Century*), Stein (*An der Wende des Jahrhunderts*), Zeigler (*Die geistigen und socialen Strömungen des XIX Jahrhunderts*), Weber (*Die Wissenschaften und Künste der Gegenwart*), Fierens-Gevaert (*La Tristesse contemporaine*), Merz (*History of European Thought in the Nineteenth Century*), Morselli (*L'Ereditá materiale, intellettuale e morale del secolo XIX*) y otros, estudia Alejandro Cappelli en la *Nuova Antologia* los caracteres del siglo que acaba y las esperanzas del que empieza.

Ningún tiempo—dice el sabio Profesor de la Universidad de Nápoles—ha tenido, como el nuestro, la conciencia precisa de su responsabilidad ni ha podido hacer mejor su examen de conciencia. Ha de ser difícil, sin embargo, á los futuros historiadores encerrar en una fórmula comprensiva los complicados movimientos de este siglo, imponiéndole, por decirlo así, un nombre. Si los ingleses se empeñan en llamarlo «el siglo de la Reina Victoria», tal designación será siempre demasiado exclusivamente nacional, y no puede, por lo mismo, tener hoy el alcance ni la exactitud que sus similares de «siglo de Pericles, de Augusto, de León X». El que atienda principalmente á la obra de la ciencia podrá titularlo «siglo de las ciencias físicas», y por sus fecundas aplicaciones «siglo de las invenciones y descubrimientos», mientras otros podrán llamarlo «siglo de la crítica histórica» ó, atendiendo á la cultura de los últimos decenios, «siglo de las ciencias sociales»; quien considere

los cambios substanciales de los métodos de producción económica, podrá titularlo «siglo de la industria mecánica», y si atiende á los grandes sucesos políticos, «siglo de las formaciones naturales», ó de las exploraciones geográficas, ó de la expansión colonial; y si considera los grandes movimientos sociales, «siglo de la democracia» ó «siglo del socialismo internacional».

Como quiera que sea, el siglo ofrece los signos visibles de una edad de transición, y como tal, de crisis y contrastes. Por un lado presenta el espíritu nacional todavía tenaz y vigoroso, y por otro la dilatación de sentimientos cosmopolíticos; el culto de los héroes, llevado hasta la idolatría y la expansión del espíritu democrático, esencialmente purificador; la más invencible repugnancia á toda forma de dogmatismo y el renacimiento multi forme de las necesidades religiosas; la conciencia, cada vez más clara, de la solidaridad colectiva y la resurrección del individualismo romántico, exagerado hasta la concepción pietzscheana del Superhombre; la oscilación perenne entre el idealismo y el realismo en el arte; el espíritu tenazmente conservador resistente á toda renovación social, y el ímpetu innovador y revolucionario; la inquietud del presente, generadora del pesimismo, y el ansia febril de conmociones y placeres; el espíritu crítico más refinado tocando en el escepticismo, y la propensión á toda forma sensible del misterio, rayana en superstición; confianza ilimitada en el poder de la ciencia y desmayos repentinos de esa fe; refinamientos de la sensibilidad moral y del espíritu protector de toda debilidad y miseria, y arranques desenfrenados del más exagerado egoísmo.

Esta polaridad de tendencias que cierra el siglo produce un estado de anarquía espiritual que deberá resolverse en una síntesis social en el siglo que nace. Pero para que sea posible esta convergencia que presentimos, es preciso que se pueda descubrir en las líneas directivas del siglo las señales de aquel *clinamen*, para decirlo con Lucrecio, donde las fuerzas sociales han de encontrar su equilibrio.

Los merecimientos positivos del siglo son, á pesar de las antítesis agudas que al morir presenta, múltiples y grandes. Ferrocarriles continentales y piróscafos, telegrafía y telefonía, los rayos Röntgen, el análisis espectral, la fotografía astronómica, la anestesia y la antisepsia, la doctrina de la conservación de la energía, la teoría molecular del gas, la medida de la velocidad de la luz y de la rotación terrestre, la teoría de las combinaciones químicas en proporciones definidas, el estudio de los meteoros, la historia de las épocas glaciales, la prehistoria y la paleontología, los grandes descubrimientos geográficos en los continentes y la exploración de los mares polares, la teoría celular y la embriología, la teoría bacteriológica y la idea de la evolución orgánica, la licuefacción del aire y el empleo del calor solar como fuerza motriz, los estudios sobre la locomoción aérea, todos estos son ya títulos adquiridos de gloria duradera y grandes y fundadas promesas de glorias futuras.

Pero más que en los progresos positivos de la ciencia, está la grandeza del siglo en la nítida conciencia de la investigación científica, en el desarrollo del instrumento mismo del conocer. Y sin embargo, no podría constituir verdadero título de gloria esta gran obra intelectual y material si en el balance del siglo hubiera de apuntarse la decadencia de los valores morales, como muchos afirman. No sabemos si nuestra felicidad aumenta, ó si los beneficios de los maravillosos descubrimientos de la mecánica y de las industrias son sólo privilegio de unos cuantos, estando privada de ellos la mayor parte de la familia humana, que parece gemir en la sombra de la muerte mientras el sol de la civilización brilla en las altas cimas de la vida; ni aqueja menos nuestro espíritu otra duda: la de si, al propagarse los sentimientos benéficos, acrece verdaderamente la suma del bienestar social al preservar de la natural eliminación aquellos seres cuya infelicidad irradia en torno suyo consumiendo la vida social.

Si hemos de hacer justicia á la edad en que vivimos, fuer-

za es reconocer que si los valores morales tienden á decaer en el individuo, crecen en la misma proporción como función social. Nuestro siglo no ha sido, ciertamente, un siglo artístico, si por arte se entiende, no una obra individual ó un ornamento de la vida, sino una forma viva, una necesidad universalmente sentida; ni un siglo religioso, si se compara con la originalidad creadora de las grandes épocas religiosas de la Historia. Pero ha sido sin duda un siglo de grandes obras colectivas sociales, y todos los signos anuncian que este poder creador irá desarrollándose hasta constituir una nueva forma de derecho, el derecho social. Si no tenemos ya los héroes del pensamiento de otras edades, la virtud intelectual es más difusa; si no se piensa mucho, son muchos los que piensan.

El siglo despertó en una aurora de sangre; pero el clamor de las batallas sacudió el sopor de las generaciones é infundió nuevas aspiraciones en los espíritus. Si la poderosa fuerza del napoleonismo y la exaltación del poder militaresco se extendió á lo largo del siglo, sintiéndose todavía sus efectos, no sólo llevaba en sí misma la vengadora Némesis de Waterlloo, sino que provocó el despertar de las conciencias nacionales, abriendo el período glorioso y memorable de las guerras de independencia, sucesoras de las guerras de conquista. Pero una vez constituído el nuevo orden de las nacionalidades recompuestas, la función histórica del militarismo debía esterilizarse: la palabra de «patria» era precursora de otra que hoy corre por el mundo: la palabra de paz y «humanidad». Verdad es que las fuerzas que resisten á esta palabra de humanidad no son menores que las que hicieron frente á la de patria; pero el movimiento de la conciencia civil está orientado en adelante en esa dirección. Y más que la circular del Czar á las potencias, conspiran á este fin el cosmopolitismo social y las cargas insufribles de los presupuestos militares; y sobre todo, la conciencia pública, que rechaza la posibilidad de una guerra general entre naciones cultas, y apenas, como necesidad todavía inevitable, tolera los conflictos de las expansiones coloniales.

Junto á este movimiento hacia el ideal aparece el espíritu religioso, de cuyo despertar surgen por doquiera indubitables signos, siendo el arte uno de sus grandes exponentes. Pero, sea que este espíritu de reacción idealista conduzca con Bourget, con Coppée, con Huysmans, y más resueltamente con Brunetière, á una restauración neocatólica, sea que se dirija, con Mæterlinck y otros, por los caminos oscuros del misticismo neoplatónico de la teosofía y del ocultismo, carece en todo caso de verdadera vitalidad, como aquel movimiento de restauración reflejo de la decadencia del paganismo intentó en vano reavivar en la sociedad antigua la apagada llama de la conciencia religiosa: en uno y otro caso, el fenómeno queda circunscrito á los límites de contada aristocracia intelectual, que por sí sola es incapaz de renovar y vivificar la sociedad. Los verdaderos movimientos religiosos vienen del fondo del alma popular: así conquistó el Cristianismo al mundo, y así se propagó el movimiento franciscano en la sociedad de su tiempo.

Sería temerario, sin embargo, negar la elocuencia de los hechos como signo de los tiempos; desde los puntos más distantes, las almas se encuentran por misterioso consenso como conspirando por el Dios ignoto, y no sólo en el campo del arte y entre los literatos, sino entre hombres de ciencia del valor de Wallace y de James se reconoce la necesidad de una fe, y grandes estadistas como Gladstone, Balfour y Luzzati la proclaman. Los que dicen que esta necesidad de creer y este vago anhelo de las almas es un retorno atávico ó un estigma degenerativo, no ven que todo ello procede del mismo espíritu histórico y crítico que informa el movimiento científico de nuestro tiempo. No nos basta ya la visión lúcida y precisa de las cosas, habiéndonos revelado todo un mundo de espontaneidad instintiva, de energías misteriosas que tienen sus más profundas raíces en lo íntimo de nuestro sér. Y si la crítica misteriosa puede haber destruido la fe en tal ó cual forma de religión, ha hecho conocer la necesidad del mismo instinto reli-

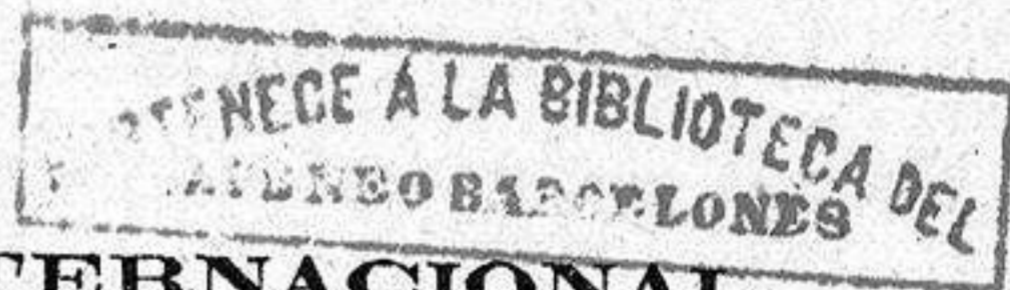
gioso como función perenne del espíritu humano. El tipo espiritual de Cristo, cuya palabra sigue siendo la más viva y la que obra secretamente en el fondo de la agitación proletaria, vuelve de los campos del pensamiento y del arte por mil caminos á la conciencia moderna, y enmedio de tantas cenizas de pesimismo, es fuego animador, y enmedio de tantos canales cegados por el egoismo mercantil, es fuente de agua viva que agita y purifica.

La vida mental del hombre está en la íntima forma de la reflexión, y de aquí resulta el carácter y el valor de un período histórico. Las teorías pasan, los métodos se perfeccionan, los resultados se corrigen ó completan, la estructura social ó las formas sociales se van modificando; todo esto tiene su día. Lo que queda de un siglo, como herencia vital, son dos ó tres grandes ideas directivas, dos ó tres grandes hechos capitales, y las pocas obras de espíritu donde estas ideas y hechos se han impreso más vivamente, son las que sobrenadan en el gran naufragio de la Historia. Á esta visión del mundo y de la vida del siglo que muere concurren tres grandes coeficientes: la reflexión crítica que abrió paso á las exigencias ético-religiosas como fuerza directiva de la vida; la gran idea de la evolución natural, de la que emerge el concepto del mundo como inmensa unidad orgánica y viviente; y la nueva orientación hacia nuevas formas de vida y hacia cimas más excelsas de idealidad civil.

Á nadie es lícito decir de dónde vendrá la palabra de vida que el mundo moderno espera. Pero todo induce á creer que si la cultura científica extenderá cada vez más su acción sobre la vida, no será ella sola la que dirija á la humanidad. La política del siglo XX se desenvolverá quizá sobre el vasto terreno de la expansión colonial, donde la joven América pretenderá medirse con los Estados europeos, y el continente africano y el oriente de Asia serán probablemente los dos campos de acción internacional. Pero una cosa parece cierta: que la política de los Estados en nuestro sistema civil, se orientará siem-



pre hacia una forma de política social y no podrá separarse nunca del problema de las reformas civiles. Si las multitudes con su agitación mantienen viva la cuestión social, las clases directoras deberán renovarse ó ceder. Y esta obra de renovación será lo que quede del movimiento socialístico como su ruto mejor.



## POLITICA INTERNACIONAL

BRUNETIÈRE, DESCHANEL, FRANCIA Y EL VATICANO.—Con el título de *La hija primogénita y la misión Brunetière*, y firmada por «XXX», inserta la *Rivista politica é letteraria* de Roma un artículo interesante, digno de ser seriamente meditado por cuantos se preocupan de asuntos internacionales y de historia interna.

¿Cómo puede explicarse que un hombre como Brunetière, director de la *Revue de Deux Mondes*, haya hecho un viaje á Roma, y dado una conferencia en la Cancillería, para mostrar el modernismo de Bossuet al sostener las teorías de la Providencia y de la noción de las diversas Iglesias, tema tan acariciado por León XIII? ¿Cómo puede explicarse que Deschanel, Presidente del Congreso de los Diputados de Francia, haya tenido empeño en demostrar, en su discurso de recepción de la Academia Francesa, que su elección académica no la debía á su escaso equipaje literario, sino á su alta posición política, recordando con tal motivo que, lo mismo que Hervé y Thiers, estima como gravísimo error el haber sostenido el principio de la nacionalidad italiana?

Bossuet no ha sido para Brunetière más que un pretexto, como el discurso de recepción de Deschanel no ha sido sino una ocasión bien aprovechada para hacer ciertas manifestaciones. El verdadero motivo del primero, era hacer la corte á León XIII, como el del segundo era declarar que el republicanismo francés no está reñido con la restauración del Poder

pontificio, no por lo de pontificio, sino por lo de Poder, porque á Francia no le conviene una Italia grande y unida, sino una Italia dividida y débil.

La franqueza de Deschanel ha demostrado que el espíritu francés es inmutable, y que, obligado á resignarse al hecho de una Alemania poderosa, trata de asegurarse contra el hecho de una Italia fuerte; que los sucesos que se han desarrollado en Francia contra Italia no son casuales, sino que eran la expresión de una concepción política permanente, desde los tiempos de Luis XIV hasta nuestros días, hasta el discurso del republicano Deschanel y la conferencia del neomístico Brunetière, cuyo verdadero objeto ha sido hacer comprender una vez más al Vaticano que Francia es siempre la hija primogénita de la Iglesia, y que la unión de las Iglesias es un programa espiritual que puede tener, gracias á Francia, su expresión política.

León XIII estaba ya persuadido de ello, y toda su política francófila lo demuestra; así, mientras Brunetière calificaba el palacio de la Cancillería de «territorio papal» porque, como el Vaticano y otros edificios, es residencia de Embajadores ó Ministros de varias grandes potencias, se ve que al regresar á París le recibe el ministro de Estado en el Quai d'Orsay, y que el Papa en persona encarga al Obispo de Orleans que haga saber al clero y á los fieles de Francia que él, el Sumo Pontífice, sin desconocer los méritos de los Asuncionistas, juzga peligrosa toda manifestación en su favor que revista carácter político.

Este incidente de los Asuncionistas demuestra, que no todas las milicias papales son tan obedientes y disciplinadas como el Vaticano quisiera; el Papa ha predicado la sumisión á la República y parte del clero francés ha escuchado su voz; pero otros la han desoído; aun éstos, sin embargo, adversarios del Gobierno establecido, no son menos servidores de los intereses de Francia en el extranjero, como lo prueba el éxito de las negociaciones seguidas en China por el Obispo de Pekin y

que han dado por resultado, con el protectorado francés de los cristianos del extremo Oriente, la transmisión á una Compañía francesa de la concesión del ferrocarril de Luku-kiao á Pao-Ting-Fú, el desarrollo del Colegio franco-chino de Pekin, el establecimiento de concurridas escuelas en diferentes puntos del Imperio, y otras muchas ventajas positivas.

Y todo esto resulta tanto más significativo cuando se observa la conducta de Roma con Inglaterra, apenas las dificultades de la guerra anglo-boer pusieron de relieve los apuros en que Inglaterra se encontraba; la hostilidad del Vaticano está á punto de producir un grave cisma entre los católicos ingleses, habiendo tomado la iniciativa el cardenal Vaughan en una carta cuya publicación ha producido honda impresión en los ánimos; y como el *Osservatore* ha censurado á los católicos ingleses por ser más ingleses que católicos, la *New Era* le ha contestado que se equivocaba lastimosamente quien creyera que los católicos ingleses, en el caso improbable de una liga católica protegida ó apoyada por el Papa contra Inglaterra, habían de estar con la liga por ser católica, y no con Inglaterra por ser protestante. Monseñor Giles, rector del Colegio inglés de Roma, envió una protesta firmada por los principales católicos ingleses, que *La Voce della Verità* se negó á insertar, estando entre los primeros firmantes el Arzobispo de Trebisonda, Stonor, los Protonotarios apostólicos Stanley y Lennon, el prelado doméstico del Papa, Campbell, etc.

¿Es acaso por espíritu religioso por lo que la prensa más autorizada del Vaticano ha tomado parte por los boers contra los ingleses, hasta enajenarse las simpatías de tan elevados dignatarios católicos y de la gran masa popular inglesa? Nada de eso, pues si protestantes son los ingleses, no menos protestantes son los boers. Todo ello obedece á la política, y depende por una parte de lo que Inglaterra representa siempre de liberal en el mundo, y por otra de todo lo que representa Francia en los intereses de la Santa Sede. Y según declara Brunetière, «jamás hubo ningún Papa más francamente, más resuelta-

mente amigo de nuestro país; nadie desea más que él esa paz, esa inteligencia de los partidos, y esa reconciliación nacional de que todos hablan y que tan pocos trabajan por realizar, y á la que él contribuirá con todos sus esfuerzos y con profunda sinceridad».

El Gobierno francés tenía que tratar con el Papa algo tan delicado y tan sutil que no podía confiarse á la diplomacia oficial, y eligió al efecto un mensajero grato al Papa y perteneciente al mundo del periodismo culto, que tanto aprecia León XIII; este mensajero, para abrirse mejor paso, eligió el medio más adecuado para el efecto que buscaba, y así se ha visto á Brunetière calentarse en frío por el modernismo de Bossuet, en nombre de la teoría de la Providencia y de la unión de la Iglesia, mientras el Papa por su parte consentía en considerar como pecado venial el galicismo de Bossuet.

¿En qué ha consistido realmente la misión de Brunetière? ¿En tratar confidencialmente la cuestión sólo de los Asuncionistas? Puede ser. De un lado, mientras León XIII ha enseñado la conversión á la República, los Asuncionistas se han mostrado eclécticos; de otro, las grandes riquezas de las Congregaciones religiosas constituyen un grave tema en un país donde es axiomático que *l'argent fait tout*. El libro de Pablo Desachy, *La France noire*, recientemente publicado, muestra que en 1781 había en Francia 23.000 religiosos y 37.000 religiosas, mientras un siglo después los religiosos son 30.287 y las religiosas 127.753, habiendo desde entonces crecido no poco este número; este ejército dispone de un patrimonio inmueble confesado de dos mil millones, que resulta realmente de diez mil millones, y maneja fondos cuyo balance es de tres mil millones anuales. Francia se preocupa de esta situación, y mientras procesa á los Asuncionistas y suspende el sueldo de los Obispos, negocia en Roma con el Papa.

Como la estancia en Roma de Brunetière ha sido breve, posible es que no haya tratado de nada más con León XIII. Pero el Papa es viejo, y aunque su fuerza de resistencia sea

maravillosa, hay que considerar como relativamente próximo el futuro cónclave. Ahora bien, ¿en qué situación de relaciones personales con los príncipes italianos de la Iglesia se hallaría Francia? Se ha pretendido recientemente, con escaso fundamento, que León XIII había designado como sucesor al Cardenal Gotti; se ha pretendido que el Cardenal Parrochi había caído en desgracia por motivos políticos más que por incongruencias personales; se ha hablado mucho del buen Cardenal Capecepolo por sus pretendidas manifestaciones de transigencia. ¿Cuáles son verdaderamente los aires dominante en el Vaticano, y cuál es la verdadera situación del personal papificable? Brunetière no sólo ha visto en su conferencia á diez Cardenales, y entre ellos á Rampolla y á los dos Vanutelli, sino que ha sido presentado por el Cardenal Parrocchi precisamente.

¿Y el Gobierno italiano? ¿Por qué medios y por qué personas comunica con el ambiente vaticano? Todo lo que en aquel ambiente se va combinando con Francia y aun con otras potencias se escapa, mientras por otras exigencias no acierta Alemania á poner la sordina á su política de afirmaciones antivaticanistas.

## IMPRESIONES Y NOTAS

LAS TENDENCIAS ACTUALES DE LA LITERATURA ITALIANA.— Así se titula un interesante ensayo de crítica científico-literaria publicado por Fausto Squillace en Turín, y que va precedido de la siguiente profesión de fe, á guisa de prólogo: «Creo que el arte es una energía social; se transforma, pero no perece; el medio de su estudio amplio y seguro es la crítica científico-artística; su objeto debe ser sociológico; eso es lo que he querido mostrar.»

Squillace pasa revista á la evolución de la crítica literaria, desde las antiguas escuelas de Alejandría, Pérgamo, Roma,

Francia, España, Inglaterra y Alemania, á los progresos con Leissing, Villemain, Sainte-Beuve, Girardin, Taine, etc., analizando después la teoría de la degeneración en la literatura, que tanta aplicación ha tenido á la crítica con los trabajos de Lombroso y Max Nordau.

Estudiando después las tendencias literarias de la Italia actual, reconoce la existencia de tres sistemas ó direcciones: el *realismo*, representado por Juan Verga y Lorenzo Stecchetti; el *misticismo*, por Antonio Fogazzaro, y el *egoismo*, por Gabriel de Annunzio, terminando con una luminosa síntesis titulada *sociología literaria*, en la que muestra la importancia é influencia social de cada una de las escuelas literarias en boga.

\*  
\* \*

LA EXPOSICIÓN DE PARÍS Y SUS ATRACTIVOS.—Neymarck, en la *Revue Scientifique*, publica la lista de las Sociedades organizadas en París para explotar los diversos atractivos que encierra el vasto recinto de la Exposición, y que son otros tantos alicientes para las visitas del público al grandioso espectáculo de aquel certamen universal de cultura. En esta lista no figuran *El Vesubio en París*, *El viaje aéreo*, *La India francesa en la Exposición*, *El palacio del canto*, *El palacio de las fiestas*, ni otras muchas Sociedades, porque no ha sido posible adquirir datos concretos sobre el coste de sus instalaciones. Las 52 Sociedades de la lista representan un capital nominal de 54.328.000 francos, dividido en 711.143 acciones y 149.690 partes de fundador. Con arreglo á las cotizaciones actuales, estos valores han obtenido no despreciables mejoras, representando un precio efectivo de 65.963.000 francos. He aquí la lista de estas Sociedades, la mayor parte de las cuales han de desaparecer al mismo tiempo que la Exposición, aunque otras se han fundado para sobrevivirla:

| SOCIEDADES                                 | Capital social<br>en millones<br>de<br>francos. | Acciones. |
|--------------------------------------------|-------------------------------------------------|-----------|
| Torre Eiffel.....                          | 5,100                                           | 10.200    |
| Gran globo terrestre.....                  | 2,500                                           | 100.000   |
| La Optica.....                             | 1,000                                           | 10.000    |
| La aldea suiza.....                        | 3,000                                           | 30.000    |
| Sociedad de dioramas animados.....         | 1,250                                           | 88.000    |
| Panorama de la misión Marchand.....        | 0,500                                           | 5.000     |
| La vuelta al mundo.....                    | 2,000                                           | 4.000     |
| El mareorama.....                          | 1,250                                           | 12.500    |
| Andalucía en tiempo de los moros.....      | 0,650                                           | 1.300     |
| Venecia en París.....                      | 0,950                                           | 9.500     |
| Acuario y fantoches Guillaume.....         | 1,000                                           | 2.000     |
| Palacio luminoso Ponsin.....               | 0,400                                           | 400       |
| Exposición minera subterránea.....         | 0,400                                           | 400       |
| Palacio del vestido.....                   | 2,000                                           | 80        |
| Palacio de la mujer.....                   | 0,650                                           | 1.300     |
| Palacio del baile.....                     | 0,750                                           | 7.500     |
| El palacio cabeza abajo.....               | 0,750                                           | 30.000    |
| Sociedad francesa del ciclorama.....       | 0,500                                           | 5.000     |
| Sociedad del fonorama.....                 | 0,150                                           | 1.500     |
| Panorama de Madagascar.....                | 0,500                                           | 1.000     |
| La sección argelina.....                   | 0,500                                           | 5.000     |
| Los viajes animados.....                   | 0,160                                           | 1.600     |
| Teatro de cuadros vivos.....               | 0,150                                           | 150       |
| Teatro indo-chino.....                     | 0,350                                           | 3.500     |
| Restaurant Kammerzell.....                 | 0,500                                           | 1.000     |
| La feria.....                              | 0,270                                           | 540       |
| Sociedades de cafés restaurants.....       | 0,600                                           | 1.200     |
| Sociedad otomana.....                      | 0,500                                           | 5.000     |
| Restaurant internacional de la Exposición. | 0,300                                           | 3.000     |
| Gran rueda de París.....                   | 4,000                                           | 160.000   |
| El palacio del mar.....                    | 0,550                                           | 5.500     |
| La calle del Cairo de 1900.....            | 1,500                                           | 15.000    |
| El epiciclo.....                           | 0,750                                           | 7.500     |
| El combate naval.....                      | 1,000                                           | 20.000    |
| Gran circo fantástico.....                 | 1,000                                           | 10.000    |
| Museo Mombur.....                          | 0,340                                           | 700       |
| Panorama de Roma.....                      | 0,600                                           | 6.000     |
| Diorama y panorama de Fashoda.....         | 0,250                                           | 2.500     |
| El estadio de Atenas.....                  | 1,500                                           | 15.000    |
| París en 1400.....                         | 0,850                                           | 1.700     |
| Teatro gigante Columbia.....               | 0,600                                           | 6.000     |
| El hipódromo.....                          | 3,000                                           | 30.000    |

| SOCIEDADES                                                | Capital social<br>en millones<br>de<br>francos. | Acciones. |
|-----------------------------------------------------------|-------------------------------------------------|-----------|
| Circo-palacio Campos Elíseos.....                         | 1,600                                           | 16.000    |
| Despachos automáticos.....                                | 0,173                                           | 173       |
| Transportes eléctricos.....                               | 4,000                                           | 40.000    |
| Rampas móviles.....                                       | 1,000                                           | 11.000    |
| Sociedad del Trocadero y Passy.....                       | 1,500                                           | 15.000    |
| Sociedad general de empresas y representa-<br>ciones..... | 0,150                                           | 300       |
| La hucha de 1900.....                                     | 0,600                                           | 1.200     |
| Compañía de viajes populares.....                         | 0,350                                           | 3.500     |
| La unión de 1900.....                                     | 0,100                                           | 200       |
| Sociedad de viajes-primas.....                            | 0,075                                           | 3.000     |

\*  
\* \*

EL AMONIACO EN LOS INCENDIOS.—El amoniaco, según parece, no sólo sirve para apagar los incendios producidos por el alcohol en los borrachos, sino los incendios producidos por las llamas en los edificios. Dos hechos, referidos por el *Journal of the Franklin Institute* y reproducidos por *La Naturaleza*, lo demuestran.

Un local que contenía muchos miles de kilos de algodón fue presa del fuego, probablemente producido por combustión espontánea, y cuando su interior estaba convertido en ardiente brasero, se salvó de la destrucción sin más que arrojar á la hoguera unos cuantos litros de amoniaco.

En otra ocasión, los vapores de gasolina que se desprendían de un recipiente de 200 litros, prendieron fuego á la tela de un taller de blanqueo, llenándose la habitación instantáneamente de llamas. Un boticario que vivía junto á la fábrica cogió una damajuana de vidrio que tenía unos seis litros de amoniaco, y la arrojó al fuego con fuerza para probar el efecto. El resultado fue instantáneo: la damajuana se hizo pedazos, el líquido se derramó por la habitación, y las llamas se convirtieron en negra humareda, que no tardó en desaparecer, sin que quedara rastro de fuego.

\*  
\* \*



EL PAPEL COMO ABRIGO.—La aplicación del papel de periódicos á los vestidos y á las camas como elemento de abrigo en las clases pobres se va generalizando. En las temporadas de temperatura variable, nada más cómodo que meterse, por si acaso, un periódico en el bolsillo, y así como se abre el paraguas si llueve, se saca el periódico si se siente frío, poniéndolo debajo del chaleco para abrigar el pecho ó la espalda, y se siente inmediatamente la variación de temperatura interior con la adopción de semejante prenda.

La revista *Cosmos* recomienda también el empleo del papel para hacerse una especie de tapabocas, mejor y mas cómodo que los que suelen usarse, para lo cual basta tomar el pañuelo del cuello y armarlo con una tira de papel. Este pañuelo así armado, no sofoca como los tapabocas y abriga mucho más que los pañuelos ordinarios, pudiéndose aligerar ó reforzar á gusto de cada cual, según las ocasiones.

\*  
\* \*

PERTENECE A LA BIBLIOTECA DEL  
ATENEO BARCELONÉS

CÓMO ENCUENTRAN LAS HORMIGAS SU CAMINO.—Las hormigas tienen cierto conocimiento de los alrededores de su hormiguero, sirviéndoles de puntos de mira los objetos vecinos; tienen también senderos conocidos, y cuando se las saca de ellos se encuentran visiblemente desconcertadas. Bethe, que ya había hecho estudios para averiguar cómo se reconocen entre sí las hormigas de la misma colonia, ha hecho varios experimentos para descubrir los medios de que se valen para orientarse.

Según la *Revista de Chile*, Bethe ha colocado un poco de azúcar sobre un papel ennegrecido á la salida de un hormiguero: la primera hormiga que salió no descubrió el azúcar; la segunda, después de muchas revueltas, tomó un grano y regresó, pero suprimiendo á la vuelta todas las curvas que había hecho á la ida; la tercera, que salió antes del regreso de la segunda, encontró la pista de ésta y cargando con su granito de azúcar volvió por el mismo camino; todas las que la siguie-

ron cruzaron al ir por el mismo sitio, pero al volver cada una fue abreviando distancias y al cabo de una hora el camino trazado era perfectamente recto. Las hormigas seguían su ruta lo mismo á la luz del sol que cuando se las sumía en la mayor obscuridad; pero una tira de papel atravesada en su camino las molestaba mucho, se detenían al llegar al papel, buscaban paso á la derecha, á la izquierda y por debajo, se arremolinaban en torno del obstáculo y no se atrevían á cruzarlo. Cuando por fin se resignaron á pasar por encima y establecieron su nueva ruta, Bethe quitó el papel, y la indecisión reapareció enseguida; las hormigas llegaban al sitio en que antes estaba el papel, se detenían y no sabían por donde ir.

Otro experimento fue el de dejar que las hormigas trazaran un camino sobre una placa de vidrio: una vez fijada la ruta, Bethe pasó el dedo sobre el vidrio á través del sendero; las hormigas, al llegar á aquel sitio, se detienen desconcertadas, habiendo perdido la pista. Sin duda al pasar dejan algún olor ó huella imperceptible para nosotros, y al hacerla desaparecer se quedan sin orientación.

Otro experimento consistió en colocar un puñado de larvas en un papel cerca del hormiguero; si una hormiga procedente del nido descubre las larvas, se lleva una, y en seguida vienen por más otras hormigas por el mismo camino. Pero si en lugar de esto, se toma una hormiga y se la pone junto á las larvas, eoge una y se vuelve con trabajo al hormiguero, pero sin que salgan otras hormigas en busca de las demás larvas; ni aun la misma hormiga descubre las larvas por el camino del regreso, lo que parece indicar que entre la pista de ida y la de vuelta existe alguna diferencia misteriosa que no nos es dado descubrir.

Este último experimento, sin embargo, nos parece poco concluyente. ¿No podía explicarse el hecho relatado, por el temor de las hormigas á ser víctimas de una violencia como la sufrida por su compañera al ser cogida del nido para deposi-

tarla junto á las larvas? Es verdad que la hormiga había salido bien de tan extraña aventura; pero el peligro corrido y el susto recibido eran harto positivos para que ni ella ni ninguna otra quisieran verse de nuevo en tales trances.

\*  
\* \*

LA CENSURA EN RUSIA.—No se puede concebir en la Europa occidental—dice al *Berliner Tageblatt* un periodista moscovita—el modo con que la censura periodística se ejerce, sobre todo en provincias. El censor examina ante todo si el artículo infringe los reglamentos generales de la censura ó las circulares especiales de la prensa; luego profundiza (!) el espíritu del artículo, investigando si es hostil al Gobierno ó si *podría* serle perjudicial de alguna manera; y por último, estudia si *podría* leerse entre líneas, y si el contenido del artículo podría desagradar á algún personaje. Todo lo que publican los periódicos tiene que ser revisado por el censor, y esta vigilancia paraliza y acaba por matar toda iniciativa, toda independencia en la prensa.

He aquí algunos ejemplos de asuntos prohibidos al periódico *Novoie Obozrenznie* el año pasado: Una correspondencia de Batoum, en la que se decía que «las epidemias de enfermedades infecciosas no disminuían»; una nota en la que, con arreglo al último censo, se fijaba en 223.000 habitantes la población de Kiew y en 565.000 la de Odessa; otra nota de Suchum, en la que se hablaba de una petición solicitando la creación de una comisión encargada de averiguar las causas de la decadencia del cristianismo y de la desgraciada situación del clero, etc., etc.

\*  
\* \*

UNA LEYENDA SOBRE LA PESTE.—En la *Revue Scientifique* cuenta A. Loir, con motivo de las epidemias de peste en Tú-

nez, la siguiente leyenda oriental, que atribuye al Cardenal Lavigerie:

«Paseándose un día un marabú por los alrededores de Esmirna vió pasar á la peste.

»—¿Dónde vas, Peste?—le preguntó.

»—Voy á Esmirna.

»—Para seguir haciendo de las tuyas, sin duda, ¿eh? Pues mira: te suplico que perdones á los habitantes de esta ciudad, son amigos míos.

»—Tranquilízate; en consideración á tu súplica, me contentaré con mil víctimas solamente.

»Al año siguiente, el marabú volvió á encontrarse en el mismo sitio con la Peste.

»—¡Oh, maldita Peste!—le dijo.—Me habías prometido no matar más que mil personas, y has matado más de veinte mil.

»—Te aseguro—respondió la Peste—que cumplí mi palabra, y que no causé más de mil víctimas; las demás las ha matado el miedo.»

Esta leyenda no es del Cardenal Lavigerie, pues nosotros la hemos leído en una colección de chistes y cuentos española, de la primera mitad del siglo.

\*  
\* \*

EL PERIODISMO EN EUROPA.—Alberto Bonard dedica en la *Bibliothèque Universelle* un estudio á los periódicos y periodistas, reconociendo en la prensa periódica tres tipos principales: el inglés, el alemán y el francés. La prensa inglesa se consagra, ante todo, á la información, siendo el reporter del tipo de Archivaldo Fobtes el mejor periodista. En la prensa alemana domina la documentación, reseñas de Asambleas, actas de Congresos, etc., con pocos asuntos de prensa, á menos de que un Bismarck solicite al efecto los órganos de la opinión. Ni el periodista inglés ni el alemán suelen firmar sus artículos, siendo, por consiguiente, su nombre ignorado del pú-

blico. En Francia ocurre todo lo contrario, y por eso los periodistas son legión, siendo indiscutible que «por el brillo de la forma y el nervio y precisión del pensamiento, la prensa parisién no tiene rival.»

\*  
\* \*

LA EVOLUCIÓN HISTÓRICA DEL CARÁCTER DE ULISES.—Según demuestra cumplidamente el eruditísimo P. Cesáreo en la *Rivista di Storia Antica*, Ulises aparece entre los griegos como engañador, lleno de doblez, cualidad no deshonrosa en la moral de los tiempos heroicos, en los que el título de pirata no era injurioso; entre los latinos fue considerado, á causa de su doblez, como uno de los mayores malvados de la historia mitológica; en la Edad Media como pecador legendario, á quien Dante reserva uno de los tormentos especiales del infierno; y en nuestros tiempos se ha convertido en un símbolo poético y noble como el que pinta Tennyson en sus *Lotofagos*.

Para exponer estas vicisitudes—como dice la *Rivista Politica e Leteraria*—Cesáreo ha puesto á contribución escritores griegos, latinos, italianos, franceses, ingleses, alemanes, españoles y árabes, logrando demostrar que los tipos legendarios, lo mismo que los reales y rigurosamente históricos, están sujetos á las leyes darwínicas de la adaptación y del *uso y no uso*.

FERNANDO ARAUJO.

## NOTAS BIBLIOGRÁFICAS

---

**Pensieri di varia filosofia e di bella letteratura**, di Giacomo Leopardi. Volume quarto.—Firenze, successori Le Monnier, 1899.—Un tomo de 439 páginas, 3,50 liras.

Tiene este tomo del *Zibaldone* de los *Pensamientos* de Leopardi el mismo carácter abigarrado que tienen los anteriores, según hicimos notar al dar cuenta de ellos á su debido tiempo en LA ESPAÑA MODERNA. Sin embargo, en este volumen cuarto predominan muchísimo los estudios y observaciones de carácter lingüístico, sobre la índole de las lenguas antiguas (hebreo, griego, latín) y modernas (francés, italiano, español), sobre particularidades gramaticales, sobre derivaciones y transformaciones de palabras, etc. Como todos los escritos del gran poeta, ofrece este libro gran abundancia de pensamiento en todas sus páginas.

Copiaré, lo mismo que hice otras veces, algún fragmento:

«No hay que confundir—dice—la pureza de la lengua, la cual es obligatoria en todos los escritos de cualquier nación, con la elegancia, que no es obligatoria sino en algunos escritos, mientras en otros no sólo no es necesaria, sino que es imposible. No debe, pues, pensarse que porque la lengua italiana sea muy capaz de elegancias, y porque al leer la mayor parte de nuestros escritores experimentemos una grandísima complacencia, no debe pensarse, digo, que por eso los escritores didascálicos, etc., cuando no resultan elegantes, no sean italianos. Vuelvo á decir que la precisión *moderna*, que es extre-

mada, y que en semejantes escritos y géneros es de primera necesidad, y que hoy se prefiere á todas las demás cualidades, es por su propia naturaleza absolutamente incompatible con la elegancia; y, en efecto, nuestro siglo, que es el siglo de la precisión, no es ciertamente el de la elegancia en ningún género. Pero la precisión es perfectamente compatible con la pureza, como puede verse en Galileo, el cual, allí donde es preciso y matemático, no es jamás elegante, pero siempre es purísimo italiano. Pues nuestra lengua, lo mismo que cualquiera otra, es incapaz de un estilo que reuna dos cualidades esencialmente contradictorias entre sí, pero es muy capaz del estilo preciso no menos que del elegante, á semejanza de la griega y al contrario de la francesa, la cual, siendo muy capaz de precisión, es incapaz de elegancia (de lo que nosotros, los latinos y los griegos, entendemos y entendían por elegancia), y de la latina, muy capaz de elegancia pero incapaz de precisión, por lo que apenas corrompida se aplicó á las sutilezas teológicas, escolásticas, etc. (entre las cuales, por el contrario, fue criada la nuestra y creció la griega), y aun á las de la filosofía griega después de Cicerón, razón por la que es inadaptable completamente á las cosas modernas y á las traducciones de cosas modernas.»

P. DORADO.

---

**La Justice par l'Etat. Etude de Morale Sociale**, por Paul Lapie: un volumen de 215 páginas.—Félix Alcan, editor. París, 1899.—Su precio, 2,50 francos.

Hay que distinguir en el libro del Sr. Lapie varias cosas. Primeramente, el método de investigación y la determinación del ideal; luego, la orientación que el ideal social y político determinado supone, con los remedios que se estiman necesarios para alcanzarlo, y, por fin, su crítica del estado actual de las cosas políticas, y de las sociales en su relación con las políticas.

El método que defiende el Sr. Lapie implica una concep-

ción armónica entre un determinismo que pudiéramos llamar científico y la acción eficaz posible de un ideal social activo, previsor y fecundo. No acepta el autor de *La Justice par l'Etat* las ideas de Taine, comprendidas en estas palabras: «La forma social y política en la cual un pueblo puede entrar y *permanecer* no es obra de su arbitrio, sino que está determinada por su carácter y por su pasado»; pero tampoco admite el método abstracto, de improvisación política. «El ideal político—dice,—como todo ideal, debe presentar sus títulos á la razón; la conciencia debe ser iluminada por la ciencia.» «Según la crítica—añade—que hemos dirigido á las dos teorías extremas, se puede prever que buscaremos la solución del problema en una teoría sintética análoga á la de M. Ll. Michel» (autor éste de un importante libro sobre *L'Idée de l'Etat*). En resumen, escribe, formulando más adelante su pensamiento: «No consentiremos que se apodere de la dirección de nuestra conciencia política la moral independiente de la ciencia, ni la ciencia independiente de la moral, sino que investigaremos cuál ideal social inspira á la razón la experiencia, qué forma debemos dar al Estado y qué funciones debemos confiarle si queremos realizar nuestro ideal.»

Sobre la orientación que el libro del Sr. Lapie supone habría mucho que decir, y casi todo en elogio del autor: tiempo hace que semejante orientación se mantiene, en cierto sentido, por el núcleo de juristas y sociólogos que en España siguen las inspiraciones de la doctrina orgánica y afirman el carácter jurídico del Estado. Baste decir que el Sr. Lapie asigna al Estado como misión la *justicia*—el *derecho*, diríamos nosotros,—pero entendida, no en el sentido limitativo y restrictivo del individualismo, sino en un sentido positivo y de acción. «El Estado—dice—es el instrumento de la justicia, la justicia es el ideal del Estado» (pág. 37). «El ideal del Estado—escribe más adelante—no es ni la ciudad ni el ciudadano, es la justicia *intercívica*» (pág. 45). Ahora bien: la forma del Estado es preciso deducirla del ideal; por eso aquélla tiene que depender



de las condiciones en las cuales la justicia debe realizarse. Estas condiciones se refieren, bien sea á la afirmación directa por el gobierno del Estado, de la justicia misma, bien sea á la extirpación de las causas—determinadas: los delitos, v. gr.; indeterminadas: la miseria, la incultura, etc.—de la injusticia. En consonancia con estas condiciones se fijan las funciones del Estado: tiene éste, en efecto, una función arbitral y de extirpación de la injusticia que debe ejercer el Gobierno con la magistratura judicial y militar, y una función impuesta por las injusticias generales del medio, del desequilibrio social, etc., que debe ejercer una triple magistratura filantrópica, pedagógica y económica del Estado.

La explicación de la organización, procedimientos y demás de todas estas funciones que el imperio real de la justicia impone, según el señor Lapie, exigiría muchísimo más espacio del que aquí puedo consagrar al libro que examino. Sólo advertiré que es muy interesante, y oportuna hoy como nunca entre nosotros, la lectura de su defensa de la centralización administrativa como medio adecuado para asegurar ó garantizar la condición de *universalidad* que la justicia exige. Podrá discutirse si el señor Lapie funda bien ó mal su opinión; pero, seguramente, con su libro á la vista se puede afirmar que el problema no está tan resuelto como á veces se pretende, ó, por lo menos, que el problema es mucho más complejo de lo que á primera vista parece.

Prescindiendo de esto, estimo que el lado *débil* del trabajo del señor Lapie está en esta parte, que pudiéramos llamar *constructiva*, de su doctrina. Su fe en la eficacia del *arbitraje* como medio de garantizar la imparcialidad en la justicia que debe hacer el Estado, no me parece bien fundada: el *árbitro* será siempre un hombre, bueno ó malo, y su juicio, su acción, sus decisiones, obra de su estructura personal: realmente, la solución del hondísimo problema de moral social que el señor Lapie busca, no puede estar en un simple cambio de postura, en una modificación de las magistraturas políticas.

La parte crítica del estado actual de las instituciones y funciones políticas, es indudablemente lo mejor del libro del señor Lapie. Cuanto dice del régimen actual de las mayorías es interesante, y lo es mucho más el finísimo análisis de los procedimientos judiciales modernos: las páginas que dedica á examinar la cuestión de si la magistratura judicial actual es imparcial é instruída, son las que ofrecen un interés superior.

ADOLFO POSADA.

---

**La moral de la derrota**, por D. Luis Morote.—Madrid, 1900.—Un volumen de XI-781 páginas, 5 pesetas.

Más que un libro de investigación y de crítica propiamente científica, me parece que el señor Morote se ha propuesto hacer una obra que podríamos llamar de impresiones. Pues en la que acaba de publicar expone las que á él le han producido los acontecimientos ocurridos últimamente en España y las que siente en presencia de la situación actual (económica, política, pedagógica) de este país. Sobre esto, y sobre el posible porvenir de nuestra patria, escribe largamente, advirtiéndose en todas las páginas del volumen un espíritu muy levantado y liberal y un noble anhelo de mejoramiento de esta infeliz nación. Acaso hay también esperanzas sobrado optimistas, como las que alimentan muchos otros que no nos creen tan decaídos como lo estamos en realidad.

El autor no ha hecho trabajos de propia indagación en casi ninguno de los puntos que en su estudio trata; pero ha leído bastantes libros y publicaciones de otra índole, y nos ofrece reunidos en un solo volumen datos y doctrinas que andan esparcidos en varios sitios.

El señor Morote suele juzgar de cosas y personas con bastante discreción y acierto.

La obra se divide en dos libros, y cada uno de ellos, á su vez, en dos partes; de este modo: LIBRO PRIMERO: EL DESASTRE

Y SUS CONSECUENCIAS; *parte primera: De Melilla á Santiago de Cuba; parte segunda: El problema nacional*. LIBRO SEGUNDO: ESPERANZAS DE REGENERACIÓN; *parte primera: El movimiento económico; parte segunda: Síntomas de reforma política y social*.

P. DORADO.

**Science sociale et democratie**, por G. L. Duprat: 1 vol. de 320 páginas. *Bibliothèque Sociologique internationale*. París, 1900. Giard y Brière, editores.—Su precio, 6 francos.

El interesante libro del Sr. Duprat, que forma el volumen XIX de la Biblioteca de Sociología que dirige el señor Worms, puede estimarse como un ensayo, verificado con rigor y escrupulosidad verdaderamente científicos, de política sociológica, ó si se quiere mejor, de sociología política. El autor no contrae la indagación sociológica á una determinación, que pudiéramos llamar objetiva, de las condiciones sociales ó de la sociedad misma; busca en las conclusiones de la Sociología un valor práctico, un alcance político; quiere encontrar de ella, en suma, la justificación de un ideal. En su virtud, podríamos decir que la Sociología que nos expone el Sr. Duprat es una Sociología de tendencias, verdadera guía é inspiradora de soluciones aplicables en la vida social, y más particularmente en la vida del Estado.

Y ¿cuál es el ideal, «el estado social ideal» que, en opinión del Sr. Duprat, resulta justificado por la Sociología? La democracia.

Pero entendámonos. No es que el autor afirme las excelencias de la democracia, tratando luego de justificarlas por medio de consideraciones sociológicas. El procedimiento seguido es completamente al contrario. El Sr. Duprat hace primero Sociología: determina—con gran acierto, en general, á mi ver—la naturaleza de la Sociología, del hecho social, así como la esfera de la filosofía social; y después de esto, después de formar un criterio sociológico, es cuando el citado escritor pasa á con-

siderar el arte político y llega á definir la democracia. «El estado social ideal—dice—es siempre una democracia: nuestra fe en un porvenir democrático no es sólo el resultado de un deseo, sino la consecuencia de previsiones sociológicas.»

Es, en verdad, muy interesante el concepto que el Sr. Duprat expone de la democracia y del régimen democrático, siendo muy razonable el papel que atribuye al Gobierno en el mismo. El régimen democrático implica la armonía de la ley moral y del interés general del pueblo, y supone un profundo sentimiento de solidaridad en todos. Así, estima el autor que este régimen es todavía un ideal al cual es preciso dirigirse guiando á la humanidad, elevándola, suscitando en ella tendencias morales. Y como todo esto entraña una gran obra educativa, de ahí que el autor considere como una de las misiones más importantes y fecundas la misión de los educadores.

He aquí ahora, en breves palabras, una indicación de las cuestiones que el Sr. Duprat estudia en su libro. En una introducción resume los sistemas políticos principales—Platón, Aristóteles, Hobbes, Spinoza, Montesquieu, Rousseau, Comte;—luego, en las cuatro partes en que se divide la obra, habla primero de la Sociología, después del arte político, á continuación de la organización democrática, y, por último, de la educación política.

ADOLFO POSADA.

---

**Le associazioni politiche**, per Ignazio Tambaro.—Napoli, 1900.— Un folleto de 66 págs., sin indicación de precio.

**Le incompatibilità parlamentari**, per Ignazio Tambaro.—Palermo, 1900.— Un folleto de 175 págs., 1,50 liras.

El autor de estos opúsculos es un joven que comienza á trabajar con grandes alientos. En pocos años ha dado ya á luz unos cuantos trabajos, de alguno de los cuales se habló á su debido tiempo en las columnas de esta Revista.

Todos esos escritos están consagrados al estudio de cues-

tiones políticas, y al estudio de cuestiones políticas lo están también los dos folletos á que esta nota se refiere, que son dos monografías tocantes á las *Asociaciones políticas* y á las *Incompatibilidades parlamentarias*.

En la primera de ellas se examina bajo diferentes aspectos el derecho de asociación política. Comienza con una introducción, en que se plantea el problema, se da una idea del derecho de asociación y se hacen indicaciones sobre la injusticia é ineficacia del sistema represivo con respecto al mismo. Luego, en los capítulos siguientes, estudia el autor el fundamento y límites del derecho de asociación política; la conveniencia del mismo para que el Estado pueda cumplir bien sus fines; las facultades que al mismo Estado competen para regularlo y restringirlo; la variedad de opiniones sobre si debe existir una ley que defina y regule el derecho de que se trata; los criterios que deben tenerse presentes, cuando tal ley exista, para poder conciliar el derecho de los individuos á asociarse con el derecho del Estado á conservar el orden; lo que debe hacer el poder ejecutivo para permitir y limitar el ejercicio de tal derecho de asociación cuando se carezca de ley sobre el particular.—El Sr. Tambaro resuelve los problemas con un espíritu bastante liberal.

Para nuestro autor, la base del buen funcionamiento del régimen representativo se halla en un acertado sistema de incompatibilidades parlamentarias, excluyendo, mediante él, de los Cuerpos Colegisladores á todos aquellos individuos que se hallen ligados al Gobierno por vínculos de agradecimiento ó de subordinación, y que, por tanto, carezcan de la necesaria independencia para el conveniente desarrollo de sus funciones. Al examen de este asunto consagra el Sr. Tambaro la segunda de las mencionadas monografías. Según él, es muy aceptable la tendencia que por doquiera se advierte á ir aumentando el número de las referidas incompatibilidades, porque de este modo se purificará el Parlamento.

Aun cuando no deja de haber en ambos folletos, sobre

todo en el último, algunas noticias de legislación extranjera (consagra un capítulo á exponer la legislación de los varios países de Europa y de otros de fuera de Europa sobre las incompatibilidades), sin embargo, la mayor parte de las referencias legislativas que el autor hace y de los datos que expone son pertinentes á Italia, como se comprende con facilidad.

P. DORADO.

---

**Scritti di Carlo Bini.** Seconda edizione, notevolmente accresciuta.—Firenze, Successori Le Monnier, editori, 1900.—Un vol. de XVIII-556 páginas, 4 liras.

Nació Carlos Bini en 1806 y murió en 1842, aún no cumplidos los treinta y seis años. Fue, pues, contemporáneo de Leopardi, y murió algo más joven aún que éste. Su actividad y amor al estudio corrieron parejas con los del poeta de Recanati. Ambos también fueron igualmente desgraciados.

Bini, pensador, escritor y poeta como Leopardi, aun cuando no de la importancia de éste, dejó escrito mucho menos que Leopardi, pero dejó bastante. Entre las ediciones de sus trabajos, figura una de 1869, publicada por G. Levantini-Pieroni con el título *Scritti editi e postumi di Carlo Bini*. El mismo Levantini-Pieroni ha dado á luz recientemente la segunda edición de esos *Scritti* en el volumen á que hace referencia esta nota.

Contiene trabajos muy variados: prosa, versos, traducciones, cartas, cartas amorosas y un apéndice de cosas varias. Algunos de tales escritos son de verdad interesantes, como el que se titula *Manuscrito de un prisionero*, el más largo de todos, y para mí el mejor, por la multitud de observaciones y sugerencias que contiene, tomadas de la realidad, en la cárcel misma, donde el autor estuvo por motivos políticos, y por la ternura y unción con que están escritas muchas de sus páginas.

P. DORADO.

**Cuestiones jurídicas relacionadas con la ley sobre accidentes del trabajo**, por D. Manuel Conrotte.—Madrid, 1900.—Un folleto de 40 páginas; sin indicación de precio.

Publicada la nueva ley sobre accidentes del trabajo, no dejará de ofrecer, como todas, dudas y dificultades en su aplicación. El Sr. Conrotte indica ya por anticipado algunas de esas dudas, referentes, sobre todo, á si los preceptos de tal ley serán aplicables, y cómo, á los soldados, á los penados y á los extranjeros. También hace ciertas observaciones sobre la parte procesal de la mencionada disposición.

P. DORADO.

**Las asociaciones obreras en España** (Notas para su historia), por D. Juan Uña Sarthou.—Madrid, 1900.—Un volumen de 347 páginas y 20 más de apéndices, 4 pesetas.

La historia de España hay que ir la haciendo poco á poco. Ha de hacerse por el concurso de diferentes investigadores, mediante monografías que vayan poniendo en claro los múltiples asuntos é instituciones que aquélla abraza, y echando de tal suerte las bases firmes para futuras síntesis y generalizaciones.

El Sr. Uña Sarthou, uno de los pocos jóvenes «intelectuales» de los que trabajan de verdad aquí en España, nos ofrece en su libro *Las asociaciones obreras* una de tales monografías. Con el auxilio de no pocos libros y documentos de otra clase, cuidadosamente recogidos y estudiados, reconstruye el autor la vida, organización y vicisitudes del gremio en España desde la época romana hasta su desaparición en el siglo pasado y el presente.

Que el trabajo ha podido ser mucho más completo de lo que es, no cabe duda; aún puede investigarse bastante más de lo que ha investigado el Sr. Uña (él mismo lo dice varias veces); pero es de tener en cuenta que el libro constituye una Memoria de las presentadas al concurso abierto por el Ateneo de Madrid en 1899 para el premio Charro Hidalgo (que por cier-

to le fue adjudicado al Sr. Uña), y sabido es que, en estos casos, hay siempre un plazo perentorio para presentar los manuscritos.

Cuando el Sr. Uña publique la segunda edición de su libro, seguramente que éste, que ya hoy tiene bastante mérito, lo aumentará.

P. DORADO.

**Pensieri di varia filosofia e di bella letteratura**, di Giacomo Leopardi.

Volume quinto. — Firenze, Successori Le Monnier, editori, 1900.—

Un tomo de 437 páginas, 3,50 liras.

Del carácter de esta obra póstuma de Leopardi ya se ha dicho lo suficiente al publicar en esta misma Revista las notas bibliográficas de los cuatro primeros volúmenes.

En el quinto, que acaba de ver la luz, se contiene un caudal grande de observaciones gramaticales y filológicas: estudios comparativos de las varias lenguas antiguas y modernas, sobre todo de las neolatinas entre sí y con el latín, matriz de las mismas; multitud de derivaciones y aproximaciones de palabras; explicación de los caracteres y peculiaridades que cada uno de tales idiomas presenta, etc., etc. Pero también hay bastantes notas—algunas, largas—relativas á asuntos literarios, musicales, estéticos en general y filosóficos. Hasta hay alguna de índole política ó filosófico-política, como la siguiente: «Tan cierto es que una sociedad capaz de República no puede estar sino ligera ó escasamente corrompida, como que una sociedad plenamente corrompida (v. gr., la moderna) no es absolutamente capaz de otro estado duradero más que del monárquico casi absoluto, y como que el no ser absolutamente capaz de otra cosa sino de monarquía absoluta y el de ser incapaz de un duradero Estado libre, es señal cierta de sociedad del todo corrompida. Así se aproximan, en apariencia, los dos extremos, ó sea la sociedad primitiva, cuyo único estado propio es la monarquía, y la sociedad totalmente corrompida, cuyo único estado propio es la monarquía absoluta.....»

P. DORADO.



## OBRAS NUEVAS

---

- Agea y Falgueras (J. y F.)—Rosa de te; apropósito en un acto, en prosa. En 4.º, 16 págs.: 1 peseta.
- Agreda (M. de J. de).—Vida de la Virgen María, con prólogo de E. Pardo Bazán. En 4.º, 370 páginas: 7,50 pesetas.
- Almendros Camps (J.)—Pasionarias; diseños. En 8.º, 198 págs.: 3 pesetas.
- Alvarez Quintero (S. y J.)—El patio; comedia en dos actos. En 4.º, 73 págs.: 1,50 pesetas.
- Arigita y Lasa (M.)—El Ilmo. y Reverendo Sr. D. Francisco de Navarra; estudio histórico-crítico. En 4.º, xvi-774 págs.: 7,50 petas.
- Asúnsolo Martínez (J.)—Contabilidad y teneduría de libros. En 4.º, 123 págs.: 3 pesetas.
- Belmás (M.)—Canarias; el peligro y sus remedios. En 4.º, 47 págs. y 7 planos: 1 peseta.
- Bofill Jacas (J. M.)—Industrias universales prácticas. En 4.º, 80 páginas: 10 pesetas.
- Braun (J. J.)—Nueva gramática alemana. En 4.º, viii-232 págs.: 6 pesetas.
- Calvo y Madroño (I.)—Programa de instituciones de Derecho romano según el orden de las de Justiniano. En 8.º, 72 págs.: 1,50 ps.
- Canata (P. A.)—Nicanor; tragedia en cinco actos y en verso. En 12.º, 127 págs.: 50 céntimos.
- Castillejo (J. L.) El año en las Salesas; 1899, *Año primero*. En 8.º, xix-367 págs.: 5 pesetas.
- Castillo y Domper (J. del).—Las apendicitis; estudio acerca de esta enfermedad, sus complicaciones y curación. En 4.º, 307 págs.: 3,50 pesetas.
- Celis (E. R.)—La remolacha azucarera; guía práctica para su cultivo. En 4.º, vii págs.: 1 peseta.
- Clapés y Juan (J.)—El General Vara de Rey. En 8.º, 48 págs.: 1 peseta.
- Díaz Cassou (P.)—Literatura popular murciana. El cancionero Panocho; coplas, cantares, romances de la huerta de Murcia. En 8.º, 97 págs., 18 de música: 2 pesetas.
- Fernández García (M.)—El jubileo; instrucciones y prácticas para lucrarlo. En 8.º, 319 págs., con láminas: 1 peseta.
- Fernández-Hermosa (P.)—Frescos y gordos. Chistes, cuentos, epigramas, exageraciones, chascarrillos, andaluzadas, moralejas. En 8.º, 111 págs.: 1 peseta.
- Gallego Ramos (E.)—Los campos de

- instrucción y de tiro en Alemania. En 4.º, 28 págs.: 1 peseta.
- García Gutiérrez (A.)—Historia general del desarrollo del comercio y de la industria. En 8.º mayor, xv-338 págs.: 4 pesetas.
- Gómez-Rodríguez (J.)—Conservación y restauración de cuadros, En 8.º, 46 págs.: 1 peseta.
- González Alvarez (C.)—Seguros. El Consultor del asegurado. En 8.º, 85 págs.: 1 peseta.
- González de Crussellas (J. M.)—Diccionario geográfico postal de la provincia de Huesca. En 8.º, 338 págs.: 1,25 pesetas.
- Gorostiza (M. E. de).—Obras. Tomo III (teatro). México: Imp. de V. Agüeros, 1899. En 8.º, 333 páginas: 6 pesetas.
- Biblioteca de autores mexicanos, tomo 26.
- Grandía (M.)—Gramática griega para uso de los Seminarios. En 8.º, VIII-191 págs.: 2,50 pesetas.
- Lampérez y Romea (V.)—Segovia, Toro y Burgos. Observaciones sobre algunos de sus monumentos arquitectónicos de la Edad Media. En 4.º, 47 págs.: 1,50 pesetas.
- López Tuero (F.)—Unitarismo de la patria española. La descentralización.—El regionalismo.—Portugal.—Gibraltar.—Síntesis del unitarismo. En 8.º, 156 págs.: 3,50 pesetas.
- Manuel de Ferrer (L.)—El desarme de Europa y las garantías de la paz general. En 4.º, 32 págs.: 75 céntimos.
- Marchal (P.)—Esperanza á los que lloran. En 12.º, 453 págs.: 1,25.
- Mario (hijo) (E.) y Santoval (D. de).—El director general; comedia en tres actos y en prosa. En 4.º, 105 páginas.
- Martinez (M.) y Suárez (I.)—Segundo curso de Matemáticas. En 8.º, 156 págs.: 5 pesetas.
- Mestres (A.)—Poemas de mar. En 8.º, 127 págs.: 2 pesetas.
- Muñoz Caravaca (I.)—Principios de aritmética. En 8.º, 152 págs.: 1 peseta.
- Navas Ramírez (J.)—Canelo, juguete cómico en dos actos. En 4.º, 58 págs.: 1,50 pesetas.
- Palomero (A.)—Cancionero de Gil Parrado. En 8.º, 207 págs.: 2 pesetas.
- Picón (J. O.)—Cuentos. En 12.º, 88 págs.: 75 céntimos.
- Redondo y Menduiña (J.)—De Belén al Calvario. En 8.º mayor, 142 págs.: 2 pesetas.
- Ruiz y Plá (E.)—El único juez; drama en tres actos. En 4.º, 68 páginas: 2 pesetas.
- Serrano Altamira (J.)—Las tropas alpinas en Francia. En 4.º, 56 páginas: 1 peseta.
- Soldevilla (F.)—El Año Político. Año V. En 4.º, VIII-480 pág.: 6 pesetas.
- Sota y Lastra (R. de la).—Manual teórico y práctico de las enfermedades de la nariz y de sus senos accesorios. En 8.º, XVI-494 páginas, con grabados: 5 pesetas.
- Suárez Somonte (I.)—Primer curso de aritmética. En 8.º, 151 páginas: 3 pesetas.
- Tapia (A.)—Los suicidios en Cataluña, y en general en toda España. En 8.º, 237 págs.: 2 pesetas.
- Valencina (Fr. A. de).—Soliloquios. En 8.º, 278 págs.: 2 pesetas.
- Yesares y Blanco (R.)—Vademécum práctico de electricidad. En 8.º, 523 págs.: 5 pesetas.

## INDICE

---

|                                                                                                            | <u>Págs.</u> |
|------------------------------------------------------------------------------------------------------------|--------------|
| <i>En los bancos de Terranova</i> (novela), por Kunt Hantun.....                                           | 5            |
| <i>Poetas americanos: El canto del olvido</i> , por Eduardo Echevarría..                                   | 13           |
| <i>El padre de Moratín</i> , por Juan Pérez de Guzmán.....                                                 | 16           |
| <i>Notas sobre la Exposición de Goya</i> , por N. Sentenach.....                                           | 34           |
| <i>Los hijos vengadores en la literatura dramática</i> , por el Marqués<br>de Valmar.....                  | 54           |
| <i>La muerte por el honor (recuerdos de la guerra de la Independencia)</i> , por Nicolás Pérez Merino..... | 90           |
| <i>Crónica literaria</i> , por E. Gómez de Baquero.....                                                    | 117          |
| <i>Revista de Revistas</i> , por Fernando Araujo.....                                                      | 131          |
| <i>Revista Hispanoamericana</i> , por Iob.....                                                             | 149          |
| <i>Notas bibliográficas</i> , por P. Dorado y A. Posada.....                                               | 190          |
| <i>Obras nuevas</i> .....                                                                                  | 201          |

# LIBROS PUBLICADOS

POR

## LA ESPAÑA MODERNA

que se hallan de venta en su Administración, Cuesta de Santo Domingo

16, principal.—MADRID

| N.º del Catál.º                                                 | Pesetas. | N.º del Catál.º                                                                      | Pesetas. |
|-----------------------------------------------------------------|----------|--------------------------------------------------------------------------------------|----------|
| 175                                                             |          | 124                                                                                  |          |
| Aguanno. — La génesis y la evolución del Derecho civil. . . . . | 15       | Barbey d'Aurevilly. — Una Historia sin nombre                                        | 3        |
| 176                                                             |          | 110                                                                                  |          |
| — La Reforma integral de la legislación civil. .                | 4        | — Venganza de una mujer. . . . .                                                     | 3        |
| 177                                                             |          | 130                                                                                  |          |
| Alcofurado. — Cartas amatorias de la monja portuguesa. . . . .  | 3        | Baudelaire. — Los paraísos artificiales. . . . .                                     | 3        |
| 315                                                             |          | 163                                                                                  |          |
| Amiel. — Diario íntimo. .                                       | 9        | Becerro de Bengoa. — Trueba. . . . .                                                 | 1        |
| 178                                                             |          | 174                                                                                  |          |
| Anónimo. — ¿Académicas?                                         | 1        | Bergeret. — Eugenio Mouton (Merinos) . . .                                           | 1        |
| 179                                                             |          | 311                                                                                  |          |
| — Currita Alborno al P. Luis Coloma. . . . .                    | 1        | Boissier. — Cicerón y sus amigos. . . . .                                            | 8        |
| 180                                                             |          | 169                                                                                  |          |
| Araujo. — Goya. . . . .                                         | 3        | Bourget. — Hipólito Taine. . . . .                                                   | 0,50     |
| 183                                                             |          | 300                                                                                  |          |
| Arenal. — El Delito colectivo. . . . .                          | 1,50     | Buisson. — La Educación popular de los adultos en Inglaterra. . . . .                | 6        |
| 182                                                             |          | 185-186                                                                              |          |
| — El Derecho de gracia. .                                       | 3        | Burgess. — Ciencia política y Derecho constitucional comparados (dos tomos). . . . . | 14       |
| 181                                                             |          | 187                                                                                  |          |
| — El Visitador del preso. .                                     | 3        | Buylla. — Economía. . . .                                                            | 12       |
| 114                                                             |          | 36-37                                                                                |          |
| Arnold. — La crítica en la actualidad. . . . .                  | 3        | Campe. — Historia de América (dos tomos). .                                          | 6        |
| 172                                                             |          | 156                                                                                  |          |
| Asensio. — Fernán Caballero. . . . .                            | 1        | Campoamor — Cánovas. .                                                               | 1        |
| 39                                                              |          | 79                                                                                   |          |
| — Martín Alonso Pinzón. .                                       | 3        | — Doloras, cantares y humoradas. . . . .                                             | 3        |
| 184                                                             |          | 69                                                                                   |          |
| Asser. — Derecho Internacional privado. . . . .                 | 6        | — Ternezas y flores. . . .                                                           | 3        |
| 111                                                             |          | 188                                                                                  |          |
| Balzac. — César Birotteau. . . . .                              | 3        | Carnevale. — Filosofía jurídica. — Crítica penal. .                                  | 5        |
| 54                                                              |          | 189                                                                                  |          |
| — Eugenia Grandet. . . .                                        | 3        | — La cuestión de la pena de muerte. . . . .                                          | 3        |
| 112                                                             |          | 102                                                                                  |          |
| — La Quiebra de César Birotteau. . . . .                        | 3        | Caro. — Costumbres literarias. . . . .                                               | 3        |
| 62                                                              |          | 140                                                                                  |          |
| — Papá Goriot. . . . .                                          | 3        | — El Derecho y la fuerza. .                                                          | 3        |
| 76                                                              |          | 58                                                                                   |          |
| — Ursula Mirouet. . . . .                                       | 3        | — El pesimismo en el siglo XIX. . . . .                                              | 3        |
| 2                                                               |          |                                                                                      |          |
| Barbey d'Aurevilly. — El Cabecilla. . . . .                     | 3        |                                                                                      |          |
| 12                                                              |          |                                                                                      |          |
| — El Dandismo y Jorge Brummel. . . . .                          | 3        |                                                                                      |          |
| 131                                                             |          |                                                                                      |          |
| — La Hechizada. . . . .                                         | 3        |                                                                                      |          |
| 120                                                             |          |                                                                                      |          |
| — Las Diabólicas. . . . .                                       | 3        |                                                                                      |          |

| N.º del Catál.º                                                             | Pesetas. | N.º del Catál.º                                                        | Pesetas. |
|-----------------------------------------------------------------------------|----------|------------------------------------------------------------------------|----------|
| 65 Caro.—El suicidio y la civilización.....                                 | 3        | 194 Fouillee.—Novísimo concepto del derecho.....                       | 7        |
| 127 — Littré y el Positivismo.....                                          | 3        | 198-199 Framarino dei Malatesta.—Lógica de las pruebas (dos tomos).... | 15       |
| 293 Castro.—El libro de los galicismos.....                                 | 3        | 302-303 Gabba.—Derecho civil moderno (dos tomos).                      | 15       |
| 190-191 Collins. — Resumen de la filosofía de Spencer (dos tomos).....      | 15       | 307 Garnet.—Historia de la Literatura italiana....                     | 9        |
| 64 Coppée.—Un idilio.....                                                   | 3        | 201 Garofalo. — Indemnización á las víctimas del delito.....           | 4        |
| 40 Cherbuliez. — Amores frágiles.....                                       | 3        | 200 — La criminología.....                                             | 10       |
| 26 — La tema de Juan Tozudo                                                 | 3        | 202 — La superstición socialista.....                                  | 5        |
| 93 — Meta Holdenis.....                                                     | 3        | 98 Gautier.—Bajo las bombas prusianas.....                             | 3        |
| 18 — Mis Rovel.....                                                         | 3        | 167 — Enrique Heine.....                                               | 1        |
| 91 — Paula Mere.....                                                        | 3        | 132 — Madama de Girardin y Balzac.....                                 | 3        |
| 297-298 Darwin. — Viaje de un naturalista alrededor del mundo (dos tomos).. | 15       | 121 — Nerval y Baudelaire..                                            | 3        |
| 59 Daudet.—Cartas de mi molino.....                                         | 3        | 70 Gay.—Los Salones célebres.....                                      | 3        |
| 125 — Cuentos y fantasías..                                                 | 3        | 261 Giddings.—Principios de Sociología.....                            | 10       |
| 38 — El sitio de París.....                                                 | 3        | 286 Giuriati. — Los errores judiciales.....                            | 7        |
| 13-14 Jack (dos tomos).....                                                 | 6        | 203 Gladstone.—Los grandes nombres.....                                | 5        |
| 22 — La Evangelista.....                                                    | 3        | 164 — Lord Macaulay.....                                               | 1        |
| 46 — Novelas del lunes....                                                  | 3        | 287 Goethe.—Memorias.....                                              | 5        |
| 100 — Tartarín en los Alpes.                                                | 3        | 21 Goncourt. — Germinia Lacerteux.....                                 | 3        |
| 166 Dorado. — Concepción Arenal.....                                        | 1        | 205 — Historia de la Pompadour.....                                    | 6        |
| 289 — El Reformatorio de Elmira.....                                        | 3        | 204 — Historia de María Antonieta.....                                 | 7        |
| 192 — Problemas jurídicos contemporáneos.....                               | 3        | 44 — La Elisa.....                                                     | 3        |
| 31 Dostoyusky. — La casa de los muertos.....                                | 3        | 61 — La Faustín.....                                                   | 3        |
| 33 — La novela del presidio.                                                | 3        | 129 — La señora Gervaisais..                                           | 3        |
| 301 Dowden. — Historia de la literatura francesa..                          | 9        | 6 — Querida.....                                                       | 3        |
| 193 Engels. — Origen de la familia, de la propiedad y del Estado.....       | 6        | 11 — Renata Mauperín....                                               | 3        |
| 162 Fernán Fior.—Tamayo..                                                   | 1        | 206 González.—Derecho usual                                            | 5        |
| 158 — Zorrilla.....                                                         | 1        | 282-283 Goodnow.—Derecho administrativo comparado (dos tomos)..        | 14       |
| 155 Fernández Guerra. — Hartzenbusch.....                                   | 1        | 207 Goschen.—Teoría de los cambios extranjeros...                      | 7        |
| 92 Ferrán.—Obras completas                                                  | 3        | 208 Grave. — La sociedad futura.....                                   | 8        |
| 73 Ferry.—Nuevos estudios de Antropología.....                              | 3        | 209 Gross.—Manual del juez.                                            | 12       |
| 24 Flaubert. — Un corazón sencillo.....                                     | 3        | 210 Gumplowicz. — Derecho político filosófico.....                     | 10       |
| 196-197 Fouillee. — Historia de la filosofía (dos tomos)                    | 12       | 211 — Lucha de razas.....                                              | 8        |
| 195 — La ciencia social contemporánea.....                                  | 8        |                                                                        |          |

| N.º del Catál.º                                                                          | Pesetas. | N.º del Catál.º                                                                                 | Pesetas. |
|------------------------------------------------------------------------------------------|----------|-------------------------------------------------------------------------------------------------|----------|
| 212 <b>Guyau.</b> — La educación y la Herencia.....                                      | 8        | 228 <b>Max-Muller.</b> —Origen y desarrollo de la religión.....                                 | 7        |
| 290 <b>Hamilton.</b> — Lógica parlamentaria.....                                         | 2        | 160 <b>Menéndez y Pelayo.</b> —Martínez de la Rosa...                                           | 1        |
| 213 <b>Hausonville.</b> — La juventud de Lord Byron.                                     | 5        | 152 — Núñez de Arce.....                                                                        | 1        |
| 41 <b>Heine.</b> —Memorias.....                                                          | 3        | 284 <b>Meneval.</b> — María Estuardo.....                                                       | 6        |
| 314 — Alemania.....                                                                      | 6        | 118 <b>Merimee.</b> —Colomba....                                                                | 3        |
| 214 <b>Hunter.</b> — Sumario del Derecho romano.....                                     | 4        | 133 — Mis perlas.....                                                                           | 3        |
| 215 <b>Ihering.</b> —Cuestiones jurídicas.....                                           | 5        | 229 <b>Mey r.</b> —Derecho Administrativo.—La Administración y la organización administrativa.. | 5        |
| 216 <b>Janet.</b> —La familia.....                                                       | 5        | 230-231 <b>Miraglia.</b> —Filosofía del Derecho (dos tomos)                                     | 15       |
| 217 <b>Kells Ingram.</b> —Historia de la Economía política.                              | 7        | 296 <b>Mommsen.</b> —Derecho público romano.....                                                | 12       |
| 218 <b>Kidd.</b> — La evolución social.....                                              | 7        | 170 <b>Molins.</b> — Bretón de los Herreros.....                                                | 1        |
| 219 <b>Koch y otros.</b> — Estudios de higiene general.                                  | 3        | 295 <b>Murray.</b> —Historia de la Literatura clásica griega... ..                              | 10       |
| 295 bis. <b>Korolenko.</b> — El desertor de Sajalín.....                                 | 2,50     | 312 <b>Nansen.</b> —Hacia el Polo.                                                              | 6        |
| 299 <b>Krüger.</b> —Historia, fuentes y literatura del Derecho romano.....               | 7        | 232 <b>Neera.</b> —Teresa.....                                                                  | 3        |
| 221 <b>Laveleye.</b> — Economía política.....                                            | 7        | 233 <b>Neumann.</b> —Derecho Internacional público moderno. ....                                | 6        |
| 220 <b>Lange.</b> —Luis Vives....                                                        | 2,50     | 308 <b>Nietzsche.</b> —Así hablaba Zaratustra.....                                              | 7        |
| 288 <b>Lemonnier.</b> —La Carnicería (Sedán).....                                        | 3        | 157 <b>Pardó Bazán.</b> —Alarcón.                                                               | 1        |
| 83 <b>Lombroso.</b> — Aplicaciones judiciales y médicas de la Antropología criminal..... | 3        | 171 — Campoamor.....                                                                            | 1        |
| 72 — El Hipnotismo.....                                                                  | 3        | 151 — El P. Luis Coloma...                                                                      | 2        |
| 222 — La Escuela criminológico positivista.....                                          | 7        | 168 <b>Passarge.</b> —Ibsen.....                                                                | 1        |
| 135 — Últimos progresos de la Antropología criminal.                                     | 3        | 161 <b>Picón.</b> —Ayala.....                                                                   | 1        |
| 223 <b>Lubbock.</b> — El empleo de la vida. ....                                         | 3        | 234 <b>Posada.</b> — La Administración política y la Administración social....                  | 5        |
| 99 — La Vida dichosa.....                                                                | 3        | 235 <b>Renán.</b> — Estudios de historia religiosa.....                                         | 6        |
| 28-29 <b>Macaulay.</b> — Estudios jurídicos (dos tomos)...                               | 6        | 236 — La Vida de los Santos.                                                                    | 6        |
| 294 — La Educación.....                                                                  | 7        | 56-57 — Memorias íntimas (dos tomos).....                                                       | 6        |
| 305-306 — Vida, memorias y cartas, (dos tomos)....                                       | 14       | 237-238 <b>Ricci.</b> — Tratado de las pruebas (dos tomos).                                     | 20       |
| 224 <b>Manduca.</b> — El Procedimiento penal.....                                        | 5        | 285 <b>Rod.</b> —El silencio.....                                                               | 3        |
| 225-226-227 <b>Martens.</b> —Derecho internacional (público y privado) (tres tomos)..... | 22       | 122 <b>Sainte-Beuve.</b> — Retratos de mujeres.....                                             | 3        |
| 173 <b>Maupassant.</b> —Emilio Zola.....                                                 | 1        | 49 — Tres mujeres.....                                                                          | 3        |
|                                                                                          |          | 84 <b>Sardou.</b> —La Perla Negra                                                               | 3        |
|                                                                                          |          | 240 <b>Savigny.</b> —De la vocación de nuestro siglo para la legislación...                     | 3        |
|                                                                                          |          | 242 <b>Schopenhauer.</b> — El                                                                   |          |



| N.º del Catál.º                                      | Pesetas. | N.º del Catál.º                                                                | Pesetas |
|------------------------------------------------------|----------|--------------------------------------------------------------------------------|---------|
| 75 Tolstoy—Placeres vicio.                           | 3        | trimonio en la especie humana.....                                             | 12      |
| 94 — ¿Qué hacer?.....                                | 3        | 279-280 Wolf.—Historia de las literaturas castellana y portuguesa (dos tomos). | 15      |
| 294 Trevelyan.—La Educación de Lord Macaulay.        | 7        | 43 Ibsen.—Casa de muñeca.                                                      | 3       |
| 89 Turgueneff.—Aguas primaverales.....               | 3        | 119 — La Dama del mar y Un enemigo del pueblo..                                | 3       |
| 97 — Demetrio Rudín.....                             | 3        | 53 — Los Aparecidos y Edda Gabler.....                                         | 3       |
| 25 — El judío.....                                   | 3        | 143 Zola.—Balzac.....                                                          | 1       |
| 123 — El reloj.....                                  | 3        | 148 — Chateaubriand.....                                                       | 1       |
| 47 — El Rey Lear de la Estepa.....                   | 3        | 144 — Daudet.....                                                              | 1       |
| 8 — Humo.....                                        | 3        | 146 — Dumas (hijo).....                                                        | 1       |
| 139 — La Guillotina.....                             | 3        | 86-87 — El Doctor Pascual (dos tomos).....                                     | 6       |
| 16 — Nido de hidalgos.....                           | 3        | 50-51 — El naturalismo en el teatro (dos tomos).....                           | 6       |
| 137 — Padres é hijos.....                            | 3        | 35 — Estudios críticos.....                                                    | 3       |
| 80 — Primer amor.....                                | 3        | 17 — Estudios literarios...                                                    | 3       |
| 304 — Tierras vírgenes.....                          | 5        | 147 — Flaubert.....                                                            | 1       |
| 60 — Un desesperado.....                             | 3        | 154 — Gautier.....                                                             | 1       |
| 281 Uriel.—Historia de Chile                         | 8        | 141 — Jorge Sand.....                                                          | 1       |
| 153 Valera.—Ventura de la Vega.....                  | 1        | 23 — Lanovela experimental                                                     | 3       |
| 116 Varios autores.—Cuentos escogidos.....           | 3        | 9 — Las Veladas de Medán.                                                      | 3       |
| 276 — El Derecho y la Sociología contemporáneos..... | 12       | 149 — Los Goncourt.....                                                        | 1       |
| 274-275 — La nueva ciencia jurídica (dos tomos)...   | 15       | 67-68 — Los novelistas naturalistas (dos tomos)...                             | 6       |
| 277 — Novelas y caprichos..                          | 3        | 30 — Mis odios.....                                                            | 3       |
| 55 — Ramillete de cuentos.                           | 3        | 150 — Musset.....                                                              | 1       |
| 82 — Tesoro de cuentos....                           | 3        | 32 — Nuevos estudios literarios.....                                           | 3       |
| 278 Vivante. Derecho mercantil.....                  | 10       | 165 — Sainte Beuve.....                                                        | 1       |
| 4. Wagner.—Recuerdos de mi vida.....                 | 3        | 145 — Sardou.....                                                              | 1       |
| 309 Westermarck.—El ma-                              |          | 159 — Stendhal.....                                                            | 1       |
|                                                      |          | 142 — Víctor Hugo.....                                                         | 1       |

## LOS GRANDES AUTORES CONTEMPORÁNEOS

Neera.—Teresa, 3 pesetas.

Rod.—El Silencio, 3 pesetas.

Lemonnier.—La Carnicería (Sedán), 3 pesetas.

Sudermann.—El Deseo, 3,50 pesetas.

Korolenko.—El Desertor de Sajalín, 2,50 pesetas.

Turgueneff.—Tierras Vírgenes, 5 pesetas.